

**HABLANDO CON,
LOS DESCENDIENTES**

OBRAS COMPLETAS
DE
CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

R- 7024-A



C.ª IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES
EDITORIAL RENACIMIENTO
MADRID

Es propiedad. Copyright by
Carmen de Burgos.—1929.

Queda hecho el depósito que
marca la ley.

BLASS, S. A. - MADRID

PROLOGAL

DESEABA incluir en mis obras completas este ejemplario de vidas pasadas cuyos últimos vestigios directos he recogido redivivos en las palabras de sus descendientes, o de los que aun los conocieron, sinceros y amables al mostrarme el relicario íntimo.

Brota de este conjunto un emulativo sedimento de bondad, de romanticismo, de vivo desinterés, que complace recontar.

Alguno de los que me dieron en estas entrevistas detalles de los ilustres muertos ya ha ido también a unirse a ellos; pero en lo anecdótico todas las cenizas se encandecen y guardan un último corazón de rescoldos, que hace que un texto de recuerdos del pasado, tenga siempre palpitante inmortalidad.

CARMEN DE BURGOS

J. Ormaiztegui

LUIS EGUILAZ

La figura de Luis Eguílaz no es extraña para mí. Ligada desde hace muchos años con amistad fraternal a su única hija, la vida del ilustre autor ha sido mi tema frecuente de conversación. Así es que al sentarme frente a frente de ella para escribir estas líneas parece que está cerca de nosotras su padre, con su rostro enérgico, bondadoso y triste, y que es él quien nos va a responder.

Rosa Eguílaz me mira con ternura. Este homenaje debido a un hombre que ocupó uno de los lugares más importantes de su época y que contribuyó con su trabajo a preparar la evolución moderna, la conmueve; porque está acostumbrada a sufrir las sátiras de mal gusto de los que, sin conocer la obra interesante de Eguílaz, le hacen blanco de sus impertinencias.

—Yo he conocido a mi padre—me dice— en su época de dolor. Mi padre era un gran romántico, en la sana acepción de la palabra; es decir, un

corazón apasionado, lleno de ternura, que no vivía de la vanidad de los triunfos, sino de sus afectos íntimos, y en ellos fué muy desgraciado. A poco de nacer yo murió mi madre, y ya la vida de mi padre no fué vida, sino resignación.

—¿Era rico su padre?

—Tuvo de todo. Mis abuelos eran ricos, y mi abuela se casó en segundas nupcias con un banquero poderoso, que se arruinó en una quiebra. Mi padre fué, de todos los hermanos, el único que tuvo carrera y una cultura verdaderamente extensa y sólida, que le permitió ser luego el amparo de todos.

—¿Qué carrera tenía?

—Abogado. Vino a los diecinueve años a estudiar Derecho. Y fué condiscípulo de Castelar; pero gustaba más de la literatura que de las leyes, y entre sus trabajos de estudiante hallaba tiempo para escribir sus dramas.

—¿Fué afortunado para estrenarlos?

—No. Más de tres años anduvo con los manuscritos de las primeras obras bajo el brazo sin que le hicieran caso. Le llevó una obra a Julián Romea, que le recibió con altivez y se la devolvió sin leerla.

—Está bien, D. Julián—dijo mi padre—; pero usted acaba cuando yo empiezo. Quizá un día sea usted quien me necesite.

Estas palabras tuvieron valor de profecía, porque pasados los años, cuando mi padre estaba en

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

el apogeo de su gloria, Julián Romea se desesperaba de no poder tener una obra suya, y los amigos fueron a buscarlo, los reconciliaron y le estrenó "La cruz del matrimonio", que le dió mucho dinero.

—Pero ¿cómo empezó?

—Leía mi padre en "La España" las críticas de Eugenio Ochoa, cuñado de Madrazo, y como le gustaba el espíritu que demostraba en sus escritos, le escribió una carta y le remitió su obra. Ochoa envió un hijo suyo a buscarlo, se hicieron amigos, lo protegió e impuso la obra a Joaquín Arjona.

—¿Qué obra era?

—"Verdades amargas". Fué un éxito descomunal. Lo llamaron infinidad de veces al palco escénico, aplaudían hasta el delirio, y al día siguiente, cuando salió a la calle, lo señalaban gentes del pueblo, diciendo: "Mía el de anoche." Entró a afeitarse en una barbería y no le quisieron cobrar. Por todas partes le festejaban. Esta fué la gran época de felicidad de mi padre. Se reunía con una peña de amigos interesantísima, a la que llamaban "La Cuerda Granadina", y allí se juntaban Castro y Serrano, Pedro Antonio de Alarcón, Florentino Sanz, Gasset y Artime, que fué ministro con Amadeo; López de Ayala, Antonio de Trueba y un médico muy erudito, Diego Parada y Barreto, que fué el padre de mi marido.

—¿Era todavía soltero su padre?

CARMEN DE BURGOS

—Sí. Como el público entonces se entusiasmaba con los autores y les arrojaba a la escena flores y regalos, cada vez que mi padre triunfaba caía en el escenario un pañolito perfumado con unas iniciales. Un día recibió una carta de una señorita, la dueña de los pañuelos, en la que le decía que le admiraba y quería ser su amiga. Mi padre le contestó que él quería ser su novio. Se citaron en el Retiro, se vieron y se amaron. El idilio iba a terminar en boda, cuando ocurrió la muerte de ella, que era cardíaca y se impresionó con la noticia de la muerte de un sobrino suyo en la guerra de Africa.

—¡Oh, bello tiempo romántico! Y su padre, ¿qué hizo?

—Estaba tan desesperado, que temieron por su vida y le aconsejaron salir de Madrid. Fué a Barcelona, y Mañé y Flaquer, director de "El Diluvio", le presentó a una familia muy distinguida que poseía una torre cerca de donde mi padre habitaba. Esta familia tenía una hija. Mi padre y ella se trataron. Mi padre se curó de su tristeza... Se casaron... De este matrimonio nació yo.

—Y ¿qué recuerda usted personalmente de su padre?

—El dolor que le causó la muerte de mi madre. Fué tan vivo, que mire usted estos dos retratos, entre los que sólo hay algunos meses de distancia.

Es verdaderamente asombrosa la diferencia que existen entre ellos. En el primero, Eguílaz es

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

un hombre joven de semblante franco, noble y enérgico; en el segundo está envejecido, flácido, abatido, y toda la vida se reconcentra en sus ojos, grandes como un mar de tristeza.

—Me crié con una nodriza, que aun conservo en mi casa—me dice Rosa—. Sólo por amor a mí vivió mi padre ya lo poco que vivió. Habitábamos en la calle de las Huertas, con comodidad; teníamos tres criados, y no nos faltaba nada, pero sin lujo. Mi padre era director del Archivo Histórico Nacional, y cobraba sólo ochenta y cuatro duros; pero las obras le producían mucho, y mantenía a su madre, un hermano casado, tres solteros y a todos los primos y familia.

Y Rosa Eguílaz, que ha vivido desde la infancia un ambiente de arte, primero al lado de su padre y luego al de su marido, el ilustre pintor Parada y Santín, me habla de sus impresiones de niña cerca de todos los grandes literatos y políticos que rodeaban a su padre. Este era algo conspirador por bondad.

—Montpensier, que quería ser Rey de España—dice—, empezó por rodearse de literatos y artistas; mi padre era el encargado de repartir sus limosnas entre viudas y huérfanos de escritores; era un hombre muy simpático; mi padre lo quería, y se hizo partidario suyo.

Rosa, que en sus ocios ha cultivado la literatura, me hace una exaltada pintura de aquel período

heroico y revolucionario, que, aunque niña, la impresionó hondamente.

—En mi casa—dice—estuvo oculto varios meses González Bravo, al que si lo hubieran cogido lo hubieran fusilado, y que salió de allí para jurar el cargo de Ministro de la Gobernación. Yo recuerdo la impresión que me hizo verlo entrar, al acabar la jura, vestido de uniforme, y decirle a mi padre: "Pídame usted algo ahora; mañana estaré envuelto en la política, y seré ingrato como todos." Mi padre no quiso pedirle nada; pero a los pocos días tuvimos que esconder en casa al gran escritor Eusebio Blasco. La piedad de mi padre era tal, que se sobreponía a las ideas políticas, y amparaba a todos. Mi padre fué a ver a González Bravo y le pidió que favoreciera la fuga de Blasco. Este salió del brazo de mi padre de la casa, que estaba rodeada de Policía; pero había orden de González Bravo de no acercarse al que fuese del brazo de mi padre.

—¿Y él no sufrió persecuciones?

—Era más pasivo que activo. Las noticias de política le impresionaban mucho, porque era muy patriota; pero seguía siempre escribiendo sus obras de teatro y algunas novelas y artículos de periódicos, sin meterse en nada.

—¿Qué vida hacía?

—Era muy puro de costumbres, muy aseado, y se vestía con descuido; llevaba siempre una es-

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

clavina larga con cuello de terciopelo, que se llamaba "capota".

—¿Y sus costumbres?

—Muy sencillas. Iba al café de la Iberia; donde tenía su mesa, que llamaban "la mesa de Eguílaz". Allí iban a buscarlo sus amigos, y algunas veces en casa, después de cenar, él se acostaba y le hacían tertulia alrededor de la cama.

—¿Dónde trabajaba?

—No tenía despacho; trabajaba en la mesa del comedor o en un veladorcito, y prefería trabajar de noche. La única rareza que tenía era la de no cambiar de luz cuando estaba trabajando. Así, si trabajaba de día, al acabarse la luz dejaba el trabajo, y si trabajaba de noche, con luz encendida, y amanecía escribiendo, cerraba los balcones, corría las cortinas y continuaba con la luz artificial, aunque fuesen las doce del día. Era una vida noble, llena de bondad y de inteligencia, que se extinguió prematuramente por su gran sensibilidad.

RAFAEL CALVO

La hija del gran actor es una señora muy culta, que facilita mi empresa, porque en seguida se hace cargo de lo que le quiero preguntar. Guarda un momento de silencio para recoger sus impresiones y me dice:

—Es muy difícil responderle a usted. Para los hijos el padre tiene otra personalidad distinta de la que ven los extraños; se confunde la vida que los ha hecho gloriosos con la vida del hogar y la admiración con el cariño.

—Por eso mismo he pensado yo—le respondo—en hacer que sean los que les amaron mucho y los trataron íntimamente los que evoquen sus figuras. Es la única manera de hacerles vivir, de que no caigan en ese olvido ingrato que es la verdadera muerte. ¿Cómo se le aparece a usted en sus más lejanos recuerdos?

—La época de mi infancia fué la de la gloria de mi padre. Ya puede usted figurarse la sugestión

CARMEN DE BURGOS

que eso producía en mí; la satisfacción, el encanto de verlo aplaudido y admirado por todos.

—¿Recuerda usted algo de sus gustos?

—Era muy refinado en todo, y se rodeaba de "confort" y comodidades, teniendo especial esmero en la elegancia del vestir. Tenía también una gran afición a las flores, los perros y los pájaros; nuestro jardín era delicioso, y nuestra pajarera contaba más de cien ejemplares de las más bellas especies. Mi padre se pasaba horas enteras viendo sus pájaros y sus flores.

—¿Era de carácter dulce?

—Sí, bonísimo; pero vehemente e impetuoso. Figuraba entre sus defectos el de dejarse arrebatarse por la ira a cualquier contrariedad que sufriese. En esos momentos era terrible. Yo recuerdo el espanto que de niña me producía la cólera de mi padre. Tales arrebatos pasaban pronto, y él volvía a ser afable, generoso y de gran corazón.

—He oído hablar mucho de su generosidad.

—Era superior a cuanto se diga. Jefe y principal sostén de la familia, por enfermedad de su padre, fué la providencia de sus hermanos, y no sólo no rehusó nunca la solicitud, sino que salió siempre que pudo al encuentro del solicitante, y esto no sólo con su familia y amigos, sino hasta con los extraños. A veces daba más que le pedían, porque estimaba que se habían quedado cortos en pedir. Rendía tal culto a su palabra, que una vez

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

se presentó un individuo pidiendo dinero para ir a Milán a terminar sus estudios, y le dijo que volviera al día siguiente y le daría veinticinco duros. El hombre era un petardista que recorría hacia años las principales casas de Madrid dando sablazos con pretexto del famoso viaje, que nunca se realizaba. Enterado mi padre a tiempo, no dejó de darle la cantidad al sablista, puesto que ya se la había ofrecido.

—¿Y con ustedes?

—Aunque un poco severo y parco en demostraciones cariñosas, fué un padre amantísimo, tanto, que influyó en su muerte el efecto que le produjo la de su hija Margarita, preciosa criatura de cuatro años, a la que sólo sobrevivió veintisiete días.

—¿Dónde murió?

—En Cádiz, muy cerca de su tierra, pues había nacido en Sevilla. Murió el cuatro de septiembre de mil ochocientos ochenta y ocho, de un ataque de viruelas, enfermedad a la que siempre tuvo aprensión. Tenía cuarenta y seis años.

—¿Educó él a su hijo Ricardo para el teatro?

—A mi padre no le gustaba el teatro para nosotros. Ni para él mismo. Mi abuelo era un gran actor, y mi padre, de muchacho, "jugaba al teatro". A los nueve años representó por primera vez, en unión de Antonio Vico, que tenía once años, "El sopista mendrugo", en un teatrillo construido expresamente para ellos en casa de mis abuelos

(Carrera de San Jerónimo, 10). A él le gustaba mucho declamar y recitaba admirablemente; pero no quería ser actor, y como mi abuelo le obligaba a contratarse, representaba de tan mala gana, que cuando salía a escena apenas se le oía y todos creían que no tenía facultades.

—¿Cómo se destacó?

—Por amor propio. El día del beneficio de mi abuelo se representaba "La alquería de Bretaña" y le dió un primer papel a su hijo; pero él no lo quiso. Dolióse mi abuelo con el director de esto y él le contestó que el muchacho hacía bien, porque no servía para actor. Mi padre oyó la conversación, pidió el papel y se hizo aplaudir, hasta el punto de que el público lo llamó particularmente al final de la obra. Después se contrató en el teatro Español, en una compañía cuyo empresario, D. Vicente Roca, llamó a todos los actores jóvenes que prometían y les puso a todos el mismo sueldo, sin distinción de categorías. El público hizo justicia a mi padre desde el primer momento.

—¿Estudiaba mucho?

—Muchísimo. Entre mis recuerdos infantiles conservo el de que mi padre se encerraba tardes enteras en su cuarto, estudiando a voz en cuello sus papeles. A pesar de mis pocos años, le oía extasiada estudiar un poema titulado "El compromiso de Caspe". Además, mi padre fué de mucha conciencia artística y buscaba la expresión ade-

cuada a cada frase. De aquí resultaba el famoso "canto" que oían algunos en su manera de decir, y que sólo era fruto de la armonía y de la expresión que debe darse a cada una de las oraciones. No le falló nunca el aplauso que esperaba, porque los arrancaba con una labor meditada. Era un observador sagaz y muy aficionado a leer e instruirse. Su biblioteca tenía más de mil volúmenes, cuidadosamente escogidos.

—¿Recuerda usted algunos de sus principales triunfos?

—Sí, Actor brillantísimo, producía explosiones de entusiasmo en el público, no sólo en los momentos culminantes, sino con una sencilla frase. La duquesa de Rivas le envió un guante hecho pedazos de aplaudir la noche que estrenó "Don Alvaro o La fuerza del sino". En la primera representación de "Mar sin orillas", de Echegaray, el público se mostró francamente hostil desde el principio, hasta el punto de que el autor no quería continuar. Mi padre le dijo: "Vuélvase usted entre bastidores, y si al salir yo a escena el público me concede atención, prepárese a tener un gran éxito; si no me oye, puede usted retirarse." La ovación al actor y al dramaturgo fué clamorosa.

—¿Lo recuerda físicamente?

—Era de mediana estatura, esbelto, de fisonomía agradable y simpática y unos hermosos ojos verdes, llenos de fuego y expresión.

—Tales cualidades, unidas a su talento y celebridad, le darían gran partido entre las damas.

—Eran innumerables sus conquistas, hasta en las que blasonaban de sólida virtud. Algunas le amaron platónicamente y le dedicaron su vida entera. Pero mi padre era muy noble. Una vez, una bella señorita fué a buscarlo a su casa, loca de amor, y él la respetó y se la devolvió a sus padres.

—¿Y no quería que ustedes fuesen del teatro?

—No, porque conocía sus sinsabores también. Nos educaba en casa, porque era enemigo de colegios, sin omitir gasto alguno y con bastante severidad, procurando despertar el amor al arte y el odio a la mentira. El era muy liberal. Teniendo sólo doce años se presentó al general Espartero solicitando formar un batallón de niños milicianos que defendieran la libertad. Hallándose una vez en Málaga en época tumultuosa, entró en su casa un conspirador republicano pidiéndole hospitalidad porque lo perseguían. Mi padre lo amparó, y como al día siguiente fué la autoridad a su domicilio preguntando por el sospechoso, mi padre se presentó a los perseguidores y se dió preso, como si él fuese el perseguido, mientras el verdadero conspirador huía. Entre los rasgos de valor de su juventud citaré el de cruzar a brazo, suspendido de una cuerda, el célebre tajo de Ronda.

Me gusta escuchar el entusiasmo filial con que se expresa esta señora. Ella debe conocer algo de

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

lo que estoy pensando, porque interrumpe el breve silencio y dice:

—Yo no puedo pensar en mi padre sin representármelo como algo excepcional y muy distinto del medio en que existió. Mi padre fué grande, no sólo por su arte, sino por su carácter y su corazón; grande en sus arrebatos, en sus locuras, en sus errores y en sus aciertos, y sobre todo por la magnanimidad con que acogió a los desgraciados que a él acudían. Nada conozco en su vida que lleve el sello de la pequeñez. Lo hacía todo sin ostentación, sin ruido, como la cosa más natural, con la ecuanimidad de un gran señor y la sincera ternura de un carácter franco y abierto. ¡Rafael Calvo fué, ciertamente, un gran actor, al decir de los que le conocieron; pero a los ojos de su hija fué algo más: fué un alma grande!

MANUEL FERNANDEZ CABALLERO

El retrato del maestro Caballero, con su faz tolstoiana, parece presidir de un modo melancólico y bondadoso en aquella habitación que le fué familiar, donde su hijo, el notable autor Fernández de la Puente, evoca para mí los recuerdos del ilustre muerto.

La generosidad parece ser un rasgo común a casi todos los grandes artistas encumbrados por su genio. Caballero fué uno de esos raros ejemplos de talento y voluntad que todo se lo deben a sí mismos y cuya vida es la más interesante de sus obras.

Su hijo me cuenta cómo su padre, huérfano antes de nacer, fué recogido, con su madre y hermanos, por un tío suyo, murciano como él, D. Julián Gil, músico notable, que no sólo atendió a su sustento, sino que lo inició en el arte musical.

—Verdaderamente, mi padre había nacido músico—me dice—. Desde la edad de cinco años em-

CARMEN DE BURGOS

pezó a cantar como tiple en las iglesias y a estudiar el violín, el flautín y el piano, tocando ya a los siete años en orquesta y banda. Sin necesidad de profesor aprendió el cornetín, el fígle, el óboe, la trompa y todos los demás instrumentos, con una facilidad asombrosa. A los diez años repentinamente para cantar aun en las obras de mayores dificultades.

—¿Cuándo empezó a componer?

—A la edad de diez años compuso un notable oficio de difuntos para una hermana suya, y a los doce, algunas obras religiosas, así como también valsos, polkas, etc., y arreglos de piezas de ópera para banda y orquesta.

—¿Hizo estudios oficiales?

—Sí; a los quince años ingresó en el Conservatorio de Madrid, en la clase de piano de D. Pedro Albéniz; estudió acompañamiento con Aguado; violín, con Vega, y armonía, contrapunto, fuga y composición, con D. Hilarión Eslava, del que fué discípulo predilecto. Como término de su carrera recibió el premio de composición, que se creó para él.

Y su hijo me cuenta la gloriosa carrera del maestro, paso a paso, empezando por primer violín del teatro Real, director de orquesta y director de compañías de ópera, mientras lo hacían famoso sus creaciones geniales.

—Ha ganado una inmensa fortuna—dice; pero mi padre era, ante todo, un hombre extraordina-

riamente bueno; su casa era el refugio de todos los individuos de la familia que estaban necesitados y de las personas extrañas que a él acudían; a su mesa se han sentado, por espacio de meses, amigos y conocidos; siendo sólo cinco de familia, siempre nos reuníamos a comer ocho o diez. Era desinteresado hasta la exageración. Empresario hubo con el que se contrató de director, y no sólo no cobró el sueldo, sino que le dió dinero encima.

—¿Qué instrumentos eran sus preferidos?

—El órgano, el violín y el violoncello; los que no podía sufrir eran el organillo el acordeón y la bandurria. En cuanto al piano, era para mi padre un mueble de lujo: no lo tocaba nunca para componer, sólo cuando instrumentaba, y muy rara vez lo oíamos tocar algún acorde. Decía, y era verdad, que de joven había tocado en las orquestas todos los instrumentos, menos el violón y que lo tocó de viejo, cuando se metió a empresario.

—¿Cuáles eran sus horas favoritas para componer?

—No tenía horas predilectas para trabajar; pero sin embargo, prefería la noche, por la ausencia de ruidos. Cuando tenía prisa de terminar una obra se pasaba los días enteros sin levantarse del sillón ni para comer, y ocasión hubo en que estuvo cuarenta y ocho horas sin levantar la pluma del papel, alimentándose sólo de café con leche. Decían que era perezoso. ¡Perezoso un hombre que compuso

183 zarzuelas, 52 obras religiosas e infinidad de canciones y piezas sueltas!

—Y que bien puede decirse que las compuso, porque en toda su música hay un jugo, una enjundia de pura raza, original, poderosa, que lleva el sello de su personalidad, y como la firma del maestro, aun en los géneros más diversos. ¿Quién no tararea muchas veces, a solas, algo de "Chateau Margaux", "El cabo primero", "El dúo de la Africana", "La viejecita", "Gigantes y cabezudos" y tantas otras?

—Era un artista—asiente su hijo con legítimo orgullo—, un artista en toda la acepción de la palabra. Amaba la gloria y los éxitos lo embriagaban; pero no lo enorgullecían. Nunca tuvo exigencias como autor ni se quejó de que le quitaran una obra de un cartel. Sus rasgos principales de carácter eran la sencillez y la bondad. Jamás habló mal de nadie ni tuvo envidia. Una vez que acusaron de un plagio a otro compositor, él lo defendió con verdadero interés.

—¿Cómo lo recuerda usted más?

—Yo me lo represento ensayando en aquel teatro de la Zarzuela, donde era adorado por todos, desde la primera tiple al último dependiente. ¡Y cómo ensayaba! ¡Cómo interpretaba su música! Magníficos intérpretes han tenido la mayoría de sus obras; ¡pero si el público se las hubiese oído a él!...

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

—Sufriría mucho durante el tiempo que las cataratas le privaron de la vista.

—Cinco años estuvo completamente ciego, y durante ese tiempo no se le oyó ni una queja ni tuvo el más ligero desfallecimiento. En esa época compuso dos de sus más populares zarzuelas, "La Viejecita" y "Gigantes y Cabezudos", y digo compuso y no escribió porque quien las escribió fué mi hermano Mario, a quien él se las dictó nota por nota. Dictaba la melodía, el acompañamiento, ¡hasta la instrumentación! Pero oralmente; nada de tocar el piano. Y hay que ver lo que supone la instrumentación. De veintidós a veinticuatro pautas a la vez. ¡Dictar nota por nota lo que en cada compás van haciendo esos veintidós o veinticuatro instrumentos! Y a pesar de estar ciego, él mismo se ensayaba sus obras y se las dirigía.

—Verdaderamente, es prodigioso... Y en su vida cotidiana, ¿qué aficiones tenía?

—Era un lector infatigable y le gustaba muchísimo viajar; estuvo varias veces en América donde alcanzó grandes éxitos, y en el Estranjero. La navegación aérea era su ilusión: se lamentaba de lo atrasada que estaba la aviación en su época. Si él viviera al presente, sin duda que no se quedaba sin hacer un viaje por los aires.

—¿Y sus gustos caseros?

—Se cuentan muchas anécdotas de mi padre respecto a las comidas; pero todas son exagera-

ciones. No era un glotón, un gastrónomo; sí. Los vinos habían de ser muy buenos para que él los probase. No fumó nunca, a pesar de haber estado en la isla de Cuba siete años y medio.

Se detiene un momento a recordar y añade:

—¡Una cosa curiosa! Mi padre decía que él era músico por equivocación, pues su gran vocación era la Medicina; en efecto, con su gran amigo el doctor Letamendi, que, al contrario de mi padre, su gran afición era la música, se pasaba grandes ratos discutiendo de Medicina, que estudiaba en sus horas de ocio.

—¿Cuál es su primera obra?

—"Tres madres para una hija"; se estrenó en Madrid en el teatro de Lope de Vega, firmada por el pseudónimo de "Florentino Durillo". Tenía entonces diecinueve años.

—¿Y la última?

—La última escrita por su mano, antes de las cataratas, fué "El dúo de la Africana"; pero como le he dicho, ciego y todo, siguió trabajando, y trabajando mucho. El mismo mes de su fallecimiento estrenó "María Luisa" en Apolo, y "La cacharrera" en la Zarzuela. Su última obra tenía tres actos y la dejó casi terminada: "El lego de San Pablo"; se estrenó en la Zarzuela algunos meses después de su muerte.

La voz del hijo se entristece con este recuerdo, y añade:

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

—Murió de una pulmonía; la primera y única enfermedad que tuvo en toda su vida. Murió como un justo, rodeado de todos nosotros, que adorábamos en él, y siempre preocupado de su arte, repitiendo en el delirio profesional: "Aquí estoy terminando dos números que me faltan para la obra de X (aquí un nombre), ¡a ver si me deja en paz!..."

¡Aquella última armonía que resonaba en su cerebro no debía fijarse en el pentagrama!

MIGUEL RAMOS CARRION

Antonio Ramos Martín, el joven y notable dramaturgo, hijo del ilustre autor, se presta amable a esta entrevista, porque ella ha de evocar de nuevo la personalidad del noble muerto.

—Mi padre—dice Ramos Martín con emoción—ha dejado en nosotros un recuerdo de amor y de compañerismo. Era de un carácter alegre y cariñoso; nunca ha dado un disgusto en la casa, ni nunca nos ha reñido. Decía que deseaba que sus hijos lo amaran, no que lo respetaran por temor, y era tan bueno, que a veces, cuando dábamos algún motivo que no podía dispensar, llamaba a mi madre y le decía: "Mira, riñe a este." Un rasgo de su carácter se lo dará a usted el decirle que cuando estaba ya muy grave de la lesión del vientre que causó su muerte y le acometían los dolores, se marchaba de casa para no darnos disgusto.

Tiemblan lágrimas en la voz del hijo con este

recuerdo, y queriendo distraerlo con algo menos íntimo, digo:

—Su padre era de Zamora, y he visto que esta hermosa ciudad sabe honrar su memoria como merece.

—Es cierto. Mi padre nació en Zamora de una familia distinguida, pero arruinada, y muy joven fué con su padre, que trasladó su bufete de abogado a Valladolid, donde aprendió las primeras letras, única instrucción que ha recibido de maestro, pues toda la adquiría después él sólo, con gran vocación y voluntad de ilustrarse.

—¿Tuvo siempre vocación a la literatura?

—Sí, y su afición al teatro data desde que tenía seis años y vió en Valladolid por primera vez en su vida una representación, que fué "Los madgyares", de Olona y Gaztambide.

—¿Y cómo empezó su carrera literaria?

—Niño todavía, vino a Madrid y presentó sus primeros versos al venerable D. Juan Eugenio Hartzenbusch, que lo alentó a cultivar las letras, y poco después publicó algunas poesías y cuentos en "El Museo Universal". Recuerdo haberle oído contar que fundó, con D. Eduardo de Lustonó, un periódico satírico titulado "Las Disciplinas", y también escribió en "El Figón", que ilustraba con caricaturas el famoso Ortego. Cuando Arderius empezó a explotar en Variedades el género bufo, mi padre estrenó su primera obra, "Un sarao y

una soirée", que fué un verdadero triunfo. En aquel tiempo mi padre, que vivía de su pluma, se dedicaba al periodismo y escribía en periódicos republicanos, publicando cuentos, novelas, artículos y poesías. Fué también redactor de "Jeremías", dirigido por el insigne Villergas; pero bien pronto se dedicó sólo al teatro.

—¿Y ha vivido siempre de su pluma?

—Puede decirse que sí; porque sólo una corta temporada, siendo muy joven, sirvió como meritorio en la Sección de Estadística, donde llegó a "disfrutar" el sueldo de mil pesetas anuales, después de varios ascensos. Luego le dejaron cesante por razón de "economías", y él juró no admitir jamás destino alguno del Gobierno, y aunque después le ofrecieron colocaciones ventajosas, mantuvo su palabra.

—Es un ejemplo raro aquí.

—Es que mi padre era la fuerza de voluntad hecha hombre. Le voy a contar una anécdota que lo retrata. Cuando niño perdió el oído izquierdo de un tumor, y cuando le tocó la quinta, para librarse, fingió ser sordo de los dos oídos. Le tuvieron cuarenta días en observación en el cuartel de Zamora, y aunque lo sometieron a toda clase de pruebas no se descuidó ni un momento. Una noche, estando durmiendo, lo despertaron los gritos de fuego, y mientras los demás corrían, él se mantuvo impassible, como si nada oyese. Le hablaban de

improviso, le daban noticias emocionantes, lo llamaban en lista, y él siempre en su papel. Ya ve usted si es difícil. Sólo una vez se descuidó, porque al pasar lista oyó llamar "Antonio García Gutiérrez", y el deseo de conocer al ilustre autor le hizo volver la cabeza; suerte que el cabo creyó que se equivocaba y le dijo: "Si no es a ti, bruto." Y le dieron libre por "sordo total".

—¿Cuál fué la primera obra grande de éxito?

—"La tempestad", con Chapí.

—¿Fué Chapí el primero que le puso música?

—No. El primero fué Arrieta, y el último Vives. Le han puesto música también, además de los ya citados, Barbieri, Caballero, Chueca y Quinito.

—¡Pocos autores han sido tan fecundos y han alcanzado tanto éxito!

—Mi padre ha cultivado todos los géneros, desde el drama lírico al juguete cómico. Dejó ochenta obras, ciento treinta y seis actos, en cincuenta años de autor. Más del cincuenta por ciento del repertorio actual es suyo, y aun, después de cincuenta y dos años de estrenada, se representa su primera obra, "Un sarao y una soirée". Dispense usted a mi cariño de hijo que para darle idea de lo sólido de sus triunfos le haga notar que "La Marsellesa" alcanzó tres mil representaciones; "Los sobrinos del Capitán Grant" cuatro mil quinientas; "La gallina ciega" pasa de tres mil. Sus obras han producido más de dos millones de pesetas.

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

—¿Habrás dejado una fortuna?

—Lo que nos producen sus obras. El no tuvo nunca idea del valor del dinero ni ahorra nada.

—¿Y no tuvo ningún fracaso?

—Sí; uno en Apolo. Una obra que él quiso retirar y no le dejaron y que el público rechazó. Esto influyó mucho en su ánimo. Perdió la confianza que tenía en el público y se desanimó mucho.

—Eso no empaña su obra. ¿Y ha colaborado con otros escritores?

—Sólo en una con Lustonó y en cuatro o cinco con Vital Aza. Muchas de las obras de mi padre están traducidas al inglés y a otros idiomas.

—Nos han quedado de él muchas frases hechas.

—Innumerables. *Esta vez nos ha salido un poquito desigual*, de "Los sobrinos del capitán Grant";

«El pensamiento libre
proclamo en alta voz,
y muera quien no piense
igual que pienso yo.»

de "La Marsellesa"; *¿Por qué, por qué temblar?*, de "La Tempestad"; *El perro está rabioso o no lo está*, de "El rey que rabió"; *A cualquier cosa llaman las patronas chocolate*, de "La careta verde"; *Todo está igual, parece que fué ayer*, de "La Bruja", y otras mil.

—¿Y de sus demás trabajos?

—El fué el que más trabajó, con Chapí, para la fundación de nuestra Sociedad de Autores, que

CARMEN DE BURGOS

tan grandes beneficios presta. Gustaba de ayudar a los jóvenes de talento, y contribuyó grandemente a que Benavente estrenara "El nido ajeno", cosa que éste le ha agradecido siempre.

—¿Y veía con gusto que ustedes seguían sus huellas?

—Su mayor ilusión era que todos sus hijos fuesen escritores. Cuando le leíamos algo nuestro, gozaba lo indecible, y mi primera obra fué en colaboración con él.

—¿Qué rasgos suyos recuerda?

—Era sencillo como un niño; lo engañaba cualquiera. Le solíamos decir: "Te has criado en Belén", y él se reía. Era también un poco supersticioso; le regalaron un alfiler de corbata con un ópalo, y él tenía miedo de estrenarlo, porque decía que traen desgracia. Lo estrenó un jueves Santo, y ese mismo día murió su madre de repente. Excuso decirle que no se lo volvió a poner. Lo tenemos en la vitrina de casa.

—¿Qué costumbres tenía?

—Se levantaba y se acostaba tarde. Iba al café Levante, con sus amigos. Muy parco en el comer, era gran fumador. Se vestía siempre de gris, muy cuidado, pero sin atildamiento. Tenía una conversación amena, usando muchas frases de castellano viejo. No tenía capricho alguno. Le gustaba que la habitación fuese pequeñita, y las cuartillas, nuevas, sin doblarles reborde.

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

—¿Cómo ha quedado más grabado en el recuerdo usted?

—En dos momentos. Uno, habitual: cuando después de comer se encerraba en su habitación, envuelto en su abrigo, y en el día que murió... Aquel día él sabía que se moría...; mi hermano estaba ausente, y me llamó para escribirle su despedida... me dictaba en su agonía...

Ramos Martín apenas puede ya hablar, y yo comprendo que no debo prolongar más esta entrevista, a la vez consoladora y dolorosa. La figura de Ramos Carrión, el grande y fecundo dramaturgo, gloria de nuestro Teatro, está completa. Se le ve en toda su grandeza de luchador y en toda su ternura de hombre bueno.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON

Una de las glorias más legítimas en la literatura española del siglo XIX es, sin duda, la de Alarcón.

Su popularidad, la justicia que se le ha hecho, lo mucho que se ha escrito sobre él y la difusión que en la actualidad alcanzan sus obras, hace difícil esta entrevista, a la que se presta muy amablemente su hijo D. Antonio, notable ingeniero y fiel guardador de la gloria y prestigios de su ilustre padre.

Al entrar en la casa de la calle de Atocha donde vivió y murió el gran escritor hay una emoción intensa. Se entra aún en la casa de Alarcón; tiene el sello de las viejas casas señoriales, de amplias habitaciones y altos techos, que son hoy como palacios antiguos en comparación con las jaulas modernas. Estas casas parecen solariegas, de cimientos profundos, en las que los habitantes no se consideran cosa accidental y mudable, sino fundamental y señores de su morada.

Toda la casa está llena de recuerdos de Alarcón. Se guardan sus libros, sus retratos, sus manuscritos, sus muebles, los objetos que le eran familiares. No se ha enterrado su memoria, no se le ha arrojado de allí, como se hace con otros muertos; todo guarda el culto de su nombre y de su recuerdo. Hasta la cama y la alcoba en que murió están como estaban, y allí duerme todas las noches su viuda.

—En esa cama—me dice D. Antonio—ha nacido mi hijo mayor, durante un viaje mío, en el cual mi esposa quedó con mi madre. Mi hijo se llama Pedro Antonio.

Mientras el Sr. Alarcón me habla de su padre yo le escucho con cierto orgullo interesado. Alarcón es una gloria de nuestra "patria chica", de la región de Granada. Nacido en Guadix, la modesta ciudad oculta aún en los repliegues de Sierra Nevada, él supo guardar siempre en el corazón esa fe ruda de montañés y ese aroma familiar que se halla en todos sus escritos.

Gran literato, alcanzó las cumbres de la política y fué académico de la lengua; pero sobre todo se destaca poderosa su personalidad íntima, su figura independiente, libre, superior a todos sus cargos, de hombre de hogar.

Su hijo me cuenta cómo desde pequeño sintió el amor a las letras, y dejando su retiro vino a Madrid a luchar y supo conquistar tan honroso pues-

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

to. Me habla de cómo siguiendo la suerte de soldado, y llevando la pluma al lado del fusil, hizo la campaña de Africa, de la que ha sido el más fiel y ameno historiador.

Su "Diario de un soldado" es la obra modelo de lo que se puede hacer en este género de obras, y produjo al editor varios millones de pesetas. Más tarde, Alarcón consiguió una fortuna con sus célebres novelas y con su bello viaje "De Madrid a Nápoles".

Pero de toda la conversación se deduce la importancia que siempre tuvo para él la vida de familia.

—Mis abuelos le educaron en el culto del hogar —dice—. Allá en su casa de Guadix tenían un huerto que se repartió en parcelas entre todos los hermanos. Cada uno cuidaba la suya, y mi padre recordaba siempre la tristeza que a la muerte de uno de sus hermanos le produjo aquel pedazo de tierra sin cultivo, que plantaron de siemprevivas, y el recuerdo de aquel huerto abandonado.

Esta ternura, esta lucha entre sus anhelos de arte y su amor a la tierra en que nació, están retratados en la "Nochebuena del poeta". Sabiendo leer en esas páginas, está toda el alma buena de Pedro Antonio de Alarcón. Así como en la terrible "Nochebuena" de Larra ruge toda la desesperación del gran ingenio y se huele ya el fogueo de la pólvora, en la de Alarcón está toda la placi-

CARMEN DE BURGOS

dez, toda la dulzura de un espíritu feliz y satisfecho.

—Desde que los hijos de mis hermanos y los míos—dice D. Antonio—pueden leer leen los libros de su abuelo. Mi madre se complace oyéndolos, como si desde sus labios frescos brotase aún aquella voz querida, y escucha llena de gozo sus comentarios, su admiración, el cariño que aquellas páginas despiertan en sus corazones y los sentimientos honrados que graban en ellos. Como ya le he dicho, aquí disfrutamos de convivir con mi padre, de mantener su memoria; pero no se le rodea de un culto triste; no podemos condenar a nuestros hijos al espectáculo de un dolor continuo. La imagen del abuelo es dulce y protectora; preside, sin entristecerlas, todas las fiestas de familia. Todas las Nochebuenas, por ejemplo, se pone el nacimiento, el árbol de Navidad; se hace la cena de familia; todos se entregan a la alegría; se canta, se ríe, se baila, y se leen, irremisiblemente, esas páginas tuyas de "La Nochebuena del poeta". Toda la familia está unida siempre, como él quiso que lo estuviese, y todos tenemos culto a la vida del hogar.

Luego me habla de su madre. La madre allí es venerada, por su augusto título maternal y su virtud, y como una reliquia amada que el padre les dejó.

Alarcón se casó algo tarde. El era también de

HABLANDO DON LOS DESCENDIENTES

los que decían que no quería tener mujer, sino compañera. En uno de sus viajes a Granada conoció a una bella señorita, capaz de llenar las aspiraciones que la alta idea que tenía de la familia le hacía sentir, y se casó con ella.

—Fué un esposo tierno, enamorado y feliz —dice el hijo—; respetaba a mi madre, la quería y escuchaba sus consejos. Inspirado en ella creó el tipo de "Gabriela" en "El escándalo", y a ella alude en el párrafo que dice "que hay muchas Gabrielas en el mundo". No cabe dudar, porque dedicó un ejemplar a mi madre, el cual conservamos, que dice: "A mi Gabriela".

—¿Y con ustedes?

—Nos educó con mucha ternura, pero con bastante severidad. Mi hermano y yo, que éramos los menores y teníamos que estudiar (él es hoy sacerdote), nos íbamos a la cama temprano. Mi madre y mis hermanas acompañaban a mi padre al salón. era muy sociable: todas las noches tenía tertulia; pero de personas escogidas, que él considerase dignas de acercarse a mi madre. Mi padre era muy generoso; gustaba de socorrer de un modo delicado, a todos los antiguos amigos que eran desgraciados; era, además, el patriarca y protector de toda la familia. Todos los días de la semana, menos uno que se reservaba para la intimidad, había gran comida en casa. Venían los académicos, los literatos y los grandes políticos.

CARMEN DE BURGOS

Pone en este cuadro familiar tanto calor, que veo sin esfuerzo al urcitano, al hijo de aquella tierra de moros en un hogar severamente cristiano, y recuerdo una anécdota de Alarcón que me ha contado uno de sus amigos, y que quizá ignoran sus hijos.

Una noche, después de comer en su casa, estando reunidos varios amigos del escritor, se discutió un asunto trivial en el que todos opinaban de un modo y Alarcón de otro. Se adujeron razones, pruebas, y nada bastó a convencerle. Su obstinación era violenta, desacostumbrada en él. Cuando se quedó solo con su íntimo amigo Catalina, éste le dijo:

—Pedro: no me explico tu terquedad; no es posible que tú creas eso.

—Es verdad—contestó Alarcón—. Pero empecé a sostenerlo delante de mi mujer y de mis hijos, y no podía confesar delante de ellos que no tenía razón.

¡Qué hermoso libro podría hacerse con las cartas de Alarcón que conserva su familia y con las que éste poseía de Zorrilla, de Catalina y de todos los grandes hombres de su tiempo, y que es fácil que en este culto íntimo no se den nunca a la publicidad!

Salgo de esta casa con el convencimiento de que Pedro Antonio de Alarcón realizó todas sus aspiraciones, hasta las que le eran más queridas que su gloria, y que, refiriéndose a él, se puede exclamar:

"¡Bienaventurados los hombres que dejan detrás de sí este recuerdo de amor y de respeto!"

«FRASCUELO»

La casa de D. Antonio Sánchez, el hijo del célebre torero, tiene algo de capilla ardiente. Se nota en ella ese sello de dolor, de pesadumbre, que toman las casas en las que se llora mucho. Tanto él como su esposa, una dama bella y distinguida, toda enlutada, están entregados al dolor que les produce la pérdida de su hija María, muerta a los veinte años. Toda la habitación está llena de retratos de ella y de recuerdos de "Frascuélo". Apenas verdaderamente pensar que ha muerto aquella criatura angelical, de una belleza española, espléndida, con la exuberante galanura de los claveles rojos, y de hermosos ojos andaluces, llenos de pasión y de vida. Bajo el peso de esa tristeza empieza la conversación en voz baja, lenta, confesional. En las paredes se ven estoques y bastones del torero, su retrato al óleo, en la época de su plenitud. Una bella oleografía del último toro que mató y dibujos

de "La Lidia", en uno de los cuales se ve a un ángel sosteniendo la coleta del célebre diestro.

Escucho las noticias que, como datos biográficos de su padre, me da el hijo.

—No se ha dicho en ninguna biografía, que yo sepa—me dice—, que mi padre en sus primeros años fué pastor, allá en su pueblo.

—¿De qué pueblo era?

—De Churriana de la Vega, provincia de Granada, un pueblo insignificante, de donde salió a los ocho o diez años cuando murió su padre, para venir con su madre y sus siete hermanos a Madrid. Tan pobres eran, que este viaje lo hicieron a pie o poco menos.

—¿Y en qué se ocupó en Madrid?

—Quiso ser carpintero; pero el primer día que cogió la garlopa se hizo daño en un dedo, la tiró y dejó el oficio. Entonces entró de aprendiz de papelistas, y luego fué oficial, pues permaneció muchos años en ese empleo.

—¿Y cómo se despertó su afición al toreo?

—Verá usted. Mi padre no era el verdadero "Frascuero". Frascuelo era mi tío Paco, su hermano mayor, que se había dedicado al toreo. Como usted sabe, en Andalucía al que se llama Francisco lo nombran siempre por los diminutivos Frasco, Curro, Paco, etc., y a él le llamaban "Frascuero". Mi padre se llamaba Salvador Sánchez Povedano, y no tuvo ningún apodo hasta que, después

de ser ya célebre, empezaron a llamarle como a su hermano.

—¿Empezó a torear con él?

—Sí. Mi tío quería que toreade y lo acompañara en sus excursiones por los pueblos; pero mi padre en aquella época no era muy valeroso, no se arriaba al toro y no quería ir con él. Después fué naciendo la afición y se reveló, como lo que después había de ser, en Pozuelo de Alarcón.

—¿Y en Madrid?

—Toreó primero en la plaza vieja, que estaba cerca del Retiro, por donde está el comienzo de la que es hoy calle de Claudio Coello ; pero empezó banderilleando toros embolados en las "mojigangas", que estaban entonces tan de moda.

—¿Y cómo eran esas "mojigangas"?

—Muy curiosas. Las dos más notables de mi padre, en las que ya mataba en bolas, fueron "Los eunucos y las odaliscas" y "El enfermo y el médico". La primera consistía en defender los "eunucos", que eran los picadores, la torre donde estaban encerradas las "odaliscas", que eran los banderilleros, los cuales ejecutaban esa suerte vestidos de odaliscas. El "Sultán" mataba al toro. En la segunda, mi padre, que hacía el enfermo, aparecía en una cama frente al toril, y a su lado el médico, con larga levita y sombrero de copa, le tomaba el pulso. Figúrese usted al salir el toro dónde iban a parar la cama, el enfermo y el médico...

CARMEN DE BURGOS

Escucho complacida el relato de esta fiesta, que parece ya tan lejana, como si nos refirieran costumbres de un pueblo primitivo, y que tan cerca de nuestra época se ha celebrado, y el narrador continúa:

—Después banderilleó con Villaverde en los toros de puntas y se anunciaba en los carteles que Salvador Sánchez pondría banderillas en silla, como uno de los atractivos de la corrida.

—¿Cuénteme usted alguna de sus muchas proezas?

—En Tolosa de Navarra lo contrataron para una corrida entera. Estaba descabellando el quinto toro, cuando de pronto el sexto toro rompió la puerta del toril y apareció en la plaza. Sin perder la presencia de espíritu, mi padre, desde largo, lo alegró con la muleta, se fué hacia él, tuvo suerte de coger los blandos y matarlo de una estocada. Entonces volvió y descabelló al otro. Por esta corrida le dieron 75 pesetas; y el pobre, que no había visto nunca tanto dinero junto, pasó toda la noche subido encima del baúl donde las guardó, por miedo de que se las robaran.

Se levanta y me enseña el retrato del diestro en aquella época. Es un mozo lleno de juventud, de aspecto arrogante, embutido en un traje que no está hecho a su medida y da al gran torero algo del aspecto de los muchachos aficionados a las capeas que alquilan trajes de luces.

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

—El traje era prestado y le estaba estrecho—me dice D. Antonio, confirmando mi opinión—, y el baúl tampoco era suyo.

—¿Cuándo tomó la alternativa?

—Se la dió "Cúchares" en Madrid el 27 de octubre de 1867. El primer toro que lidió fué un "señorito" de Bañuelos, que le cogió por la faja y afortunadamente no le hizo nada.

—¿Tuvo muchas cogidas?

—El bautismo de sangre fué en Chinchón; le atravesó el muslo derecho, y un señor no quiso que le llevasen al hospital y lo tuvo tres meses en su casa tratado a cuerpo de rey; cosa que él no olvidó nunca y supo recompensar. Después sufrió 66 cogidas, 19 graves, pero ninguna en la suerte de matar, sino en los quites o por algún descuido, o por perder el estribo. Las dos cogidas peores fueron la del 77 y la de 13 de noviembre del 87. Estuvo gravísimo, y el pueblo, que le adoraba, cantaba cuplés celebrando su mejoría. El Rey mandó enarenar la calle de Jacometrezo, donde vivíamos. Era muy amigo de Don Alfonso, porque mi padre, aunque se había batido en las barricadas con los revolucionarios al lado de su compañero Esteban Argüelles Armilla, fué a la frontera a recibir al Rey.

Me muestra un retrato y dice:

—Mírele usted vestido de miliciano. Formaba parte del batallón que mandaba el Duque de Sexto.

CARMEN DE BURGOS

Se llamaba el "batallón del aguardiente", porque todas las mañanas montaban a caballo e iban a tomar una copa. El era cabo de batidores.

—Yo he tenido—dice la señora—el tapón que le pusieron en una cogida, y a pesar de lo que se contrae con la sangre seca, era del tamaño del puño, y con aquella herida acabó de torear.

—El toro que le cogió el 87—dice el hijo—se llamaba "Peluquero"; pero el público le puso "Lagartijo", aludiendo a la rivalidad que la afición establecía entre los dos diestros, que eran grandes amigos. Así, en una revista que estrenó la compañía del inolvidable Arderús cantaban:

Venimos de la corria
¡Y olé!
A «Frasuelo» lo han cogío
¡Y olé!
Señores, valiente día.
¡Y olé!
¡Y era el toro «Lagartijo»!

—
La noche logró
tranquilo pasar,
y dicen que ni
se le oyó roncar.

—
Y al amanecer,
tan bien se sintió,
que pidió una chuleta,
y no se le dió.

—Aludiendo al favor de que mi padre gozaba

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

en la aristocracia, cantaban, con música de "La gran duquesita":

El señor de A,
y el señor de B,
y el señor de U,
y el conde de Y,
y el duque de C,
y el barón de G,
han ido a firmar,
y así podrán ser
de los de la «Guía Oficial».

—He oído—le digo—que tuvo mucho partido entre las damas, y que una señorita de la alta aristocracia le esperaba todas las mañanas, a las diez, en una berlina forrada de raso blanco, para dar un paseo romántico por el Retiro.

El hijo sonríe y dice:

—Los hijos no conocemos esa fase de los padres. El se casó joven, tuvo tres hijos y fué modelo de esposos y padres; pero eso no quitaba los devaneos propios de su gloria. Le amaron "desde la princesa altiva a la que pesca en ruin barca". Mi pobre madre era muy celosa—y muy guapa—añade la nuera, mostrándome un retrato espléndido—. Mi suego era excesivamente serio. Hablaba poco en casa y no reía nunca, como no fuese con cosas de toros. Sin embargo, era travieso; cuando había convidados ponía picante en las copas de las señoras; una vez mandó hacer una tortilla de jamón y suela para divertirse viendo los esfuerzos que

hacían los invitados para tragarla. En esta comida estaba Luis Mazzantini.

—¿Qué vida hacía ordinariamente?

—Se levantaba a las cuatro de la mañana y se acostaba tarde. Cuando toreaba comía a las once unas chuletas de carnero. Esto, el apio, los espárragos y el "ajo blanco" eran sus platos predilectos. Luego se acostaba y era menester despertarlo, llamándole varias veces para que se vistiera.

Se detiene emocionado y continúa:

—Mi madre le trenzaba la coleta y yo lo vestía. Cuando llegaba la cuadrilla nos daba un beso a mis dos hermanas y a mí, y le decía a mi madre: "Hasta luego, Manuela." No quiera usted saber las horas de angustia hasta verlo volver. Mi madre rezaba ante la Virgen de la Paloma, y yo estaba en el balcón con una novela que no podía leer. Nadie de la familia lo vimos nunca torear. Yo sólo lo vi en las tientas, y en una de ellas lo cogió un toro y yo me tiré a él y por poco me mata a mí. Yo era su mejor amigo, y no nos separábamos nunca.

—¿Se alegrarían mucho cuando se cortó la coleta?

—¡Ya lo creo! Se retiró en plena gloria. Una vez mató seis toros del duque de Veragua en veintín minutos.

—¿Cómo se retiró tan pronto?

—Es que después de la corrida del Gran Pen-

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

samiento, que fué en la que le cogieron el 87—dice la señora—, no tenía la misma agilidad, porque la herida estaba en el pulmón y él tenía mucha vergüenza para quedar mal.

El hijo me llama la atención hacia el cuadro en que está pintado el toro y me dice:

—Este fué el último que lidió. Lo encerré yo, y al dar la vuelta para entrar en la manga, se escapó y llegó hasta la puerta de Alcalá. Se llamaba "Regalón", y en la lidia fué un bribón, un criminal, manso y traidor. Creía que no iba a poder con él, y fué doble mérito de mi padre quedar bien.

—¿Quién le cortó la coleta?

—Tenía cinco ramales. Los dos primeros se los cortaron dos señoritas amigas, Laura y Paquita Galcerá; ésta fué luego la primera esposa de Eduardo Muñoz; los otros dos ramales mis hermanas, y el último yo. El se bebía entretanto una copa de las de agua llena de "champagne", y al acabar, dijo: —"Aquí se acabó Frascuelo, ya no queda más que Salvador Sánchez."

—Será doloroso para esos ídolos de la multitud su retirada. Un anticipo de la muerte y del olvido.

—Y más para mi padre que era amante de la popularidad. Se hizo trajes de vestir, y una noche fué a la Comedia con frac y sombrero de copa. Nadie se dió cuenta de su presencia, y al ver que no llamaba la atención vino a casa y se vistió de

CARMEN DE BURGOS

corto, con chaqueta de terciopelo, y no volvió a usar la ropa de sociedad.

—¿Qué colores prefería en sus trajes de luces?

—El grana primero, y luego el azul y el verde.

—¿Era supersticioso?

—Nada en absoluto. Una tarde que toreaba aquí con Hermosilla y Chicorro, se cruzó su carruaje con el de este último en la calle de Alcalá, y mi padre le dijo: "Oye, José, ahí detrás he dejao la zorríta."

—"Calla malage—dijo el otro—, que ties más guasa que toas las cosas."

Aquella tarde le tocó un toro negro, e impresionado por la broma, quedó bastante mal el pobre.

—¿Y no quiso que usted fuese torero?

—No. Ni podía ver torear, porque se impresionaba. Una vez, estando en el palco del duque de Veragua, cogió el toro a Badila, por descuido del matador, y mi padre, ciego de ira, se lanzó a la barandilla gritándole: "Ladrón", con tanto ímpetu, que casi derribó a dos damas aristocráticas que ocupaban la delantera. Era muy valiente y tenía la cruz de Beneficencia por haber salvado a una señora que estaba enferma en cama en un incendio en la calle del Carmen.

—Después de retirado del toreo pasaba casi todo el tiempo en Torrelodones—dice la señora—dedicado a la vida de familia. Se ponía a cuatro patas, cubierto con un gran gabán de pieles, y se le subían todos los nietos encima. Más de una vez paró en

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

aquella estación el tren Real para que SS. MM. saludasen a mi suegro.

—Dejaría una gran fortuna.

—Modesta—dice el hijo—; pero que basta para que todos vivamos con decoro, sin necesidad de trabajar. El trabajó para nosotros. Yo he cuidado mucho de conservar su herencia y no dilapidar ni malgastar nada. ¿Sabe usted por qué? Porque siempre he mirado con respeto estas pesetas que mi padre ganó. No eran pesetas blancas; eran pesetas rojas.

MANUEL DEL PALACIO

El gran satírico que hay en Manuel del Palacio ha pasado inadvertido para muchos bajo el disfraz ligero, jocoso, con que envolvió su pensamiento. Poeta ante todo, en vez de ponerse hosco y ceñudo para combatir, lanzaba su ironía mordaz y acerada. La Real Academia le ha hecho justicia empezando con su nombre la galería de clásicos del pasado siglo. Su hijo, el ilustre catedrático don Eduardo del Palacio, es el que amablemente se presta a la evocación de su personalidad.

—Mi padre—dice—nació en Lérica por casualidad, porque mi abuelo, Simón del Palacio, era militar. Sin duda mi padre estaba predispuesto por sus antepasados para lo que fué después. Por mi abuela descendía de los Visconti, de Italia, y de su padre heredó el amor a la libertad. Mi abuelo era un rebelde, un "maragato", que se escapó del seminario, sentó plaza y fué guerrillero con el Empecinado. Figúrese usted que estuvo prisio-

nero de los invasores dos veces, una condenado a muerte, y se salvó milagrosamente por saber francés, cosa rara entonces.

—Yo creía a su padre granadino.

—Mucha gente lo cree. Lo era por su espíritu, y, rodando de provincia en provincia, fué Granada donde se educó, donde nació a la vida literaria. Aunque tiene una personalidad original, que hace difícil asignarle escuela, todas sus afinidades son de la escuela andaluza.

—¿Cómo se dió a conocer?

—Mi padre formaba parte de la famosa "cuerda granadina". Como usted sabe era una reunión de amigos que iban siempre juntos a todas partes. Una noche, al entrar en el teatro, uno detrás de otro, una señorita exclamó: "Ahí está la cuerda", y desde entonces se llamó así.

—Y verdaderamente era una reunión de artistas que habían de ser ilustres; recuerdo a Pedro Antonio de Alarcón, Castro y Serrano.

—Sí, y Mariano Vázquez, Fernández y González y otros muchos. Todos juntos decidieron venirse a Madrid, casi sin dinero, y se instalaron en un modesto sotabanco del Mesón de Paredes. Era la suya una bohemia distinta de esa encanallada que ha venido después. Todos unidos como hermanos, unas veces comían y otras no; pero eran incapaces de una acción fea. A veces no tenían entre todos más que quince céntimos. Y se votaba en qué se

habían de gastar, acabando por adjudicárselos a uno que tenía novia, para que le pudiese escribir.

—No en vano era la época romántica.

—Contaba mi padre cosas pintorescas. No tenían más que un frac para todos, y como estaban bien relacionados y frecuentaban salones, entre ellos el de la duquesa de Medinaceli y el de la Buchental, iban por turno, según al que le tocaba, y los otros se quedaban acostados. Un día que no tenían qué comer invitaron al famoso Salamanca, que estaba entonces en todo el apogeo de su fortuna y gustaba de los artistas. Fué el multimillonario al modesto sotabanco y pasó una tarde deliciosa: uno cantaba, otro hacía música, otros recitaban y nadie hablaba de comer.

—¿Pero cuándo se come?—preguntó al fin.

—Los artistas no pensamos en eso—le contestaron.

Entonces él envió por una opípara comida y los invitaba con frecuencia.

—¿Cómo se dió a conocer su padre?

—Le ayudó Eulogio Florentino Sanz, que lo conoció estando mi padre empleado en un despacho de diligencias y lo vió escribir, en todos los momentos que podía hacerlo, renglones cortos. El los leyó, se interesó y le hizo ir en su compañía al café del Príncipe, dándole a conocer a sus amigos.

—Ya esa parte de la historia que sigue la recordamos todos. ¿Quién no ha leído las "Crónicas

CARMEN DE BURGOS

Orientales" y las sátiras en verso que escribió Manuel del Palacio en "El látigo", "La Discusión" y el "Gil Blas"? El contribuyó en gran parte a la obra de la revolución.

—Es indudable: escribió cosas terribles contra Narváez, González Bravo y los tiranos de aquel tiempo. Su espíritu liberal era indomable; estuvo preso varias veces y al fin lo desterraron.

—Cuénteme usted su destierro.

—El creía que lo iban a llevar a Canarias; pero al llegar a Tenerife no lo dejaron desembarcar y lo llevaron a Puerto Rico, donde lo dejaron abandonado, sin más capital que un pequeño maletín.

—¿No llevaba dinero?

—Sí, llevaba; pero en el mismo barco iba Primo de Rivera, de general segundo cabo, a la isla de Cuba. Este formó una partida de tresillo, y como se mareó uno de los que la componían, le pidió a mi padre que hiciese el cuarto. Mi padre no sabía jugar; pero por no hacer un mal papel aceptó y se dejó ganar todo su dinero.

—¿Y qué hizo en Puerto Rico?

—Es indudable que el que siembra, recoge. Apenas desembarcó en San Juan se encontró con un español al que había salvado de la muerte. Este se había ido a América, se había hecho negrero, cosa lícita entonces, y era millonario. Se llevó a mi padre a su hacienda, en Ponce: lo presentó a la servidumbre como el amo de todo y le entregó

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

la llave de las arcas donde guardaba su oro. Así es que en la época de más pobreza fué cuando tuvo mayor comodidad. Recuerdo que entre las cosas curiosas de allí que nos contaba está la del terremoto que destruyó a San Tomé. El movimiento oscilatorio de la tierra hizo que se precipitase el mar sobre la isla. Una negra centenaria acudió a avisarle. "Niño, corra, que viene el mar encima", y él, que estaba descalzo, pensó que para correr no estaba bien así, y contestó: "Espera, que me voy a poner las botas." Esto lo creyeron un rasgo de valor, que admiró a todos. Como mi padre veía siempre la parte cómica de las cosas, en medio del peligro, viendo pasar la procesión de todo el pueblo, con el cura a la cabeza, y seguido de los negros, no podía dejar de reirse porque el cura rezaba:

Aplaca, Señor, tu ira,
tu justicia y tu rigor;
dulce Jesús de mi vida,
misericordia, Señor.

Y los negros que no entendían bien, contestaban a coro:

Atraca, Señor, tu ira,

—¿Y estaba a gusto allí?

—No. Ni siquiera le gustaba el café. No lo tomó nunca, y una noche que hizo el sacrificio de tomarlo como remedio, para no dormirse, le hizo efecto

CARMEN DE BURGOS

de narcótico y se durmió profundamente. Así es que el 68, sin que nadie levantara su destierro, se vino a España. Entonces es cuando escribió el libro de "Un liberal pasado por agua".

—¡Pero hizo carrera política!

—Siendo Lorenzana ministro de Estado, lo nombró encargado de Negocios de España en Italia. Entonces tenía Víctor Manuel la corte en Florencia. Mi padre adoraba a Italia, donde volvió luego varias veces, una de ellas con mi madre y con D. Antonio Cánovas y otros amigos. Estuvo también en Montevideo, con igual cargo, y lo dejó por no querer ir a Berlín, porque odiaba todo lo que no era latino.

—¿Cómo recuerda usted más a su padre?

—En las conferencias, vestido de levita y leyendo con voz campanuda, muy llena, y diciendo con una gran seriedad chistes y verduras.

—¿Cómo trabajaba?

—Sin método. A veces no tenía en su mesa ni tinta ni una pluma sana. Componía los versos con una facilidad admirable. Se le daba el pie y los consonantes forzados, y decía el soneto en el acto como si estuviese escrito. A veces hacía alarde de improvisar un soneto, empezando por el verso catorce. Cuando se reunían él y Narciso Serra no hablaban más que en verso. Pero se ha perdido más de la mitad de su labor. Aunque escribió algo para el teatro, los bufos, de Arderius, él era, ante

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

todo, poeta. Ha dejado inédito un libro festivo.

—¿Qué gustos tenía?

—Comía mucho y bien. Era un gastrónomo y un comedor; murió del corazón, casi sin enfermedad, y, a pesar de sus setenta y cuatro años, era vigoroso y comía y bebía como un muchacho. Siempre estaba invitado. Era muy ameno, muy buen amigo. Así como temible enemigo. El ministro de Estado que lo jubiló por no querer él plejarse a indignidades, era el blanco de sus sátiras, y todo el mundo se reía a su costa. Recuerdo esta sátira a propósito:

Le llaman grande y es chico;
fué ministro porque sí,
y en cuatro meses y pico
perdió Cuba, Puerto Rico,
a Filipinas y a mí.

Como estaba este ministro casado con una grande de España y tenían una bodega cuya marca ostentaba las iniciales de *non plus ultra*, N. P. U., mi padre las interpretaba: "Noble por Usufructo".

—¿Recuerda usted alguna particularidad suya?

—Su único vicio era jugar a la lotería, y jamás le tocó. Como particularidad física tenía una notable: la vista. Podía leer un papel que hiciesen girar rápidamente, y alcanzaba distancias enormes, hasta ver, desde un barco, lo que no veía el capitán con su antejo. Un oculista dijo que por un fenómeno raro tenía confirmada la pupila

CARMEN DE BURGOS

como la del águila... ¡Y esta rara conformidad de su pupila hizo que se librase del servicio militar por ciego!...

Su hijo me sigue hablando de los pequeños detalles de su padre; de rasgos generosos que más de una vez le hicieron empeñar sus alhajas por complacer a sus amigos; de su dulzura, de su probidad, de todas esas minucias que completan una figura; y yo, que tanto admiro las vidas nobles en los que alentó el romanticismo, siento la alegría de recoger los vestigios íntimos y palpitantes que es preciso apresurarse a recoger de labios de los descendientes de los hombres ilustres para que no desaparezca el aspecto personal, que es el más interesante.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

La figura de Pérez Escrich es la del hombre bueno, bondadoso, que esparce su ternura en las páginas de sus libros, llenas de un romanticismo sano y exaltado, encanto de su generación, que devoraba las novelas por entregas de "La esposa mártir", "La mujer adúltera", "La calumnia", "El cura de aldea" y "El mártir del Gólgota".

Es su nieto, D. Luis Montilla, el que me da las noticias íntimas de su abuelo, al que conoció en su niñez, y cuyas anécdotas ha recogido de labios de sus padres.

—Mi abuelo era valenciano—dice—y tenía el carácter meridional, impulsivo, amante de la libertad; en todas sus obras se ve cómo combatía las crueldades llevadas a cabo por los carlistas en la guerra civil.

—¿Cuáles fueron sus comienzos?

—Los de casi todos los muchachos escritores de su época. Empezó por hacer algunas cosas en

CARMEN DE BURGOS

los periódicos de su ciudad, y, luego, lleno de aliento, de fe, de ambiciones nobles, se vino a Madrid subido en una carreta, con un drama debajo del brazo por todo equipaje.

—Y una vez aquí, ¿halló fácil el camino?

—No. Mi abuelo sufrió todo ese calvario de vicisitudes que preceden al triunfo. Hizo la vida bohemia, que ha descrito tan bien en "El frac azul", hasta que empezó a tener nombre y se buscaron sus escritos. Entre sus amistades de aquel tiempo está la de Ventura de la Vega, que le ayudó mucho en sus luchas y fué un amigo fraternal.

—¿Alcanzó pronto una buena situación?

—Sí. Mi abuelo se casó joven con una mujer pobre, a la que adoraba, y se quedó viudo sin más hijos que mi madre. Había ganado ya mucho dinero y poseía una casita en Pinto, donde pasaba largas temporadas, pues su gran afición—como habrá usted visto en sus libros—era la caza.

—¿Sabe usted detalles de su vida íntima?

—La vida de mi abuelo era verdaderamente pura y honrada. Tenía pasión por mi madre, y como ésta era de salud delicada y necesitaba hacer vida de campo, la llevaba siempre con él, vestida de hombre y con el cabello corto. Así se dió el caso de que cuando venían a Madrid y mi madre vestía traje femenino, el portero decía: "Lo que se parecen los dos hermanos."

—Sentiría mucho el casamiento de su hija.

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

—Sí. Mi madre se casó contra su voluntad, porque mi abuelo se opuso obstinadamente al matrimonio, sólo porque mi padre era militar. No podía ver a los militares. Mi padre, que hoy tiene una alta graduación en el ejército y una fortuna sólida hecha con su trabajo, era entonces un pobre teniente y se fué a vivir con su mujer a un modesto pisito, pasando su luna de miel llena de apuros y de amor. Cuando nació el primer nieto lo llevaron al abuelo y vino la reconciliación.

—¡Eso es una novela de Pérez Escrich puesta en acción!

—Después decía que quería tanto a mi padre como a mi madre. Pero las luchas no se habían acabado para él. Como era tan bondadoso y no sabía decir que no a los favores que le pedían, un amigo le rogó que le garantizara veinte mil duros para un asunto que lo llevaba a América. Mi abuelo lo hizo, y no sé qué pasó durante la travesía que el capital se perdió, y mi abuelo, por hacer honor a su firma, vendió la casita de Pinto y todo cuanto tenía, quedándose en la mayor pobreza y cayendo en manos de inmundos usureros que le explotaban.

Este período de su vida fué el más amargo de todos, porque ya no tenía aquella fuerza juvenil de sus primeros años, que le hacían soportar riendo sus apuros. Figúrese usted que una vez, recién casado, se encontró sin un céntimo en su casa. Se

marchó a ver a un editor y le ofreció una obra de teatro.

"Precisamente necesitaba una—le dijo—, si me la trae usted esta tarde, se la tomaré."

Mi abuelo dijo que iba a buscarla, se metió en un café y escribió "El maestro de baile", una de las obras suyas que más se ha representado y que se representa aún. Fué a llevarla al editor, y éste le dió cinco duros, que mi abuelo exigió fuesen en ochavos, de manera que harían un bulto enorme. Con aquella carga se marchó a su casa, se subió sobre la mesa, abrió el pañuelo y dió a su familia una sensación de gran abundancia al ver desparramarse tanta moneda por la habitación.

—¿Y cómo salió de las garras de los usureros?

—A fuerza de trabajo; mi abuelo ha ganado mucho.

Para comprobar sus palabras, Montilla se levanta y busca entre los papeles del abuelo. Se ve que Pérez Escrich era un hombre ordenado. Hay un libro en el que están anotadas las cartas cambiadas en verso con sus amigos, dedicatorias, todas las pequeñeces que tan grato es saborear cuando pasan los años sobre ellas. En un cuadro aparece la cuenta siguiente, escrita de mano del interesante novelista:

"Resumen general de lo que me ha producido la literatura desde el día que caí en este pecado

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

de tomarla por oficio, en febrero de 1855, hasta hoy día de la fecha, 30 de diciembre de 1872.

Producto de las obras dramáticas, reales vellón, 374.472.

Producto de las novelas, 624.160.

Regalos en metálico recibidos de los editores como una muestra de su galantería por las obras que yo les he escrito para hacerlos ricos, 60.000.

Por varios trabajos en prosa y verso, cuya fe de bautismo no debe constar en este libro, 20.000.

Total: 1.070.632."

20 de diciembre de 1872,

—Es lastimoso que con ese esfuerzo tuviese que trabajar tanto al final.

—Es que era dadivoso y socorría a todo el mundo. Un día encontró en la calle al conserje del teatro, que le dijo casi llorando que su mujer había dado a luz y estaba en un apuro muy grande. Mi abuelo se registró los bolsillos y entregó "al desgraciado" cien pesetas que llevaba encima. No había andado unos cuantos pasos cuando vió venir a la mujer, tan alegre y tan campante, calle arriba. "¿Pero no has dado a luz?", le preguntó con asombro. La mujer lo miró no menos asombrada. Entonces mi abuelo comprendió el engaño, y echando la pregunta a broma se marchó sin decirle nada, para evitarle un disgusto.

—¿Recuerda usted alguna anécdota de su vida literaria?

—Escribía con gran facilidad, y como alcanzaba tanto éxito, pues algunas novelas por entregas tenían cien mil suscriptores, a veces escribía tres a la vez, dictando a los escribientes.

—¿Cuál de sus obras amaba más?

—“El mártir del Gólgota”, que, como usted sabe, se ha traducido a todos los idiomas.

—¿Y de las otras?

—Todas por igual. Cuando estaba acabando “La esposa mártir” cayó enfermo, y como se estaba publicando ya por entregas, el conflicto del editor era enorme. Entonces Fernández y González, gran amigo suyo, se empeñó en acabarla él, y lo hizo con tanta gracia, que unos personajes que mi abuelo había matado los resucitó, y luego fué preciso que mi abuelo escribiera una segunda parte para justificar todo aquello.

—Es gracioso.

—Por cierto que pintó Fernández y González el tipo de un sepulturero que comete un robo, y dió la desdichada casualidad de que hubiese en Madrid un sepulturero cuyas señas coincidían con el de la novela y se empeñó en que había de matar a mi abuelo, que no lo conocía, porque se creía aludido.

—Por lo visto, es de todos los tiempos esa raza de “sepultureros” que se creen aludidos por los novelistas.

—Cuando escribía “La mujer adúltera” vino

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

varias veces a verlo una señora llorando y pidiéndole que no contase su vida, que ella no le había hecho ningún mal, y un día dos caballeros fueron a pedirle cuentas de a quién se refería.

—¿Y sus últimos años?

—Los pasó de director del asilo de las Mercedes, donde he nacido yo y mi hermano, el teniente Montilla, muerto tan gloriosamente en Melilla. En ese tiempo ya escribía poco. Iba de paseo por las cercanías con su escopeta y le llevábamos una silla para que se sentase cuando se cansaba. Ya en sus últimos meses, que no podía dejar su sillón, se colocaba cerca de la ventana, aun se complacía en cazar pajarillos. Su muerte fué muy sentida. En el asilo lo adoraban; siempre estaba organizando cosas para que todos gozasen; les compraba a los asilados dulces, flores, postres. Se gastaba el sueldo con ellos.

¡Fué un alma buena!

RUPERTO CHAPI

Son su hijo mayor y su yerno, nuestro compañero "León-Boyd", los que me dan las noticias de la vida de Chapí. Ambos ofrecen un bello ejemplo de ternura filial. Hablan a la vez, contando multitud de recuerdos, llenos de admiración, de respeto y de cariño. La memoria que ha dejado a su familia el inolvidable maestro es de bondad y de amor.

—Mi padre—dice el hijo con el orgullo del que hereda un nombre ennoblecido por el arte—pertenecía a una humilde familia de Villena. Su padre era un simple barbero.

Y hablando a veces uno, a veces otro, me cuentan las dificultades que tuvo que vencer el maestro en los principios de su carrera.

—Una irresistible vocación lo arrastraba hacia la Música; pero su padre quería que fuese pintor, pues tenía también facultades y pintaba algo.

—Sin duda—digo—no creería en su genio. Es

achaque de las familias, en las que se repite constantemente el caso del „patito feo”.

Sí—contesta su hijo—. Mi abuelo decía que mi padre tenía "mucho humo en la cabeza", y no le quería dejar venir a Madrid; pero una vocación verdadera se impone a todo, y la de mi padre era de nacimiento. Sabía dirigir una banda desde pequeño; tan pequeño, que lo tenían que subir en una mesa, y algunas noches lo llevaban dormido en brazos a su casa, después de la función.

—¿Tuvo algún maestro en el pueblo?

—El organista y director de la banda, que se llamaba Higinio Martín.

—Por cierto—ataja "León-Boyd"—que mi suegro siempre hablaba de ellos con mucho cariño y respeto y les conservaba un recuerdo lleno de gratitud; esto puede pintarle a usted la noble ecuanimidad de su espíritu.

Me cuentan cómo se vino a Madrid, de ese modo audaz y temerario propio de los triunfadores, que ha deslumbrado después a tantos otros que sin tener su genio se han atrevido a imitarlos.

—Todo su capital—dicen—era veinte duros, ahorrados trabajosamente y ganados tocando el cornetín por los pueblos de la provincia de Alicante.

—¿Serían trabajosos aquí sus principios?

—Mucho. Vivía pobremente en una guardilla de la calle de Bordadores, y allí, helándose de frío y no satisfecho de comida, compuso, a la luz de

una pobre vela de sebo, su "Fantasía morisca" para guitarra y mandolina, y más tarde la instrumentó para orquesta.

—Por cierto—añade el yerno—que luego muchas veces, en su época de triunfos, cuando vivía en la magnífica casa donde murió, en la calle del Arenal, miraba desde su balcón las ventanillas de la pobre guardilla, y las contemplaba enternecido, con cierta nostalgia.

—Se comprende, porque allí estaban sus años juveniles, sus ansiedades y sus ensueños.

—Pues había sufrido mucho allí—añade el hijo—. Estuvo su hermano enfermo con viruelas negras, sin nadie que lo asistiera más que él. Por cierto que apenas convaleciente tuvo que acompañarlo a Villena, y se empeoró tanto en el camino, que se desvaneció, y mi padre creyó que había muerto y lo tapó con su capa. Esa fué su primera vuelta a Villena.

—¿Y su vida en Madrid?

—Penosísima. Una noche se llegó a encontrar sin tener donde dormir y tuvo que acostarse en un banco de la plaza Mayor; pero a poco rato vió venir a los guardias, inquietando a la pobre gente refugiada allí; le dió vergüenza, se levantó y se fué a dormir a Recoletos; hasta que a las cinco y media de la mañana fué al Retiro y preparó su trabajo de armonía y se marchó al Conservatorio, donde fué el único alumno que llevó hecho este

CARMEN DE BURGOS

ejercicio. Pero estaba tan pálido y enfermo, que los compañeros le preguntaban qué tenía. Al único que se lo confió fué a otro tan pobre como él, que se llamaba Galán, y éste se lo contó a Linazasoro, que por mediación suya lo socorrió.

—¿Qué medio de vivir tenía?

—Trajo una carta de un cacique de la provincia para Gaztambide, y éste le proporcionó una plaza de primer cornetín de Novedades; pero a los ocho días se la quitaron, y entonces fué cuando se vió tan apurado como le hemos dicho. Cuando se despidió, en medio de toda su pobreza, le dijo al empresario con altivez: "No me apuro, yo «seré músico»." Al poco tiempo se colocó de cornetín en el Circo, y tuvo el atrevimiento de presentarse a un concurso para músico mayor de artillería... y se llevó la plaza.

—Esto—dice el otro—hizo ya cambiar su situación. Se casó con una señorita distinguida, hija del notable criminalista D. Narciso Buenaventura Selva, y al poco tiempo ganó el premio de Roma.

—Y el premio de Roma—dijo—no es importante por ganarlo, sino por como Italia despierta los espíritus y hace sentir el Arte. Son pocos los grandes artistas en cuya biografía no se encuentra que estuvieron en Italia.

—Mi padre estuvo varias veces con su esposa en Roma, y era entusiasta por ella y por los grandes maestros italianos.

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

—¿Qué músicos, fuera de ellos, le gustaban más?

—Alemanes; Wagner y Beethoven.

—¿Y de los españoles?

—Gaztambide y Barbieri. Decía que no se les había hecho la justicia que merecen.

—Ya vencidas las primeras dificultades, la vida de Chapí fué de triunfo en triunfo.

—Pero con mucho trabajo. Tuvo un disgusto con la Empresa de Apolo y le quitaron el libro de "La verbena de la Paloma"; lo que tuvo por consecuencia que se quedó sin ningún teatro, porque Fiscowich negaba las obras de su archivo a todo el teatro que ponía algo de Chapí. El tuvo que hacerse su archivo y luchar solo contra todo. Por fortuna, pudo tomar Eslava, con su buen amigo Sánchez Pastor, y allí estrenó la Isabel Bru "El tambor de granaderos", que fué de un éxito ruidoso.

—Por cierto—dice el yerno—que la obra no tenía los célebres cuplés que le añadió Chapí.

—Era de una facilidad de acomodación admirable—añade el hijo—; jamás hacía cambiar nada a los libros ni variar el cuplé. Lo dejaba tal como lo había escrito el autor. Ya sabrá usted que la mayoría de los músicos acomodan la letra a su gusto, y hasta algunos, como Chueca, escribían la música, y a ella acomodaban luego los cantables. Jamás culpó a un libreto del fracaso. Los defendía siempre, y nunca habló mal de un autor.

—¿A qué hora componía?

—De noche o de madrugada; pero nunca componía al piano, sino en el papel, como el que escribe una carta. Tenía tal facilidad, que en una sola noche hizo toda la partitura de "Las hijas del Zebedeo", y en un viaje de Fuenterrabía a Madrid escribió en el tren "La patria chica". Se dió el caso de que en "El rey que rabió" mediaron cuatro años entre el tiempo en que escribió el primer acto y en el que hizo los otros, y no había diferencia en ellos.

—¿Y cómo lo recuerda usted más?—pregunto al hijo.

—Trabajando ensimismado en su cuarto. Tenía una mesa-piano y la cama en la misma habitación, porque a veces se levantaba en medio de la noche y se ponía a escribir.

—¿Qué gustos tenía?

—Era muy sencillo. Para nosotros era un compañero más; siempre alegre, juguetón. Una mañana, mientras mi madre salía del comedor, se afeitó rápidamente la barba y el bigote; salió con sigilo, llamó a la puerta de la calle y nos dió un buen susto, entrando de rondón, porque no lo conocimos. Era muy buen padre y muy buen marido.

—¿Y eso que tenía fama de enamorado!

El hijo sonríe y calla, y el yerno dice:

—¡Eso es un elogio!

—Hay una fatalidad en su vida que parece perseguirlo y no dejarlo gozar del triunfo—dice el

hijo—. Cuando estrenó su ópera "Circe" murió mi hermana mayor, a la que amaba locamente, y al mes justo de estrenar "Margarita la Tornera", por la que tenía tanta ilusión, murió él.

Emocionado con este recuerdo guarda silencio, y "León-Boyd" me da detalles de su muerte.

—El—dice—dirigió la sexta representación de "Margarita la Tornera", que fué la última que pudo dirigir, con cuarenta grados de fiebre, bebiendo jarras de naranjada para aplacar el ardor que sentía. Había estado enfermo con un catarro, y aquella noche salió para ir a la Zarzuela al estreno de "Las majas de rumbo", en la función de la Asociación de la Prensa. Esta obra, con Dicenta y Répide, fué la última que estrenó. El se había ido vestido de frac para dirigir luego en el Real su ópera, porque aquella noche asistía la Infanta Isabel.

Recuerdo que por haberse estrenado el miércoles de Ceniza no estuvo la familia real.

—Precisamente. Como la función de la Zarzuela se alargaba, tuvo que irse, y me dijo: "quédate tú". En el Real dirigió en las malas condiciones de aquel escenario, se puso sudando, y salió a cuerpo para cumplimentar a la Infanta, que lo llamó a su palco. Al volver a casa se acostó para no levantarse más.

—¡Si viera usted qué muerte!—dice afligido el hijo—. Parecía que estaba mejor y el médico nos

CARMEN DE BURGOS

tranquilizó... pero a media noche empezó el delirio... y murió tarareando la zarabanda de "Margarita" y dirigiendo la orquesta. "Así, así, ahora." Estas fueron sus últimas palabras.

—En aquellos momentos—añade su yerno—le preparaban la coronación. Ya había venido la Comisión de Villena, que traía flores y coronas... y éstas sirvieron para su entierro.

Hay un soplo de emoción en todos nosotros y reina un silencio que yo rompo para decir:

—Bienaventurados los artistas que mueren en plena gloria.

VITAL AZA

La figura de Vital Aza está llena de simpatía. Un artista moderno, equilibrado, lleno de vida, que ha gozado de verdadera popularidad y del afecto de todos sus contemporáneos.

Su hijo don Luis, notable y culto ingeniero, tiene la bondad de darme los datos que solicito. Vital Aza era asturiano, de Pola de Lena. Vino a Madrid a estudiar Medicina, en San Carlos. En aquel tiempo estudiaron en esa Facultad una multitud de artistas que no ejercieron, a pesar de estudiar con aprovechamiento. Uno de ellos, el ilustre pintor Parada Santín, añade algunos datos a los aportados por el hijo de Vital Aza respecto a la época de estudiantes.

—San Carlos entonces —dice— era muy diferente. Estábamos miles de alumnos. Yo tenía en la clase de Anatomía el número 3.000. El catedrático de Química, don Ramón Torres, era un tipo muy original, buen químico, con melenas de artista;

hijo de una célebre cantante, escribía comedias y en sus clases había verdaderas funciones; un chico recitaba versos, otros pronunciaban discursos y se hermanaban bien ciencia y arte. Vital se reveló en esta clase como poeta, con motivo de la visita del célebre químico francés Lecania, leyendo unos hermosos versos en la función que celebró en su clase don Ramón Torres. El francés no entendió de los versos de Vital más que la última palabra "hematosina" (substancia descubierta por él); pero lloraba emocionado al ver el entusiasmo de la juventud y la ovación a Vital.

Este ya tenía afición a todas las artes: era alumno de Música de la madre de Parada Santín, que era una cantante excepcional y componía cosas muy bellas y Vital, acompañado por ella, cantaba romanzas con una preciosa voz de barítono. Era también un presditiigador notabilísimo, tanto, que de haberse dedicado a esto hubiera conseguido no menos fama que como autor dramático. Sus aficiones artísticas no le impidieron obtener "sobresaliente" en su reválida de médico.

—Pero es muy curioso—dice el hijo—; que tenía tal desconfianza de sí mismo, que una vez lo llamaron para ver a un enfermo; lo pulsó, lo examinó y cuando la familia le preguntó qué le parecía, respondió: "Que deben ustedes llamar a un médico." Así es que al poco tiempo dejó la carrera y se dedicó al arte.

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

—¿Cuál fué la primera obra que estrenó?

—"Basta de matemáticas", obra festiva, sin música.

Me habla luego de la brillante carrera artística que todos conocemos, de la parte central de su vida de autor, en colaboración con el simpático Ramos Carrión y con Estremera, de los que luego se separó, en su última etapa, para trabajar solo.

—¿Qué obras de las tuyas le gustaban a él más?

—"El sombrero de copa", "La rebotica", "Frankfort" y "El afinador".

—¿Ganó mucho con sus obras?

—Sí. Además la propiedad de ellas y de fincas, dejó en dinero más de seiscientas mil pesetas. Esto para ganado con el ingenio es bastante y más si se tiene en cuenta que él era generoso, llevaba siempre un duro preparado para el que se lo pidiese y vivía espléndidamente; le gustaba comer bien, viajar, darse buena vida y fumar cigarros caros. Era gran fumador, y cuando le decían que el tabaco es malo para la salud, contestaba: "Sí; el tabaco malo es malo." Las noches de estreno, a los que no consentía que fuese nadie de la familia, se ponía nervioso y no hacía más que encender cigarros y tirarlos.

—¿Conocía mucho el gusto del público?

—Para esto se guiaba por los actores el día de la lectura. Todas las obras que no les gustaban a los actores eran un éxito, y las partes que les pa-

recían débiles a ellos, las que más aplausos arrancaban en la representación.

—Y aparte las obras de teatro, ¿qué ha hecho?

—Varios tomos de poesías, todas festivas, como "Bagatela", "Ni fu ni fa" y otras. Tenía una gran facilidad para el verso y apenas lo corregía; era en él espontáneo, fluía...

—¿A qué horas trabajaba?

—Siempre por la mañana. Se comprende; porque no dejaba nunca de ir de noche al teatro.

—¿Qué otras aficiones artísticas tenía?

—Ya creo haber dicho que adoraba la Música. Dibujaba bien, porque en su juventud anduvo con ingenieros, y él dibujaba las decoraciones y croquis para sus obras. Otras de las aficiones que pocos conocen, porque no ha publicado nada de lo mucho que hizo, es la afición a la Filología; estudiaba continuamente el idioma. Leía mucho los clásicos, con los que estaba familiarizado desde niño, porque en la casona señorial que tenemos en Mieres había una gran biblioteca de su tatarabuelo, en la que él se empapó cuando adolescente.

—Y en la vida ordinaria, ¿qué aficiones tenía?

—Una gran afición a los caballos; montaba todos los días, durante cuarenta años, desde las nueve y media de la mañana hasta las once, o guiaba su coche. Como distracción, le gustaba el tresillo; cuando estaba aquí en Madrid, lo jugaba en el Casino con grandes políticos y aristócratas, y

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

cuando estaba en el pueblo, con el boticario, el alcalde o cualquier otro vecino, y decía que tan bien lo jugaban unos como otros, y que todos tenían la misma educación. El no podía pasar sin su rato de tresillo diario. Si le gustaba más jugar aquí es porque le gustaba jugar fuerte. Llegaron a jugarlo a duro el tanto.

—¡Pero eso es una ruina!

—Sí; pero como siempre formaban la partida los mismos, al fin de la temporada no habían hecho más que pasar el dinero de unos a otros, y salían casi igual.

—¿Cómo lo recuerda usted más?

—Montado a caballo o con su gesto familiar, que era con las manos metidas en los bolsillos, moviéndose mucho, silbando y haciendo sonar la calderilla. Esto de silbar y tararear era un vicio tan arraigado en él, que no podía reprimirse, y a veces lo hacía en visita o en la calle.

—¿Me ha dicho usted que gustaba de los viajes?

—Sí; había estado varias veces en Italia; era apasionado de Florencia, y últimamente pasaba temporadas en Alemania.

—¿Y aquí, qué vida hacía?

—Era de un carácter envidiable, optimista y alegre; no lo he visto jamás enfadado; siempre cariñoso con la familia. Algunas veces, refiriéndose a nosotros, nos decía: "¿Pero qué juventud es esta

CARMEN DE BURGOS

que no os divertís? Sois una generación entristecida." El, a los sesenta y un años, gozaba como un niño; era fuerte, buen mozo, guapo y le gustaba vestirse, componerse y estrenar trajes, lleno de ilusiones. Pasaba siempre los inviernos en Málaga; la primavera, en Madrid; el otoño viajaba, y en verano iba a Mieres, donde le gustaba mucho dedicarse a la agricultura, ver sus vacas, sus caballos, etc.

—¿De qué murió?

—De una de esas traidoras cardiopatías que están ocultas y de pronto matan en veinticuatro horas. Murió tan optimistamente como había vivido, sin sufrir apenas, y está enterrado en nuestro cementerio de Mieres.

Mientras yo termino de hacer el resumen de esta vida noble y exuberante de un artista que supo gozar de la existencia tan ampliamente, don Luis Aza me dice:

—Y ya que de los recuerdos que guardo de él me preguntaba usted, le diré que el más terrible de todos es el de aquel viaje que hice para conducir su cadáver a Mieres. No puede usted saber lo que es recorrer aquel camino, que tantas veces habíamos hecho juntos, llevándolo en el furgón de cola como un fardo cualquiera, y sentir la tiranía, el egoísmo de la vida sobreponerse a todo para tener que ir rendido a tomar un bocado a la fonda de la estación de Segovia. ¡Comer y estar él allí en-

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

frente en un furgón! Había para indignarse contra la muerte y contra la vida. ¡Yo no podré tener jamás su optimismo!

Escucho conmovida el trágico y desgarrador relato con que termina esta entrevista, biografía de un hombre privilegiado y feliz.

ANTONIO VICO

El inolvidable gran actor, que tantos días de gloria dió a la escena española, ha dejado una numerosa sucesión de actores, de los cuales, uno de los más notables, don José, es el que me hace la confidencia de la vida íntima de su padre.

—Los recuerdos que se pueden narrar de la vida de mi padre—dice—resultan algo paradójicos, porque siendo él un hombre que vivió la vida en serio, todas sus anécdotas son de broma. Esto se debe, principalmente, a su carácter, tan plácido, tan tolerante.

—Todos conocemos su vida pública y su gloriosa carrera. Yo deseo que me diga usted algo de su intimidad, de sus gustos.

—Mi padre era muy sencillo. Se acostaba en cuanto salía del teatro, se levantaba temprano, daba su paseíto y estudiaba. Todo el tiempo que el teatro le dejaba libre era para su familia; era de gustos muy caseros, y profesaba un gran cariño a

sus hijos, sobre todo a mi hermano Manolo; tenía para él dulzuras más que paternas, maternas; él mismo le hacía la maleta cuando habían de salir de viaje, y todo cuanto Manolo hacía le parecía bien.

—¿De dónde era su padre?

—Andaluz; de Jerez de la Frontera. Poseía el carácter de la raza, insinuante, que dominaba por la dulzura y la simpatía. Jamás quiso ser director de escena.

—Es lástima, porque hubiera sido un gran maestro de la generación siguiente.

—No lo hacía por no enseñar. Mi padre era generoso; no vivía para sí, sino para los demás; no gastaba nada en él; pero esa misma sencillez le hacía no querer dirigir e imponerse. Cuando alguna vez dirigía, se sentaba en el escenario con el sombrero calado hasta las cejas y embozado en la capa, y dejaba a cada uno hacer lo que quería.

—¿No era aficionado a vestir muy bien?

—En escena, sí; pero ordinariamente, no. Iba de cualquier modo. Limpio, pero con el traje viejo o deshilachado. Recuerdo un día en Portugal, donde tenía grandes éxitos y lo querían mucho, que tuvo que ir a darle las gracias al Rey Don Luis porque le había concedido la Orden de "Caballero de Cristo". Estaba vistiéndose de etiqueta, y se le rompió la insignia de dicha Orden, que llevaba en el ojal; me envió a que le comprase otra. Tardé

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

poco; pero al volver encontré a mi padre ya vestido... no de etiqueta, sino con un pantalón deshilachado y un chaleco y americana de seda cruda... No fué posible que se vistiese de etiqueta. Le parecían ridículos el frac y la levita por la calle. Y así se fué a ver al Rey.

—¿Gustaba de algún deporte?

—No. Más bien les tenía aversión. Cuando disparaba en escena cerraba los ojos al oír la detonación, y decía que sólo había cabalgado sobre una mula para atravesar la cordillera de los Andes.

—¿Y en la comida?

—Frugal también. Le gustaba a la andaluza: la olla podrida, el pescado frito, la fruta...

—Cuénteme usted algo de su carrera artística, en lo que podríamos llamar entre bastidores.

—Empezó, como todo el mundo sabe, haciendo papeles de mujer, como actor cómico, y era tan malo, que todos se metían con él. No se adivinaba en los principios lo que había de ser después.

—¿Cómo se reveló?

—Espontáneamente. Había en él mucho de intuitivo, y se diría que de magnético, porque lo mismo en escena que fuera de ella comunicaba a los demás sus impresiones de risa o de llanto. Los actores que se iban de la compañía tenían que irse sin despedirse de él para resistir a su influencia.

—¿Cómo estudiaba sus papeles?

—Estudiaba por las mañanas, levantado, en su

CARMEN DE BURGOS

despacho, en voz alta, y se aprendía los papeles de memoria; pero sólo la palabra. El gesto y la entonación eran inspiración del momento. Así es que rara vez hacía las cosas iguales, ni se colocaba en escena en el mismo sitio. Tomaba a veces entonaciones inesperadas, y cuando lloraba se llevaba al público como electrizado.

—Y su ronquera continua, ¿a qué obedecía?

—A exceso de trabajo. Cuando se hizo la exhumación para traer su cuerpo a España, dijeron los doctores que era una laringe perfecta, bien hecha; era la voz como gastada.

—¿Qué género prefería?

—Todos iguales, pero lo dramático daba mejor resultado en taquilla; sin embargo, él lo hacía todo, lo mismo un drama que "Las sábanas del cura", de Enrique Gaspar, u otra cosa por el estilo. Le era también indiferente que estuviesen en verso o en prosa.

—¿Y qué papeles le gustaban más?

—Los de peluca. Cuando hizo "Juan José" decía que él no era Juan José, sino un tío de Juan José. Hubo una temporada en que se dejó la barba y el bigote como un tenor.

—¿Se pintaba mucho?

—Poco. Sólo se servía de la pintura para acentuar el gesto, y no usaba las pinturas como todos nosotros, sino a la acuarela. Su cualidad principal era el dominio del gesto, de los ojos y de las

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

manos. Nadie le ha heredado en eso. Tenía las manos pequeñas y los ojos grandes; las cejas, pobladas, y las ponía de punta. Cuando se estrenó "Un drama nuevo", de Tamayo, estaba afónico; no se le oía una palabra, y sólo con los ojos y las manos dió la sensación de su papel como si lo hubiera dicho.

—¿Gustaba de las obras actuales o de época?

—Las actuales. Puso en escena, por complacer a Don Alfonso XII, que lo distinguía mucho, "El desengaño de un sueño", obra póstuma del duque de Rivas, y esto le costó cerca de quince mil duros; pero el público no respondió y perdió casi todo, excepto la parte que le recompensó el Rey.

—¿Qué autores eran sus predilectos?

—El sacó a escena a Echegaray, López de Ayala, Zorrilla, Leopoldo Cano y Sellés; con los dos últimos tenía gran amistad, y era amigo íntimo de Javier de Burgos y de Rafael Calvo. Admiraba a éste extraordinariamente y lo quería mucho.

—¿Y sus obras preferidas?

—"O locura o santidad", "Consuelo", "La pasionaria", "El nudo gordiano". Su cumbre era la primera. Se da el caso raro de que mi padre no había visto jamás morir a nadie, ni había estudiado la muerte en ningún libro de medicina, ni había ido jamás al hospital, y, sin embargo, se moría de toda clase de muerte de un modo maravilloso. Cuando algún autor dudaba del éxito de su obra,

le decía: "Haga usted que me muera en escena y triunfaremos. Máteme usted." Y así era.

—Cuénteme usted alguna anécdota de su vida.

—Una vez se encontró en América en una situación muy apurada porque tenía que pagar una fuerte suma, y se le presentó un señor representante que le ofreció salvarlo. "Yo me voy al presidente y le digo: Viene Antonio Vico, representa "La muerte en los labios" y es un negocio haiga o no haiga subensión." Mi padre, sin poder contenerse, le contestó: "¿Y cómo me va usted a salvar con ese castellano, si yo, que hablo hasta caló, no me puedo salvar?"

—¿Y cómo salió?

—Le escribió un soneto a don Tomás Regalado, Presidente de la República del Salvador, y este señor le dió el dinero y cuanto necesitaba.

—Es digno de que se perpetúe su nombre.

—Otra vez, en Murcia, se hablaba de teatro en el Casino, y uno de esos señores que todo se lo quieren saber le dijo: "Yo lo vi a usted estrenar "Los valientes". Y mi padre no lo desmintió. Era la afabilidad misma.

—¿De qué murió?

—Cardíaco. Le sorprendió la muerte en Nuevitas (isla de Cuba), a bordo del vapor "Julia", de la Compañía de Herrera. Tenía sesenta y dos años. Aquella mañana me dijo que se sentía mejor que nunca, y en un par de horas murió, pronunciando

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

el nombre de mi madre y el de mi hermano, que fué su última palabra: "Manuela, Manolito."

—¿Dejó fortuna?

—Nada. Sólo diez pesos que encontré en un bolsillo de su americana. Bien es verdad que acababa de girar tres mil pesetas, y que todos los meses enviaba la misma cantidad para sostener la casa y la numerosa familia.

—¿Eran ustedes muchos?

—Tuvo ocho hijos, y aunque él no quería que fuésemos del teatro, todos los varones nos hemos dedicado a él.

—¿Cómo recuerda usted más a su padre?

—Sentado en su despacho, estudiando y fumando un cigarrillo.

—¿Y de los rasgos de su carácter?

—La gran sencillez. ¿Querrá usted creer que en el viaje a América me preguntaba con inquietud si gustaría? Yo me indignaba, porque no por tener la gloria de ser hijo suyo iba a desconocer su genio.

—Que se revelaba precisamente en esa sencillez suya, cuando tanto mérito tenía—digo.

—Sí—me contesta D. José Vico—: la nota principal de la vida de mi padre es la de haberse muerto sin saber él lo mucho que valía.

EDUARDO ROSALES

La hija del gran pintor, doña Carlota Rosales de Santonja, tiene la bondad de hablarme de su padre.

—Yo le daré a usted noticias por referencias de familia—me dice—. No puedo hacerlo por mis recuerdos porque cuando murió mi padre era yo muy niña. Sin embargo, tanto hablaba mi madre de él, tal culto había a su memoria en casa, que yo creo haberlo conocido y tratado, porque los recuerdos de lo que me contaban se hacían vivos en mi amor a mi padre.

—Dígame usted lo que recuerde.

—La vida de mi padre es una vida breve, pues murió de treinta y siete años; no hay en ella grandes anécdotas; está toda llena de un gran amor al arte y de una continua lucha con las dificultades de su situación y con la enfermedad que le minaba.

—Es triste contemplar esa lucha cuando se pien-

sa qué cercana veía la muerte. Parece que conociendo él su fin, trabajaba con más prisa, con más ardor, para no dejar incumplida su misión.

—Sí; fué una existencia triste y atormentada. Mi padre nació en Madrid el 13 de septiembre de 1837, y desde muy pequeño tuvo una gran afición a la Pintura, que aprendía a pesar de estar tan delicado y sentir ya los primeros síntomas de la tuberculosis, que lo llevó al sepulcro.

—¿Padeecía desde tan joven?

—Tenía cinco o seis años, cuando un día, corriendo con otros compañeros de colegio, se cansó demasiado, y empezó a resentirse del pecho.

—¿Quiénes fueron sus maestros?

—Don Luis Ferrant y don Federico de Madrazo. Fuera de las horas de clase, se reunía para dibujar en el estudio que tenía Palmaroli en Puerta Cerrada, con Alejo Vera y Luis Alvarez. Allí soñaban los tres con el viaje a Roma, y trabajaban con fe para reunir algunas pesetas y marcharse, copiando retratos de Isabel II para Ayuntamientos de pueblos, villas y ciudades, y letras iniciales de los códices y libros de coro de El Escorial, con destino a la historia ilustrada del monasterio que estaba publicando don Antonio Rotondo.

—¿Y lo lograron así?

—Realizaron su locura, y el 19 de agosto emprendieron el viaje a Bayona embutidos en la baca del coche-correo.

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

—Es un viaje tan heroico como el de Aníbal.

—Palmaroli cuenta una anécdota de él. Dice que cuando llegaron en un tren mixto a Cette era media noche, y no sabían qué hacerse, pues iban tan ricos de fe y entusiasmo como pobres de dinero, y como vieran en uno de los canales algunas lanchas amarradas, sin marineros, se metieron en una de ellas, y poniendo por almohadas sus maletas, durmieron hasta que los despertaron la luz del día y las carreras de las ratas en torno suyo. Aquella barca se llamaba "La Volonté de Dieu", y ellos tuvieron esto por signo de buen agüero.

—Y fué así, en efecto.

—Siguieron el viaje en tercera a Marsella, desde donde se embarcaron para Livorno, y desde allí estuvieron en Pisa, para contemplar los célebres frescos del cementerio, y pasaron a Florencia, que los conquistó de tal modo con su belleza, que estuvieron mes y medio antes de ir a Roma.

—¿Y cómo se sostuvieron en ese tiempo?

—Hicieron en Florencia algunas copias, que vendieron muy bien, y luego, en Roma, tomaron un estudio juntos; pero bien pronto tuvieron que separarse. Alvarez tenía fortuna, Palmaroli gozaba una pensión del Rey Don Francisco de Asís; sólo mi padre estaba en situación precaria, y hacía copias en las galerías, especialmente en la Borghese, y de su producto vivía. Así, estando pobre y enfermo, partiendo el tiempo entre el estudio y

el hospital, pintó la "Nena", una niña con un gato, que es un cuadro precioso, poco conocido, porque lo compró la señora condesa del Valle, y lo estima tanto, que no lo deja para Exposiciones. Este cuadro mereció una recompensa en la Exposición nacional de 1862. Mi padre contaba los apuros que había pasado para pintarlo, teniendo que hacer estar quieta a la modelo a fuerza de rosquillas, que entonces le costaba un sacrificio comprar.

—¿Cuándo salió de su mala situación?

—A raíz de esto, le concedió una pensión el marqués de la Vega de Armijo.

—¿Cuál fué su primer cuadro de gran éxito?

—"El testamento de Isabel la Católica". Todo el mundo sabe el éxito que alcanzó con esta obra en la siguiente Exposición nacional de 1864, en la que obtuvo el primer premio, no sólo por unanimidad del Jurado, sino de los artistas. En la Exposición Universal de París de 1866 llamó también poderosamente la atención, y obtuvo para la medalla de honor igual número de votos que el cuadro de Stéfano Usi "La expulsión de Florencia del duque de Atenas". Le dieron a mi padre la Legión de Honor, que él estimaba en tanto, que no se quitaba nunca su insignia.

—¿Qué género gustaba más de cultivar?

—El que hacía mejor eran los cuadros de composición y de historia, como el ya citado: "La muerte de Lucrecia", "Presentación a Carlos V de Don

Juan de Austria, niño" y otros así. También tiene cuadros de costumbres, como "La venta del Novillo"; un desnudo, "La salida del baño", y paisaje, como el fondo de "Ofelia", tomados del Tíber, y el fondo del Prado y los Jerónimos para Amadeo. En pintura decorativa hubiera hecho grandes cosas, como lo prueban los dos evangelistas que pintó para la Iglesia de Santo Tomás y el techo del palacio del duque de Bailén. Como dibujante, los grandes críticos han dicho que puede colocarse al lado de los maestros de los siglos XVI y XVII. Todo esto supone mayor esfuerzo, porque era corto de vista, y a pesar de eso, conseguía en sus grandes lienzos una admirable armonía en el color y el claroscuro.

—Fué grande y original; de no saber su vida, nadie creería que esa pintura épica, de tanta magnificencia y energía, fuese producto de un enfermo; pero sabiéndolo, eso explica la severidad y la sobriedad que hay en ellas.

—Pasó toda su vida mártir. Mi madre fué su hermana de la Caridad, pues se empeoró a causa de haberse enfriado pintando unas copias en la iglesia de Siena. Vivía a fuerza del gran cuidado que tenía, y era esclavo del régimen en toda su vida, en sus comidas, en todo.

—¿Pero no dejaba de pintar?

—No. El conocía su gravedad y estaba siempre triste; pero su entusiasmo por la Pintura no decaía

y trabajaba hasta cuando iba a Panticosa y en las temporadas que pasaba en La Fuensanta, en Murcia.

—Tuvo, sin embargo, el placer de saborear su bienestar y su triunfo, aunque por poco tiempo.

—Eso sí. Ya tenía una situación bastante buena cuando murió, y lo habían nombrado director de la Academia de Bellas Artes, de Roma. Por cierto que le ofrecieron la Dirección del Museo del Prado, y dijo que no la aceptaría jamás mientras viviese su maestro Madrazo. Era tan noble y tan bueno, que todo el mundo lo quería.

Hay un silencio, en el que la hija evoca, conmovida, la figura del gran pintor.

—Mi padre era muy guapo, alto, de mirada inteligente y melancólica, como todos los destinados a morir de esa enfermedad. Esta lo maceró de manera que su rostro bondadoso tenía algo del rostro de Cristo, y sirvió de modelo para el "Cristo yacente" que hay en el Museo Moderno.

—¿Sabe usted algo de sus gustos?

—Le gustaba vestirse bien, con sencillez; pero con mucho esmero y elegancia.

—¿Y de deportes o artes, además de la Pintura?

—Los viajes y la Música. A ésta tenía una afición loca; fué discípulo de violín de Pinelli, al que le hizo un retrato; ya tocaba muy bien, y hasta había escrito una partitura. Además gustaba mu-

cho de la literatura, y conocía admirablemente la española y la italiana.

--¿Escribía?

--Podiera haberlo hecho tan bien como pintar, porque sus cartas son modelos de expresión clara y sencilla y de contextura literaria elegantísima. Yo poseo la correspondencia con sus amigos, y crea que sería digna de publicarse.

Luégo doña Carlota Rosales me habla de la muerte de su padre, que aceleró la de una hermanita suya que causó un enorme dolor a su corazón de artista. Muerto Rosales, la familia tuvo que subastar sus cuadros, que se vendieron a menos precio del que merecían y del que alcanzaron en reventas.

--Sólo nos quedó—dice—“La muerte de Lucrecia”, que estaba en casa sin marco, rodeado de unas cortinas, y daba tal impresión de realidad, que algunas personas retrocedían al entrar en la habitación, asustadas. Este era mi único patrimonio, y lo adquirió el Estado por la iniciativa de aquel hombre tan bueno, tan justo, tan protector desinteresado de los artistas y personas de talento que se llamó Don Segismundo Moret. El me dió también, siendo niña, una pensión para estudiar en Roma, donde conocí a mi marido, Miguel Santonja.

--Sé que es un profesor de Armonía que honra nuestro Conservatorio; pero sé también que usted

es una pintora notabilísima. ¿Por qué no cultiva usted ese arte?

Doña Carlota sonrío y dice:

—¡Qué sé yo! Cuando soltera hice algo, es verdad... pero después, casada... con cuatro hijos... cambié los pinceles por la aguja.

En su sonrisa hay toda esa ternura, esa dulzura, ese renunciamento a que obliga a veces la vida de las mujeres.

—Lo único que deseo—añade—es no morirme sin ver la estatua de mi padre, esa estatua que una Sociedad de hombres generosos intenta erigirle.

DON JOSE ZORRILLA

Subí conmovida la estrecha y vieja escalera del tercer piso y me detuve ante la modesta puercecita en cuya madera campea un letrero que dice con sencillez: "Colegio". Saboreaba toda la modestia de la situación de la mujer que iba a buscar allí y que había sido la compañera de uno de los poetas más grandes de la España moderna; poeta ingenuo, romántico, inspirado, soñador y bueno; desinteresado, leal, desbordante; un verdadero poeta en su sensibilidad, sin academismos, con honradez; de los que experimentan la emoción de lo que escriben, no de los que sienten la emoción de los que han de leer sus falsedades; el poeta que recogió las leyendas más hondas de la raza, esas leyendas oscuras, venaje de minas patrias, que salvan al acaso los poetas. Poeta impetuoso y descuidado.

Sentí un impulso de cariño hacia la dama, que me recibió en la modesta salita, de antiguo y clá-

sico corte clase media de últimos del pasado siglo. Una dama que conservaba a sus setenta y tantos años restos de una gran belleza. Aspecto de dama linajuda, distinguida, que guarda el satinado de la piel, muy blanca, y el reposo de los modales y la conversación. La esposa del poeta ha sido una mujer hermosísima, de un tipo español castizo, una aragonesa de las que en nuestro más gráfico lenguaje se apellida *una buena moza*.

Muy afable y asequible se prestó a la amistosa conversación, en la que yo pretendí, con poca piedad a veces, desentrañar sus más íntimos recuerdos.

—Conservo poca memoria—me dijo—. Yo estaba tan grave cuando Pepe murió, que pensaban que iba a seguirle a la tumba...; después he estado tres años ciega... Ahora este temblor nervioso no me deja...

—¿...?

—Sí, sí; el recuerdo de él no me abandona un momento..., procuraré darle a usted detalles...

—¿...?

—¿Vida retrospectiva? El me contaba su vida en nuestras horas de placidez... He olvidado muchos detalles. La infancia de mi marido fué muy triste... su padre era un hombre de hierro... policía de Fernando VII; quería que Pepe fuese carlista, y él, con otro espíritu y otros ideales, no pudo soportar la atmósfera de su casa y escapó

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

Después... me contaba cosas muy pintorescas... Vivía en una buhardilla de la plaza del Celenque con unos cesteros... un noble personaje fué a buscarlo y se lo llevó a su casa, desde donde escribió solicitando el perdón de su padre. Cuando Pepe lo supo sintió tal pánico, que huyó de su bienhechor para refugiarse en otra pobre buhardilla, donde las penalidades y el hambre le hicieron caer enfermo... Su padre no le perdonó nunca... mandó que arrojasen sus huesos a la fosa común para no recibir ni las oraciones de su hijo junto a la sepultura...

Se detuvo entristecida por el recuerdo del dolor de su esposo ante aquella salvaje venganza póstuma, y yo recuerdo también haber saboreado aquella pena en las estrofas menos sabidas del poeta, cuando en una amarga queja, dice:

Por mí, padre, bien has hecho;
yo me avengo a tal castigo;
Dios para hacer tal conmigo
te acuerde cual yo el derecho.

Y luego el grito supremo de desesperación:

¡Oh, política maldita,
cuya ciega fe insensata
el amor del padre mata
y a los hijos se lo quita!
¡Maldita sea en la tierra
la política opinión,
que echa a Dios del corazón
y a los hijos se lo cierra!

Y la valentía con que añade que si alguna vez le arrastrara un partido político:

No sería el que de mi padre fué.

La viuda de Zorrilla reanudó su relato:

—En la misma casa en que vivía Zorrilla habitaba una señora viuda, riquísima, que tenía un hijo mayor que Pepe. Subió llena de piedad a cuidar al poeta enfermo... y se casó con él. El matrimonio no fué dichoso. Ella era celosa... Zorrilla tenía el genio fuerte, a pesar de su bondad. Estaba sereno, contento y se enfurecía de pronto... pero en seguida conocía su error. Algunas veces venía a decirme: "Perdóname. Ya sé que no tengo razón de enfadarme. Cuando la tengo, no me enfurezco." Y así era, en efecto; en los momentos graves permanecía ecuánime, severo; bondadoso, como él era... Sin duda, con su primera esposa no se entendía tan bien, y a los dos años de casado se separaron y se marchó a París... Yo la conocí a ella un día en el teatro del Príncipe. Doña Florita era una mujer hermosísima, a pesar de sus años; una belleza excepcional. Muy distinguida, amiga íntima de la emperatriz Eugenia. No tenía más defecto que su mal gusto en el vestir. Siempre de colores claros, sobrecargada de adornos de un modo ridículo. Un día la reina Isabel II escribió a Zorrilla anunciándole que le enviaba a su mujer para

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

que se reuniese con ella... Zorrilla escapó a Méjico antes de que llegase el regalo.

—¿...?

—Sí; en Méjico fué el amigo íntimo de Maximiliano, al que profesaba entrañable cariño. Volvió a Europa después de muerto su padre y doña Florita para arreglar sus asuntos y volver al lado del emperador. Fué cuando yo lo conocí. Me dedicó un libro que no me entregó y en cuya primera página decía: "A Juana Pacheco, que será mi mujer", ¡y aún no me había dicho una palabra de amor! Después me lo dió, siendo novios, con una quintilla en la última página, en la que decía que si algún día llegaba a leer hasta la última línea, entonces podría decirle qué pensaba de él.

—¿Qué libro era?

—"Un drama del alma", sobre Méjico y Maximiliano. Es un libro agotado...

Y yo recordé aquel libro, tan amado en los días de mi infancia, que me hizo compadecer a Maximiliano y buscar a Carlota en un abandonado castillo de Bruselas.

—Zorrilla iba a embarcarse para Méjico—prosiguió doña Juana—cuando recibió una carta del emperador... "No vengas; voy a abdicar y nos veremos en Miramar." La noticia de su fusilamiento sobrecogió a mi marido. Lloró a Maximiliano como a un padre, y hasta su muerte ha llevado luto por él.

CARMEN DE BURGOS

--¿Y ese libro, esas cartas?—pregunté ansiosa.

--No conservo nada. Muerto él, enferma yo, todo se ha perdido. Me robaron hasta el testamento. Sus coronas y su despacho los mandé al Museo de Valladolid... no me queda nada... ni nada me era preciso para su recuerdo...

Trabajosamente se levantó y me trajo unos retratos de Maximiliano. Esas fotografías antiguas, pequeñas, aun siendo de grandes reyes, amarillentas, tan conmovedoras. Me mostró al emperador con su semblante noble y sus ojos honrados, tristes, profundos... Es una fisonomía de esas que están marcadas por el sello excepcional de los elegidos. Me pareció escuchar en su boca aquel último encargo que Zorrilla expresó en sus versos:

Si ves a Carlota, dí que muero
cristiano, emperador y caballero.

Y comprendí el dolor del poeta y sus invectivas a Francia y a Roma, la verdad de sus maldiciones y de su invocación:

Haz que en América sea mi acento
rugido de león calenturiento.

Después la viuda me enseñó los retratos de la familia real de España. Hay uno de Alfonso XII con esta dedicatoria: "Al gran poeta D. José Zorrilla, con admiración por su obra y su desinterés personal."

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

El de la reina Cristina llevaba la fecha de su casamiento y sus frases se han borrado sobre el papel fotográfico. El de la infanta Eulalia la representa casi niña; mucho menos bella y elegante que ahora que es parisién.

Doña Juana me enseñó un retrato de ella. Estaba joven y elegantísima.

—Me lo hicieron en Italia—me dijo—. Nos casamos al año siguiente de la muerte de Maximiliano, y mi marido tenía la pasión de los viajes. Siempre estábamos con el equipaje al hombro. La luna de miel la pasamos en Italia.

—¿Fué usted feliz?

La viuda meditó un poco.

—Mi marido fué más bien un padre que un marido para mí. Tenía treinta años más que yo. Cuando nos íbamos a casar, todo el mundo se oponía, me hablaban mal de él; me decían que sería celoso; que me esclavizaría... No hice caso, sugestionada por su gloria, y no tuve de qué arrepentirme...; jamás coartó mi libertad; fuí muy dichosa; pero era galante...; las mujeres lo buscaban mucho...; en Italia me lo disputaban...

No pude menos de sonreír maliciosamente recordando aquella frase del "Tenorio":

Salté a Italia, buen país...

y para disimular mi sonrisa, le dije:

—¡No es extraño, señora! Ya ve usted; yo misma aún vengo buscándolo...

—Pero usted busca al poeta—me respondió con viveza juvenil—; su sentimiento se purifica más en la muerte... Antes... yo no podía separar en mi amor al poeta del hombre.

Se volvió a levantar y me trajo retratos de su esposo, en grupos con damas, que ostentaban peinados y trajes antiquísimos, en los que estaba él como recién casado con ellas.

—Mire usted, ésta es la duquesa de..., ésta la marquesa..., la actriz..., la... ¡Todas se desvivían por retratarse a su lado! ¡Lo que yo no pude conseguir jamás!

Esta frase me llenó de respeto. Ví la psicología del poeta anciano que temía aparecer cerca de la esposa juvenil, y que dejó, quizás sin sospecharlo, una eterna amargura detrás de él.

—Yo quisiera un retrato de usted de ahora, le enviaría el fotógrafo si me lo permitiese...

—No; yo no debo retratarme ya—me contestó con una entereza en la que alentaba toda la coquetería de una belleza perdida y que hizo inútil insistir.

Tuvimos una pausa penosa.

Con timidez abordé un nuevo tema:

—¿Su situación económica?

La viuda me contó que su esposo no había dejado ninguna fortuna y con sencillez entró en detalles

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

de su vida. Había tenido la candidez de reconocer deudas de la juventud de su marido y de no defender indiscutibles derechos ante los tribunales. Se quejó con amargura de las sociedades literarias que se llevaban el producto de las obras.

—Ya ve usted—me dijo—, a mí sólo me pertenecen los derechos de las que se representen en el extranjero, y únicamente cobro las de América del Sur; porque dicen que Cuba y Filipinas no son del extranjero ¡aún!...

De este modo la viuda de Zorrilla no podía vivir ni del fruto del trabajo de su marido ni del recuerdo que la patria le consagra. Sólo los reyes habían honrado la memoria del poeta, pasándole a ella la pensión de 3.000 pesetas que le tenían concedida.

—La reina Cristina me escribió dándome el pésame y anunciándome este favor—me dijo.

Comprendí que me debía despedir, pero no me resigné a no indagar el paradero de aquellos papeles evocados por ella.

—¿Y esos papeles, esos retratos, esas cartas perdidas?—dije.

—Es imposible hallarlos —me repitió doña Juana—. Algo, muy poco, debe quedar en los baúles, cerrados después de su muerte, y que yo no he visto con mi ceguera y mi enfermedad.

—¡Si yo pudiese verlos!—murmuré en voz baja.

CARMEN DE BURGOS

Doña Juana me escuchó y me prometió buscarlos y enseñármelos.

Yo esperaba volver a aquella casa humilde y noble antes de que la Muerte llegase a ella, adelantándoseme.

Y me marché encantada de haber conseguido la evocación viva y algo inverosímil en estas horas presentes de un poeta lejano y entero como Zorrilla, un poeta lleno de un lirismo demasiado heroico y épico, un poeta que por un efecto raro de óptica parece remoto, porque del mismo modo que hay una literatura que se adelanta a nuestro tiempo, hay una literatura no menos clarividente y firme, sin embargo, que se atrasa, que va a la zaga de nuestro tiempo. Me marché esperando el día de volver a aquella casa para rebuscar lo inédito en los baúles que bajaran de la buhardilla, gozando con ansiedad trémula de los coleccionistas que hallan un cuadro del Greco o de Goya en la salita cerrada, desconocida y casi sin luz de una casa muy modesta.

Pero la muerte se me adelantó. Mientras yo estaba en América murió doña Juana Pacheco y sólo encontré a mi regreso a su sobrina, doña Blanca Arimón Pacheco, la heredera de sus obras, su verdadera hija de adopción, la que me da más noticias del ilustre poeta.

—¿Conoce usted anécdotas de su vida?—le digo deseosa de saber más detalles.

—Sí. Me he educado al lado suyo y de su esposa, mi tía doña Juana Pacheco, y los he mirado como verdaderos padres.

—Yo he deducido de sus versos que en la infancia fué muy desgraciado.

—Mucho; ya le dijo mi tía que su padre era un hombre de hierro. Había sido superintendente de Fernando VII, y para que se forme usted una idea de su carácter, baste decirle que, a pesar de haber prohibido el Rey los bailes de máscaras, se verificaban muchos en Madrid, porque la Infanta y la Princesa de Breira gustaban mucho de ellos. Una noche, al volver las dos damas a Palacio, cubiertas con sus dominós y antifaces, el superintendente las invitó a seguirlo a la cámara del Rey.

—“¿Y si no quiero ir?”, le preguntó con altivez la Princesa. “Permanecerá aquí Vuestra Alteza hasta que venga Su Majestad, porque he dado orden de cerrar todas las puertas.” Después de la muerte del Rey abrazó el partido de don Carlos, y era tan duro e inflexible, que no transigía con nada ni con nadie.

—Así se explica que se opusiera a las aspiraciones del hijo, de espíritu más liberal.

—Además aborrecía la poesía. Ni siquiera lo aplacó el triunfo del hijo. No le perdonó nunca que hubiese huído de la tiranía de su casa para venirse a luchar a Madrid y se escapara de Valladolid en un carromato de gitanos.

CARMEN DE BURGOS

—Su tía me contó lo mucho que tuvo que luchar aquí para abrirse paso.

—Pero una circunstancia desdichada le ayudó. El día de su llegada a Madrid fué el último día de Larra. Un amigo le encargó unos versos para leerlos en el entierro, y mi tío los escribió aquella noche en que estaba expuesto el cadáver en la iglesia de Santiago. Tan pobre estaba, que se hospedaba en la buhardilla de un cestero y escribió sus versos con un cálamo de junco mojado en tinta.

—Conozco ese episodio, que luego le hizo exclamar:

Nací como una planta maldicida;
al borde de la tumba de un malvado.

—No recuerde usted eso—exclama Blanca Arimón—. El estaba arrepentido, y en su libro "Memorias del tiempo viejo" se ha retractado ampliamente y pedido perdón a la familia de Larra. En su coronación, dijo:

Nací en un cementerio, cual flor de jaramago,
parásito en sus tapias y de sus tumbas flor.

—Lo cierto es—añado—que aquella poesía lo llevó a la popularidad. Al salir del cementerio era amigo de todos los ingenios de su época y se le habían allanado las asperezas del camino.

—El quería mucho a Espronceda. Cuando fué a verlo temblaba de emoción. Fueron muy ami-

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

gos, porque en aquel tiempo estaba Espronceda enfermo, a causa del disgusto que el abandono de Teresa le había producido, y el afecto de mi tío lo consolaba.

—¿Recuerda usted cómo escribía?

—A todas horas. Con gran facilidad, y a veces improvisaba para hablar en verso. •

—¿Qué gustos tenía?

—El viajar. Siempre estaba con la maleta preparada. Fué a Italia varias veces.

En este momento nos interrumpe el primo de Blanca, el ilustre escritor Santiago Arimón, que escucha paciente nuestra conversación y dice:

—Y las mujeres. Yo me acuerdo que, siendo un niño, me envió mi inolvidable padre por unas cuartillas a su casa, y salió con las manos llenas de aceite, limpiando unos gemelos de teatro. "¿Sabes para qué hago esto?—me preguntó risueño—. ¡Para ver esta tarde a las artistas!"

—Sí—dice Blanca—; iba todas las tardes al circo de Colón, que estaba enfrente de la casa de la calle de Santa Teresa, donde murió.

—He oído decir que era supersticioso.

—Bastante. Y hay que confesar que tenía razón, pues no pueden darse coincidencias más desdichadas que las que a él le pasaron. Figúrese usted que un día estando en París salió de paseo, y al volver encontró roto un gran espejo que le servía para afeitarse. Al día siguiente recibió la noticia de

la muerte de su madre. Vuelto a Madrid, mandó poner una nueva luna al espejo, y al ir a descolgarlo se le rompió ésta. A las pocas horas supo la muerte de su padre.

—¿Qué versos suyos le gustaban más?

—Ninguno. Decía que los odiaba porque lo apartaron de su familia.

—Así se comprende que, hablando de su padre, dijera

«que los versos que él maldijo
son sambenito que el hijo
peuitente ha de llevar.»

—Y de sus obras de teatro, ¿cuál le gustaba más?

—"Traidor, inconfeso y mártir".

—En cambio—dice Arimón—odiaba a "Don Juan Tenorio". Se pasaba la vida hablando mal de él, buscándole defectos. "Miren ustedes—decía—que escribir: "vil eres hasta en tus crímenes", y que nadie se fije en el disparate. ¿Puede dejar de ser vil el crimen?"

—Acaso ese odio provenía de ver producir tanto a una obra que le dió tan poco.

—Quizás le hubiera producido más alegría ver patear a "Don Juan" que su coronación.

—¿Recuerdan ustedes algo de ésta?

—Estaba emocionadísimo y al par dichoso.

—Yo no me consuelo de no haber visto los papeles que su tía me ofreció enseñarme.

—Puedo mostrárselos yo.

Blanca Arimón se levanta y me muestra retratos de amigos y de Soberanos dedicados a Zorrilla, papeles y versos de éste y no pocas cartas de hombres ilustres. Después, Arimón me lee aquel testamento humorístico en el que parece que aun gasta bromas con la muerte. En ese testamento habla de unos legajos de versos que debe limar y publicar su albacea testamentario, y de tres paquetes que se depositaron en el Ayuntamiento de Valladolid hasta que alguien quiera publicarlos.

—¿Dónde están esos legajos y esos paquetes?

—No se encuentran.

A pesar de esta afirmación, no me resigno a creer que una cosa así pueda perderse; pero Arimón me dice:

—Aquí no hay que extrañarse de nada. Mire usted este documento hecho entre un editor y Zorrilla. En él consta que el primero le adelanta una cantidad sobre las obras que escriba en lo sucesivo, sin gravar para nada las ya escritas. Fíjese usted bien.

—Está bien claro.

—Pues sin embargo, le están cobrando a mi prima, su heredera, de las obras anteriores. Ya ve usted como aquí puede ser todo. Estamos en el país donde no hay que admirarse de nada.

RAMON DE MESONERO ROMANOS

El gran costumbrista español, el que mejor ha sabido retratar la España de la primera mitad del siglo XIX, el autor tan castizo, tan madrileño, que sirve de consulta a cuantos necesitan evocar la historia de aquel calamitoso tiempo, ha dejado en su hijo don Francisco un cultivador de su recuerdo y de su nombre.

En la casa número 6 de la plaza de Bilbao, que pertenece a sus herederos, se ha colocado la lápida que hace constar que allí vivió y murió el escritor insigne. Pero en esa casa hay algo más que esa lápida; existe, como un santuario dedicado a sus recuerdos, el despachito en que él trabajaba, tal como se quedó a su muerte, acaecida el 30 de abril de 1882.

Nada se ha cambiado allí; cuando se abre la puerta, un perfume del siglo XIX se esparce; es como si al entrar retrocediéramos en el tiempo y

CARMEN DE BURGOS

estuviésemos en uno de esos cuadros que él ha sabido pintar tan bien.

Son sus muebles modestos, sus librerías con cristales llenas de libros, su sillón y su sofá de vaqueta, la mesa de trabajo con la cartera y el timbre de metal al alcance de la mano y los candelabros metidos dentro de un fanal de cristal abiertos por arriba, que tenía por objeto librar del viento a las bujías.

Antes de empezar la conversación paso revista a este museo de recuerdos. Toda la pared está cubierta de retratos suyos, retratos de familia y apuntes de pintores de su época, entre los que sobresalen los de Alenza, con su gracia y su sabor goyesco. En las vitrinas, cubriendo los libros, veo una multitud de objetos interesantes. Hay un pedazo de pan, ya fosilizado, que recuerda esos pedazos de pan que existen en el museo de Pompeya.

—Es un pedazo de pan del "año del hambre" —me dice su hijo—. Aquel terrible año 1811, en el que una libra de pan costaba cinco pesetas, y ni aun así se le podía encontrar. El pueblo todo de Madrid se arrastraba moribundo por la calle en busca de desperdicios que poder comer, y los carros de las parroquias recogían a los muertos. Mi padre halló desde su casa a la escuela tres muertos de hambre; llegó llorando, y su madre le prohibió volver a salir.

—Entonces, sin duda, se dió el niño cuenta del

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

valor del pan y guardó este mendrugo, que encierra tan gran lección de vida.

Veo allí también un trozo que poseía Mesonero, del pendón morado que tremoló don Juan de Austria en la batalla de Lepanto y unos documentos curiosísimos del Príncipe de la Paz. Hay allí billetes de las viejas diligencias, papeletas de su elección a concejal; están la primera y la última cuartillas de "Memorias de un setentón", colocadas en marcos; todo lo que revela el culto de amor y de admiración del hijo amantísimo.

Bajo un fanal se ve la mascarilla en yeso sacada a las pocas horas de morir; a esa mascarilla se han adherido cabellos y algunos pelos de las cejas, que le dan un extraño valor de vida y realidad. Al pie de ella—bajo el mismo cristal—yace la última pluma, al lado de la última cuartilla de este hombre que no dejó de escribir hasta su muerte, a los setenta y nueve años de edad.

Emocionada acepto la distinción que me hacen de ocupar el sillón de Mesonero y escribir en su mesa con su pluma, en aquel tintero que se vuelve a llenar para mí de tinta. Hay como una evocación de ensueño; aquel antiguo papel de flores; aquella cortina de lona con listas verdes, amarillas y rojas; aquel búcaro cargado de flores secas, dan una realidad a la presencia del simpático don Ramón, ancianito, que sentado allí miraba este pedazo de cielo y esa plaza

donde gritan los niños jugando a la sombra de los árboles.

Comunico mi impresión a don Francisco, bibliógrafo inteligente, del que decía Pedro Antonio de Alarcón "que tenía demasiada cabeza para dejar de ser literato"; pero que sólo hizo tímidos ensayos, con ese temor que un nombre ilustre inspira a sus herederos.

—Aquí—me contesta—escribió las "Memorias de un setentón", con la prodigiosa memoria que conservó hasta el fin. A los setenta y siete años le recitó al marqués de Valmar la "Oda a la Constitución", de Sánchez Barbero, que había aprendido en el colegio.

—Es que era muy difícil olvidar esto—digo—cuando se aprendió en aquella época en que la Constitución era la diosa que simbolizaba la libertad.

—Ya sabe usted que mi padre fué miliciano, estuvo en Andalucía y combatió con los liberales.

—Sí; conozco esos episodios, que él cuenta en sus "Memorias". Su espíritu es siempre liberal, aunque él no lo fuese en política. Siempre he leído con emoción el susto que sufrieron los "Caballeros de la cuchara", o sea los jóvenes afiliados a la Sociedad político-burlesca que fundó Olózaga, con la prisión de éste.

—Pues fué una cosa seria. Los creyeron revolucionarios, como años antes a los "Numantinos",

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

y aquel tiempo no era para bromas. Pero mi padre no se ocupó mucho de política; fué concejal a la fuerza, y cuando venían a pedirle órdenes, sólo daba una: "Que me dejen en paz."

--Cuénteme usted algunas intimidades.

--Era un hombre modesto, sencillo: ya ve usted su mobiliario. En ese sofá viejo se han sentado la mayoría de los hombres ilustres de la época, entre ellos el general Serrano, en la época de su mando. A él no le gustaba la ostentación; se vestía con sencillez, y cuando lo hicieron académico firmó la solicitud sin saber lo que firmaba, porque su amigo don José de la Revilla vino y le dijo: "Ramón, quiero que me firmes aquí." "¿Qué es eso?" "Tu sentencia de muerte; pero como soy yo quien te la trae, no debes leer para firmar." "Tienes razón." Y firmó la solicitud. Cuando le ofrecieron la gran cruz de Isabel la Católica dijo: "La agradeceré; pero no me la pondré nunca. Sigo creyendo lo que he dicho en mis versos:

»Las venetas y entorchados
de que andan cargados otros
me parecen propios de ellos
como de mí mis antecijos.»

--¿Y sus gustos?

--Modestos también. Jamás fumó habanos ni se preocupó por comidas y bebidas. Se casó a los cuarenta años con mi madre, que tenía veintiuno,

y era una de las bellezas célebres de su tiempo, la que más llamaba la atención en el Prado. Se llamaba Salomé, y era hija del general Ichaso. Mis padres fueron muy felices. Yo soy el hijo mayor; me tenía siempre en las rodillas cantándome canciones de Salamanca.

«Torito de la puente,
déjame pasar,
que tengo mis amores
en el arrabal.»

—Veo que tiene usted una memoria como la de su padre.

—Sí; lo recuerdo todo. Era para mí un amigo más que un padre. Como tenía mucha afición a viajar, yo iba con él. Estuvimos en París y en Inglaterra siendo yo muchacho. Mi padre tenía allí muchos amigos; pero, sin embargo, decía con entusiasmo cuando pasábamos por el bulevar:

«¡Ay, quién me diera
encontrarme en la calle de la Montera!»

El último viaje que hicimos fué a Salamanca. Mi padre decía: "En Salamanca se ve de todo", y a pesar de los años que hacía que no había estado, la recordaba y la conocía como si no hubiese faltado de allí.

—Debía ser muy jovial.

—Siempre, y como prueba de su carácter bon-

dadoso le citaré un hecho gracioso. Estaba un día, después de desayunarse, sentado junto a una mesa escribiendo unas cuartillas y teniendo enfrente la chimenea, cuando a mi hermano Manuel, niño a la sazón de seis años, se le ocurrió, con infantil travesura, irlas arrojando al fuego, sin que mi padre le castigara apenas con una demostración de desagrado.

—Se ve esa bondad, esa conformidad en toda su obra.

—Bondad, sí; conformidad, no. A veces Larra le decía: "Y si le parece a usted eso, Mesonero, ¿por qué no lo dice?" ¿Porque yo no soy Larra—contestaba mi padre—, y quiero morir en mi cama."

—¿Tenía buena salud?

—Admirable; lo visitaba su médico y amigo don Manuel Escobar, y le decía: "¿Por qué me llamas, si no me haces caso?" "Pues para eso—decía él—, para saber lo que no tengo que hacer." De vuelta de nuestro viaje a París, el sesenta y cinco, fué, uno de los primeros atacados por el cólera. Desahuciado ya por el doctor, él pedía a gritos que le aplicaran hielo. Le dieron gusto, y al día siguiente estaba curado. Hasta horas antes de su muerte estuvo fuerte y animoso.

—¿Recuerda usted algunos gustos suyos?

—Le gustaban mucho los clásicos; hizo un estudio de Tirso, de Lope y de Moratín, cuya tumba

visitamos en París, en el rincón del Pere Lachaise, llamado "La isla de los españoles". También le gustaba mucho la música, en especial la italiana, tan de moda con la venida de Rossini en sus mocedades.

Y don Francisco me habla de aquel tiempo lejano en que su padre frecuentaba el "Parnasillo" y la tertulia del médico Rives, en la calle de Fuen-carral, frente a la ermita del Cristo, prendado de una de sus hijas. Me cuenta recuerdos de los grandes hombres que él mismo ha conocido. Es una evocación de Ventura de la Vega, Molins, Bretón de los Herreros... Todos los de aquella generación y de la siguiente, que venían aquí a documentarse, como Galdós para sus "Episodios Nacionales", o el mismo Cánovas del Castillo, presentado por su tío Estévez Calderón ("El Solitario"), para consultarle una comedia que no llegó a representar.

El hijo de don Francisco, el notable abogado y político don Luis, toma parte en la conversación y me muestra legajos de cartas y autógrafos de todos estos grandes hombres; un tesoro de documentos maravillosos. Luego vemos la obra de Mesonero, esa obra que tanto ha influido en el embellecimiento de Madrid, esa obra a la que se debe la conservación de recuerdos de grandes hombres y de las casas que habitaron. Ahora, ellos publican lo no recopilado, que es mucho e interesante.

—Mi abuelo—me dice—era popular; siempre que salía lo rodeaba la simpatía de todos. Si entraba en una tienda o se acercaba a un puesto, en seguida lo saludaban por su nombre y le pedían libros.

—Fué muy amigo de escritoras—me dice el padre, mostrándome un elogioso prólogo a una obra de Sofía Tortilán—. Aquí tenemos su correspondencia con la Avellaneda, Carolina Coronado, la condesa de Parcent y Matilde Chesner, que firmaba en *La Epoca* "Rafael Luna". Por cierto que tengo la queja de que casi ninguna escritora quiso tomar parte en su centenario...

Entretanto, don Luis me sigue mostrando retratos. Veo una miniatura de la esposa de Mesonero, de una belleza y una dulzura inconcebibles, y otro retrato de una bella matrona de busto fuerte, amplio, perfil correcto y una cabeza maravillosa, que recuerda la duquesa de Oxford, de Van Dyck.

—Esta es la "Rosana en los fuegos", de Meléndez Valdés.

—¿Cómo?

—Mi abuelo conoció a esta señora, doña Rosa de la Nueva y Tapia, cuando ella tenía sesenta años y él sólo quince. Se recitaron poesías en una velada y mi abuelo recitó "Rosana". La dama rompió a llorar y le dijo: "Rosana, la mujer que inspiró esos versos, era yo, que antes de ser como

CARMEN DE BURGOS

soy era así... ¡Cómo me amó el poeta!" Y le dió este retrato.

Emocionada por esta anécdota, que debe ser la última, no sólo por su sabor, sino porque ya va siendo larga nuestra entrevista, me despido de los ilustres descendientes de Mesonero Romanos, que tan bien saben continuar su nombre y honrar su memoria.

JOAQUIN COSTA

Confieso la emoción con que me preparo para tomar notas en mi entrevista con don Tomás Costa, a propósito de su hermano. Mi mano tiene ese ligero temblor que deben sentir los artistas que se atreven a copiar "La primavera", de Sandro Botticelli, o "La Maja", de Goya.

¡Es demasiado grande el modelo!

Profeta y apóstol, Costa aparece en su silueta como algo grandioso y terrible, algo semejante al "Moisés", de Miguel Angel, o al "Omnipotente", de la capilla Sixtina.

Tengo cierto miedo, como si aquella voz severa, tonante, que no pronunció la mentira jamás, hubiese de hablarme por boca de su hermano y decirme algo que no me permitiese publicar la censura.

—Verdaderamente—me dice don Tomás—, contrariamos el espíritu de mi hermano al hacer esto. El se negó siempre a dar detalles de su vida. "Poco

importan esas menudencias—decía—; lo que interesa de mí, si algo puede interesar, es lo que he hecho y lo que he escrito. Y eso las gentes lo conocen, y si no lo conocen, será porque no valga la pena, y entonces tampoco estará justificado que se les recuerde.”

—¿No ha dejado ninguna autobiografía suya?

—Una muy corta. El director de una revista inglesa hizo un viaje a España para hablar con él, y como tanto insistía en que le diese datos, mi hermano le dijo: "Para corresponder a su amabilidad le diré que nací en un pueblo de España en donde el dolor común de los españoles lacera el alma como pena familiar. Empecé a vivir cuando España había llegado al límite de su decadencia. Llegué a la madurez mental en días en que esa decadencia degeneró en catástrofe: yo había estudiado la historia de mi patria, y el choque de lo aprendido con lo que vivía arrancó de mi pensamiento trinos de ira. Este es el resumen de mi historia. Ya ve usted que tiene muy poco de importante.

—Bastará que usted me amplíe con algunos detalles ese resumen tan bien hecho, para tener la impresión que buscamos y que es la de su intimidad, la que él ocultó siempre.

—La vida de mi hermano es tan admirable como su obra. Ya sabe usted que nació en el Alto Aragón, en Graus, hijo de modestos labradores. Toda

su labor, toda su vida, fué obra de su propio esfuerzo. Desde pequeño, él apuntaba sus impresiones en un cuaderno; lo que prueba que ya era consciente y sabía analizarlo todo. Asusta el calvario que representa su vida, las dificultades que halló. No poderse examinar por no tener para las matrículas; días de apuros, de falta de dinero... de hambre... Yo he llorado leyendo esos apuntes con los que podría escribirse un libro interesante: "Cómo se forma un hombre."

—Cuénteme usted sus primeros pasos.

—El, que siempre sintió la afición a la agricultura y que a lo largo de su vida quiso ser muchas veces agricultor, sin poder lograrlo, tenía aversión a desempeñar las labores agrícolas: "Si con el burro vas, burro serás", decía.

—¿Cómo logró salir del pueblo?

—En el Alto Aragón, los labradores que tienen un hijo cura realizan una aspiración superior. Nuestros padres, cuando lo vieron despierto y aficionado al estudio, soñaron con hacerlo capellán y lo enviaron a Huesca con un tío nuestro arquitecto. Allí trabajaba como ayudante, como criado y como todo; pero bien pronto fué un delineante notable. Estudió Agronomía, y él era quien dirigía obras de acequias, fábricas, etc., y el tío le contaba los planos y los trabajos. Para conocer la técnica trabajó también como albañil, manejando la llana y la paleta. Esto le sirvió, porque hice

oposiciones para ir pensionado como obrero a la Exposición de París de 1867, y obtuvo plaza.

—¿Qué nuevos horizontes se abrirían ante el joven montañés en aquella fiesta de la Ciencia!

—A pesar de su juventud sacó gran provecho. Introdujo la industria, desconocida entre nosotros entonces, de la extracción del aceite de orujo, estableciendo en Barbastro la primera fábrica, con maquinaria imperfecta, que hoy tiene gran importancia. Estudió allí el problema de las casas baratas, ahora sobre el tapete: fué a ver las bodegas de Medoc para fabricar nuestros vinos, y a él se debe la introducción del primer velocípedo que hubo en España, y que él vió en el "Campo de Marte". Se llamaba "máquina de andar".

—¿Cuándo empezó a escribir?

—Desde pequeño tenía su cuaderno de impresiones, como le he dicho; a los dieciocho años intervino en la fundación del Ateneo de Huesca; pero lo primero que publicó fué al volver de la Exposición. Allí había aprendido mucho; veía cómo se malgastaba el dinero de España, e intervino para que en vez de llevarse los premios los grandes cosecheros de aceites y vinos, se los llevasen los modestos de Aragón que los merecían. Su primer libro se tituló "Ideas apuntadas en la Exposición de París de 1867 para España y para Huesca".

—¿Estudió después?

—Se murió siendo estudiante, porque toda su

vida era estudiar. El darle validez académica a sus estudios no le preocupaba; pero ya sabe usted lo que son los pueblos. Todo el mundo le preguntaba: "¿Para qué estudias?" "Para saber", les respondía. Y le miraban con asombro. "Pero ¿no eres nada?" Y, "por ser algo", se hizo maestro.

—Por cierto que siempre tuvo gran amor al Magisterio.

—Veía en él la salvación de España, y le indignaba que se retribuyese tan mal a los maestros. Era su pesadilla, como también lo era que éstos faltasen a su obligación. Estando estudiando en Madrid era alumno de Castelar, y como éste faltaba continuamente a clase, mi hermano le escribió una carta recordándole severamente sus deberes. Así, desde joven, sin influencia, sin recomendaciones—a las que tanto fustiga en sus libros—, sin aceptar injusticias, rechazando todo sueldo del Estado, en cuanto le era posible, hizo varias carreras: fué licenciado de Filosofía y Letras y notario.

—Tenían razón en temerle los prevaricadores.

—Sí; ante la injusticia era inexorable. Viajaba un día por el Norte en una diligencia en la que iba una señora sola y otros dos caballeros. Mi hermano gustaba de viajar mucho por España; había estado en el extranjero, Suiza, Francia, Italia; pero decía que le molestaba viajar por España porque encontraba casi siempre militares o via-

jantes de comercio que se ocupaban de arreglar el mundo o en hablar irrespetuosamente de las mujeres. Aquel día eran dos maestros. Empezaron a hablar con desprecio de sus escuelas, y luego, de muchachas, de tal modo, que la señora iba encendida de rubor. Entonces mi hermano, desembozándose de la manta, exclamó con su voz de trueno, que se crecía con la indignación: "He oído que son maestros, y me avergüenzo de ser español al ver cómo hablan delante de una señora." Los dos, al conocerle, exclamaron: "Perdón, señor Costa; no le habíamos conocido." Mi hermano decía que jamás había podido olvidar aquella frase. "¡Como si fuese preciso conocer a las personas para conducirse bien!"

—No le faltarían disgustos de esa clase.

—No. Viviendo en Graus, el país entero pendía de sus labios. Allí la propiedad estaba muy subdividida; imperaban los caciques, y siempre estaban enredados en pleitecillos. Todos iban a buscar a mi hermano que cobraba por la consulta una peseta; pero que a veces, condolido de la situación del infeliz que acudía, le daba otra encima. Generalmente, arreglaba los asuntos en beneficio de todos, y eso tenía furiosa contra él a la gente de curia.

—Como que con abogados de buena fe apenas habría pleitos.

—Lo más gracioso era su indignación. "Me ha

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

desviado el agua don Fulano—decía uno—, y no me hacen justicia porque él tiene muchas onzas.” “Pues métele una onza de plomo en el cuerpo”, contestaba Costa. A veces, irritado por la sumisión de aquellas pobres gentes, les decía: “¿Es que no bebéis vino? ¿Tenéis la sangre blanca? Conseguí por tripas lo que no os dan en justicia.”

—Seguramente, se conjurarían todos contra él.

—Así fué; y unas beatas le escribieron escandalizadas a un tío nuestro, cura, el cual contestó: “Un ¡Rediós!” de Costa—y pase la palabreja, que en ello no hay pecado (mi hermano acostumbraba a decir ¡Rediós!), cuando va acompañada de la indignación de la injusticia.

Se detiene un momento y dice:

—De su actuación política no hay que hablar. Todos la conocen: todos saben su actuación en la política hispano-marroquí y en la política hidráulica; conocen lo que hizo como geógrafo y como colonista.

—Sí—digo—, todo eso es demasiado grande para las líneas que se le pueden consagrar en un artículo. Costa triunfó moralmente en todos los órdenes de la actividad: como abolicionista, pedagogo, economista, historiador, sociólogo, jurisconsulto, geógrafo, político, orador... Y, quizás, su mayor triunfo ha sido serlo todo sin ser nada. Es decir, no ser gobernante, ni siquiera diputado...

—El no lo deseaba—me dice don Tomás—. Era

un hombre muy sencillo, despreciaba el dinero y vivía modestamente. Se dejó robar toda su fortuna.

—Sí; pero no era por él. Por nosotros es por lo que se debía haber elevado y oído a Costa. Recuerdo un artículo del inolvidable Luis Morote en el que cuenta cómo en el Congreso de Geografía comercial sustituyó nada menos que a Cánovas del Castillo, de repente, sin preparación, en el discurso inaugural y asombró a todos como orador.

—Es que sabía mucho y sentía mucho; se crecía hablando, se elevaba. No pudo ser siquiera lo que él quería: catedrático de Historia. Lo dejaron sin plaza en las oposiciones, tachándole de krausista. Salillas ha dicho: "Costa sentía la Historia; Costa era un gran historiador, y Costa no pudo ser catedrático de Historia por eso, porque sabía historia."

—¿Cómo le gustaba trabajar?

—Trabajaba día y noche; pero prefería acostarse al obscurecer y levantarse a la una de la madrugada. Escribía con entusiasmo, porque decía que sin sentir no se puede transmitir. Sus amigos predilectos eran don Francisco Giner de los Ríos y Azcárate, con los que cambiaba impresiones.

—¿Qué gustos tenía?

—Sencillos. Ir al campo y tenderse a descansar. Era muy sobrio. No comía nada que no hubiese él ganado, ni nada fiado. Sabía amoldar su vida con una voluntad inquebrantable.

—¿Y en la intimidad?

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

—Era muy bueno, pero poco entrañable; siempre encerrado solo en su cuarto, siempre nervioso. Ultimamente se encolerizaba por todo, y mordía en todo; era un desesperado de ver el dolor de los demás. Sólo algunos sábados que estaba de buen humor nos dedicaba un rato, y era un encanto oírlo hablar. Brotaban las frases ingeniosas. Decía que los ministros eran estudiantes subvencionados, y definiciones así satíricas y gráficas siempre.

—¿Vivía solo?

—Con mi hermana, en el piso tercero de la casa, donde tenía él su despacho y su cama, y desde donde contemplaba los Pirineos y la corriente del río Creda.

—Creo que debieran llamarle el Aguila en vez del León.

—Daba idea de león su busto, su mirada, el gesto, que parecía dispuesto a dar un zarpazo cuando se incomodaba. Allí, en su retiro, escribía para "El Ribagorzano", que llamaba él su periódico. Usó los pseudónimos de "Mortus Quidam", el anagrama de "Jesucristo", "Julio César" y "Justo de Valdediós". Este último en sus afectos íntimos.

—¿Tuvo amores?

—Sí... amó... a una mujer... fué desdichado en aquel amor... un amor de niño, romántico... le hacía versos... y hay cartas en que contaba a otro amigo, un austero sabio, su dolor, dolor que el otro sufría también...

—Esto de Costa enamorado es un aspecto casi insospechable, el que más lo humaniza, quizás porque lo aleja de la austeridad absoluta que tenemos costumbre de contemplar en él.

Después de un momento de silencioso respeto a la pasión del hombre, pregunto:

—¿Qué libros de los suyos prefería él?

—"El colectivismo agrario" y "La teoría del hecho jurídico", según creo. Pero es difícil determinar, porque su obra es enciclopédica. Cuando murió escribía "Ultimo día del paganismo y primero de lo mismo", en el que se ha retratado en la figura de "Numidio", el consejero que no fué escuchado, y por eso pereció Roma.

—Es un símbolo que cada día parece más claro.

—He publicado ese libro, que termina con su retrato, ya muerto, y al fin he puesto "Fin del autor". Yo tengo un culto por mi hermano.

Guarda silencio, y dice:

—Mi hermano no quiso cuidarse, no tenía fe en la Medicina y murió joven relativamente: a los sesenta y cuatro años. Cuando tanto podía hacer...

—No—le digo—; Costa "se ha ido"; pero no ha muerto, está cada vez más vivo entre nosotros. Sigue laborando... y quizás ahora lo entendemos mejor que lo entendieron los que le escucharon.

GUSTAVO Y VALERIANO BECQUER

Pocos poetas son tan populares como Gustavo Adolfo Bécquer. Su encanto, su ternura, su dulzura, han dado al gran lírico una fama y una gloria entre cuyos fulgores quedó envuelto su hermano Valeriano, pintor de mérito, para el que llega esa hora de revisión que ya han tenido Lucas, Alenza y Esquivel.

Es imposible hablar de uno sólo de los hermanos Bécquer sin cometer una injusticia; juntos aparecen en la vida y en la obra, inseparables y unidos por un mismo destino. Indistintamente me habla de los dos la simpática hija de Valeriano Bécquer, doña Julia, una dama muy inteligente, que guarda cuidadosamente el culto de los dos grandes artistas, entre los que se ha deslizado su infancia. Ella me cuenta que su familia era oriunda de Flandes y se estableció en España a fines del siglo XVI.

CARMEN DE BURGOS

—El apellido Bécquer—me dice—se escribía con k, Bécker, en un principio.

—El sol de Sevilla—respondo—desgastó esa gran k al mismo tiempo que ese mismo sol se infiltraba en las venas de los descendientes para hacer de ellos dos artistas genuinamente españoles, por más que Gustavo Adolfo reveló su origen sajón en la hermandad espiritual que tiene con Enrique Heine, y en los cuadros de Valeriano pasa a veces como una sombra de las sobremesas de Teniers.

—Fué tan fecundo como él—me dice—. Pintaba con asombrosa facilidad y ha dejado más de 1.500 dibujos y 120 cuadros. El, lo mismo que Gustavo Adolfo, vivía fuera de la vida real y sólo para el arte. Es que en la familia de Bécquer existía desde antiguo, un germen artístico que fué desarrollándose hasta producir a Gustavo y a Valeriano.

—Es triste que con esa grandeza espiritual coincidiera la ruina material y hasta física de la familia.

—Es cierto. Nuestros antepasados fueron ricos. Don Martín Bécquer era mayordomo y caballero veinticuatro de Sevilla, en cuya catedral tenían una capilla, según acredita la inscripción que existe en la "Capilla de los dos Santiagos". "Esta capilla y entierro es de Miguel Adam Bécquer, hermanos, y de sus herederos y sucesores. Acabó-

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

se el año 1622." José y Joaquín Domínguez Bécquer fueron dos pintores bastante notables, especialmente el segundo, que fué mi abuelo, padre de Gustavo Adolfo y de Valeriano, mi padre.

—Tengo entendido que murieron jóvenes.

—Sí; parece pesar una fatalidad sobre los miembros de la familia, que no nos dejaba llegar a la edad madura. Ninguno ha cumplido treinta y seis años; de treinta y cuatro a treinta y cinco morían todos. Así murieron casi todos los parientes y mi abuelo y mi abuela, con pocos meses de diferencia, dejando ocho huérfanos.

No puedo menos de recordar al poeta latino: "los que mueren jóvenes son amados de los dioses". Doña Julia me sigue contando la infancia de su padre y de Gustavo Adolfo Bécquer, que quedaron al cuidado de un tío suyo e ingresaron en el colegio de pilotos de altura, llamado San Telmo, que estaba instalado en el palacio de los duques de Montpensier, a orillas del Guadalquivir. Para ingresar era preciso ser huérfano, pobre y noble, y el Estado pagaba la manutención y la enseñanza.

—Allí—me dice—ya mi tío y mi padre empezaban a dar muestras de sus aficiones. Allí escribía ya Gustavo versos, dramas y novelas, y mi padre se levantaba de noche para pintar a la luz de la Luna que entraba por las vidrieras.

—¿No acabaron su carrera de marinos?

—Pero no por culpa suya. El Estado suprimió

de Real orden el colegio y se encontraron en la calle. Entonces empezó para Valeriano el calvario que fué su vida toda. A Gustavo lo recogió su madrina de bautismo, doña Ramona Monchay, señora que tenía una gran biblioteca y que la había leído. A su lado se fortificó la vocación literaria de Gustavo Adolfo, que no tardó en venir a Madrid, donde ya estaba mi padre.

—¿Cuál se casó antes?

—Valeriano; mi madre era hija de un marino inglés; pero yo apenas la he conocido. Mi padre fué para mí y para mi hermano la verdadera madre. Nos vestía, nos peinaba, nos acostaba, con ternuras verdaderamente maternas.

—¿De qué vivía?

—De lo que pintaba... Con bastante estrechez...

—¿Y Gustavo Adolfo?

—Tuvo también que sufrir mucho en los comienzos. Era amigo de varios escritores: Alvareda, Rodríguez Correa y otros. Al fin consiguió un empleo en un ministerio; pero en lugar de despachar expedientes se entretenía en dibujar a Ofelia y dedicarle versos; un día lo sorprendió el jefe y lo dejaron cesante. Entonces pasó toda esa vida de tristeza y miseria, que no es un secreto para nadie, hasta que al fin su talento se impuso y su situación mejoró. Tanto mi padre como él tuvieron buenos protectores en Narváez y González Bravo.

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

No puedo menos de sonreír al pensar en el contraste de estos dos hombres con los dulces hermanos Bécquer. Recuerdo las crueldades del sanguinario González Bravo; el duro carácter de Narváez, que le valieron los sobrenombres de "el general de hierro" y de "el espadón" y que hizo decir al vulgo, por la coincidencia de haber dispersado el entierro del primero una terrible tempestad de granizo, que se lo habían llevado los diablos. Pero doña Julia ama el recuerdo de sus protectores y yo guardo silencio, admitiendo el atenuante de haber protegido a los dos artistas.

Doña Julia me cuenta que Gustavo Adolfo frecuentaba las reuniones de sus protectores y que no tardó en hacerse de buenas relaciones.

—Dicen que era descuidado en el vestir.

—No. No era atildado y, naturalmente, en las épocas de pobreza no podía ser elegante, pero luego vestía bien; yo lo recuerdo de frac, cuando iba a las reuniones, y habitualmente con pantalón de rayas y con chaqué o levita a la moda de la época. No era un "pringoso", como ha dicho algún mal-diciente.

—¿Qué sabe usted del gran amor romántico de Bécquer?

—Su amada se llamaba Julia Espín y Colbraud, y por eso me llamo Julia yo, porque Gustavo Adolfo, que fué mi padrino, me puso el nombre de su musa.

CARMEN DE BURGOS

—¿Qué recuerda usted de ella?

—Era sobrina de Rossini, porque su madre y la esposa del músico italiano eran hermanas. Su padre era músico también, y yo poseo un retrato de ella pintado en Rusia y que ella dedicó a Rodríguez Correa. Es una Ofelia rubia, delicada y blanca.

—¿Es cierta toda esa historia de que Gustavo Adolfo la vió un día en su balcón del callejón del Perro, y quedó prendado de ella para toda la vida?

—Sí, señora; estaba enamorado de Ofelia y la llamó Julia.

—¿Y esos amores fueron tan ideales que él no quiso serle presentado jamás para conservar toda la pureza de su ilusión?

—Eso no podría yo asegurarlo. De las poesías de Gustavo Adolfo se deduce otra cosa.

«¡Llora! No te avergüences
de confesar que me quisiste un poco»

Dice en una. En otra añade:

«No hay máscara
semejante a su rostro.»

En casi todas se queja de engaño y de juramentos incumplidos. ¡Misterio!

—A pesar de su amor, Gustavo Adolfo se casó.

—Sí; se casó en un pueblo de Soria con la hija

de un cirujano que lo asistió en una grave enfermedad.

—¿Recuerda usted a su esposa?

—Casta era guapa, pero antipática; tenía en la cara algo trágico y desagradable; pertenecía a una familia rica, y tacaña. Mi padre, mi hermano y yo estábamos allí con mi tío, pero el matrimonio no fué feliz; se separaron y él se llevó consigo a sus dos hijos. Desde entonces, los cuatro chiquillos y los dos hermanos no se separaron.

—¿Y la esposa?

—Vino un día, queriendo quitarle los hijos a Gustavo a viva fuerza; pero él no lo consintió. Después de la muerte del poeta, ella se ha casado con un antiguo novio. El, por su parte, la amaba poco y tuvo unos amores en Toledo. Hizo un viaje a Bayona y París.

—¿Cómo vivían en Toledo?

—Teníamos dos criados y hacíamos una vida patriarcal. Vivíamos cerca de la cuesta de Santa Leocadia. Mi padre, pintando; Gustavo, soñando. De noche, al lado de la chimenea, nos reuníamos todos y Gustavo inventaba cuentos, que los cuatro chiquillos oíamos encantados. A mí me han dejado una gran impresión; eran verdaderamente hermosos. Tanto Gustavo como mi padre no pensaban más que en darnos gusto. Recuerdo unas vísperas de Pascua que se encerraron en un cuarto para hacer un nacimiento y sorprendernos. Los

chiquillos nos asomábamos por las rendijas y por debajo de la puerta, sin lograr ver nada. Ya estábamos acostados, cuando entró Gustavo Adolfo con un bulto debajo de la capa. ¿Qué será?, decíamos nosotros... ¡Figúrese usted nuestra alegría al abrirse la puerta y encontrarnos con el nacimiento y una mesa llena de dulces, turrónes y mazapán!

Doña Julia saborea aún su recuerdo y continúa:

—Otra vez para la Cruz de Mayo: salíamos dos o tres días antes a coger flores en los alrededores y hacíamos nuestra cruz. Mi padre lo dirigía todo, y recuerdo uno de los cantares que decíamos a coro a la Virgen:

«Ya te ha retratado
mi basto pincel,
quisiera, señora,
ser un Rafael.»

Eran como niños.

—¿Qué gustos tenían?

—Todos sencillos. Mi padre sabía guisar, y guisaba a la andaluza.

Y doña Julia me cuenta detalles de toda una inefable vida casera. Su estancia en el monasterio de Veruela y sus excursiones por los pueblos de Castilla en busca de esos cuadros de costumbres del pueblo que pintaba Valeriano. González Bravo le había asignado diez mil reales al año, con la obligación de entregar dos cuadros y recorrer las diferentes comarcas.

Me describe con tal viveza su vida nómada, que creo ver a los dos hermanos y a los cuatro muchachos de pueblo en pueblo y de aldea en aldea por carreteras polvorientas o por caminos nevados en pintoresca caravana, montados en mulas y boricos, envuelto el pintor en su larga capa blanca y los demás en mantas y capotes.

Me figuro la molestia que sufriría esta señora, niña entonces, cuando salían los chicuelos del pueblo a que llegaban chillando detrás de la extraña comitiva.

Al fin se vinieron a vivir a Madrid, a un hotelito, cerca de las Ventas. Allí eran felices todos. Gustavo y Valeriano cuidaban su jardín... Pero la fatalidad los seguía. Valeriano no cumplió los treinta y seis años... y el dolor aceleró la muerte del poeta, que falleció dos meses después, hallando el reposo supremo:

¡Oh, qué amor tan callado el de la muerte!
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!

Pero su recuerdo es de los que no mueren. No había hasta hace pocos años joven que no recitase sus poesías. En América es inmensa su popularidad y seguramente no ha habido poeta que se recite tanto.

Por cierto que en la Habana, recibí una invitación del Presidente del Grupo "Spirita Amalia", para asistir a la fiesta con que se celebraba el 22 de

CARMEN DE BURGOS

diciembre, el 550 aniversario de la primera desencarnación del hermano Gustavo Adolfo Bécquer.

Y yo pensé si en lo subconsciente de aquellos Spiritas existiría la idea de la Poesía, eterna y sin principio, encarnando al través de los siglos en los Poetas elegidos, que pueden considerarse como una continuación del mismo divino espíritu.

NICOLAS SALMERON

Es con su hijo mayor, heredero de su nombre y de su claro talento, con el que celebro esta entrevista.

—Mi padre—me dice—tiene una vida poco pintoresca. Es la suya la figura de un hombre de estudio, un filósofo y patriota, que dedicó su existencia a trabajar por el bien de la humanidad.

—Por eso mismo es más interesante—digo—. Yo conozco allá en mi provincia almeriense, ese pequeño pueblecito de Alhama, morisco, como toda la región, y admiro el talento que llevó desde allí, al hijo de un modesto médico rural, a ocupar la presidencia de la República de España.

—Lo elevó sólo su talento. Mi abuelo tuvo tres hijos: José, que murió de veintitrés años, y era el de más talento de los tres; Francisco, que era sordo, como yo, y Nicolás que fué mi padre.

—¿Cuáles fueron los comienzos del gran don Nicolás?

—Era lo menos veinte años menor que su hermano Francisco, y éste vivía en Madrid, dedicado a la política. Era progresista, esparterista; un orador melodramático y enfático, muy popular en los barrios bajos, donde le llamaban "Pico de oro". La pluma maravillosa de Castrovido ha trazado una silueta suya admirable, narrando cómo salió del café Suizo, cuando lo derribaron en 1854 para ir a batirse en las barricadas con Becerra, Rivero y todos los otros. Mi abuelo quería que mi padre fuese cura; pero él quiso ser abogado, se vino a Madrid y ya desde el primer momento se distinguió por su inteligencia. Siendo cuasi un niño hizo oposiciones a una cátedra, ante un tribunal del que formaban parte Sanz del Río y don Vicente de la Fuente, muy reaccionario. Mi padre hizo en uno de los ejercicios una síntesis tan profunda de la materia de que se trataba, que el profesor, admirado, se llevó las manos a la frente exclamando: "Mi cabeza, tente firme". Pero en mi padre hay que estudiar diversas facetas.

—Veamos primero al filósofo y al pensador.

—La mejor definición de él en ese sentido la dió Giner de los Ríos en el prólogo de la obra que le dedicó León Neya diciendo que mi padre "era un constructor de ideal".

—¿Cuál cree usted que sea su filiación filosófica?

—No era deísta ni creyente; se inclinaba al mo-

nismo naturista, después de haber pasado el sarampión krausista, que fué corto y a cuyo período pertenece el prólogo que puso a la obra de Dreper, "Conflicto entre la Religión y la Ciencia", cuyo estilo es aún demasiado conceptuoso. Después se entregó al monismo, en lo que tuvo influencia su estancia en París donde asistía a los cursos de Claudio Bernar del que fué muy amigo. Se apasionó allí mucho a los estudios fisiológicos.

—¿Y su vida de profesor?

—Es la más fundamental y por la que menos se le conoce. No permitía a sus discípulos tomar apuntes. Pero Giner y González Serrano dicen que su mejor labor fué un curso de crítica de la doctrina moral de Kant, del cual no queda nada.

—¿Y cómo empezó en la política?

—Ya le he dicho que vino a casa de su hermano, donde se discutía de política, y donde se trataba con los grandes hombres de la época, asistía a las Asambleas y lo nombraron de la Junta Nacional, con Pi y Figueras. Lo eligieron diputado por Badajoz, derrotando a Malcampo, Presidente del Consejo a la sazón. El antiguo mayor del Congreso refería la impresión que produjo su primer discurso. Ríos Rosas, dijo: "La democracia ha tenido tribunos; pero hasta hoy no había tenido apóstoles." Era diputado a Cortes por Gracia, cuando se votó la República: en el primer ministerio fueron ministros mi padre y mi tío, a un tiempo. Ya sabe

usted su vida pública. Fué presidente de la República y renunció a este puesto por no firmar la sentencia de muerte de un cabo que en Cartagena pegó a un oficial. Presentó su dimisión e hizo un discurso diciendo que su conciencia no transigía con la pena de muerte, y dejó el Poder. Giner decía que le había dejado el Poder al verdugo.

—¡Eso es admirable!

—Es que era muy bueno. Cuando fué ministro de Gracia y Justicia indultó a todos los reos de muerte, entre ellos a un cornetilla, al que ni siquiera conocía: y aun va todos los años una hija suya a llevar flores al sepulcro de mi padre. Es su mejor corona.

—¿Y su actuación después de la República?

—Primero hay que hablar del fin de la República. Mi padre no la abandonó sin luchar. Se lee en el "Diario de Sesiones", que cuando el 3 de Enero entraron los soldados en el Congreso mi padre les intimó a que rindieran homenaje a la República Nacional y entre un capitán y un sargento lo arrancaron del sillón de la Presidencia del Congreso, y tuvo que contener al diputado Jiménez, de Jerez, hombre de fuerzas hercúleas, que quería matar a los que cogieron a mi padre. Realizado el golpe de Estado de Pavía, no se quedó quieto mi padre y protestó ante el Tribunal Supremo y se dirigió al jefe del Ejército de operaciones del Norte, García Moriones, que ofreció venir a Madrid y apode-

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

rarse de Pavía a condición de que se le enviara una orden firmada por los cuatro presidentes de la República; pero Castelar no quiso firmar. Y después de todo esto aún lo calumniaron, tuvo enemigos en los propios republicanos y concitaron contra él el odio del pueblo. El no fué traidor jamás a la República. El quería un movimiento nacional sin sangre. Todavía puedo mostrarle documentos que prueban cuántos generales, falsamente republicanos, pasaban de la conspiración al ministerio. Giner decía que "Salmerón hacía de portero del ministerio de la Guerra". Cuando abandonó la jefatura del partido republicano, después de la Asamblea del Lírico, formó la Solidaridad catalana. Era presidente de la minoría parlamentaria republicana; varias veces intentó que se levantasen actas de las reuniones, sin poderlo conseguir, y por eso, al dimitir la presidencia y quedarse como uno de tantos, dijo: "Así tal vez estaré en mayoría." La Solidaridad fué ingrata con él, y cuando cayó enfermo, Cambó la puso a los pies de Maura.

—¿Y su labor en la abogacía?

—Era una carrera que no le gustaba porque las injusticias que veía en la administración lo sacaban fuera de sí y tomaba grandes berrinches. Fué la necesidad la que le hizo ejercer. Emigrado a París, se ganaba la vida dando conferencias religiosas y metafísicas en la antigua

sala de Capuchinos y traduciendo obras como la "Historia universal", de Laurent, y otras. Entonces el cónsul Rodríguez Rubí le indicó que ejerciese la abogacía.

—¿Y es cierto que fué abogado de Isabel II?

—Es una calumnia. Su cliente fué uno de los hijos de la Reina María Cristina, el Príncipe Ladislao Yackartinisky. La intervención de mi padre fué la de armonizar los intereses de los herederos. La Reina doña Isabel lo llamó para hablar del asunto; pero él no pudo ir y vino la Reina a nuestra casa de la rue Retron, cerca del Odeón. Tuvo muchos pleitos notables: el célebre de la señorita Ubao, otro contra el obispo de Guadalajara, por los bienes del pueblo de Cayolle, y como lo ganó, vino el pueblo en masa a darle gracias y hasta le trajeron un rebaño entero.

—¿Y su carácter?

—Ya sabe usted que era paisano suyo, almeriense, árabe, de pasiones reconcentradas y un espíritu algo impregnado de dogmatismo. Lo tenían por soberbio porque era intransigente en materia de ideas. Don Juan Valera dijo de él: "Salmerón no es soberbio, es que tiene la soberbia de sus ideas."

Su vida era austera; no tenía vicios, pues hasta dejó de fumar. No era dado al fausto y la ostentación. El día que tomó posesión del ministerio de Gracia y Justicia vino el ujier a decirle: "El coche de V. E. aguarda." Y mi padre contestó: "No ten-

go coche ni excelencia." Y se marchó a pie. Era muy descuidado en el vestir; siempre de negro o de colores tristes, pero sin abandono.

—¿Y sus gustos?

—No era delicado ni gastrónomo; tenía un robusto apetito de hombre de trabajo. Le gustaba jugar a la pelota y las construía él mismo. Le gustaba mucho el campo y el pasear, dando grandes zancadas. De juegos, sólo por distracción, de vez en cuando, jugaba al tresillo o al ajedrez.

—¿Era triste?

—No, muy jovial, con un alma de niño. El rasgo saliente de su carácter era que no quería ver el mal, y eso le hacía parecer candoroso. Se lo echaron en cara Nocedal y Silvela; pero no era el suyo candor de ignorancia del mal, sino voluntad firme de no contar con el mal. Esto lo hacía poco apto para intrigas y menudencias políticas. Tenía verdadera obsesión por la verdad, una conciencia recta y fundamentalmente honrada y sin pizca de sentido práctico de la vida. Así es que no quiso nunca cobrar su cesantía de ministro y murió pobre, dejando por todo capital una finca heredada de su padre en Alhama, que no valía más de 27.000 pesetas, y una dehesa en Jaén, valuada en 30.000 pesetas, a su viuda y siete hijos, cinco varones y dos hembras.

—¿Amaba el arte?

—Predominaba en él el pensador de una mane-

ra absorbente. Castelar lo tachaba de cuasi-indiferente en cuestiones artísticas, pero no era cierto. Le gustaba mucho la escultura, como la expresión más vigorosa de la naturaleza. Amaba la pintura realista y la literatura clásica española, así como las obras de los grandes franceses, Rabelais, Víctor Hugo, Montaigne, Flaubert y Zola. Era gran admirador de la figura de Danton, y tuvo íntima amistad con Luis Blanc, sintiéndose inclinado al socialismo de cátedra. El teatro le gustaba y fué gran amigo y admirador de Rafael Calvo.

—¿No escribió él literatura?

—No; colaboró en periódicos, pero no fué lo que se puede llamar un periodista, ni un literato. Sus puntos cardinales eran la Ciencia, la Justicia y el entusiasmo humanitario. Su espíritu era sintético y condensaba su pensamiento en fórmulas lapidarias y complejas. Vea usted una de ellas frente al proceso político y social a que ahora asistimos. Decía: "Subordinar el Poder al Derecho es el fin del progreso político. Subordinar el capital al trabajo es el fin del progreso social". Otras veces decía: "El fin de la Educación es conseguir que el hombre haga las cosas a sabiendas de lo que hace.»

—¿Gustaba de la sociedad?

—Tenía muchos amigos entre los grandes hombres franceses y españoles: Víctor Hugo, Clemenceau, Giner, González Serrano, Castelar, Azcárate...

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

Por cierto que es curiosa la anécdota que contaba del matrimonio segundo de don Gumersindo.

—Cuéntela.

—En los primeros años de la restauración había una tertulia semanal en casa de Castelar, a la que asistía el presidente del Tribunal de Cuentas, don Cirilo Alvarez, con su hija María Benita. Esta se enamoró de Azcárate, viudo de su primera esposa, con tal pasión, que enfermó. El médico vió que era una afección moral, y la joven le declaró su pasión a su padre, hombre chapado a la antigua, muy religioso, que hizo lo posible por distraerla, pero no pudiendo lograrlo, y viendo que se moría, fué a visitar a Azcárate y le pidió su mano. Este consultó con Giner y mi padre y se decidió a casarse, pero la chica era católica y don Gumersindo no quería el matrimonio canónico. Fueron a Roma y hallaron la forma de una clase de matrimonio que la Iglesia consiente sólo en Lisboa.

Fueron allí y se verificó el enlace, entrando ella en el templo y quedándose él en la calle. Es sorprendente ¿verdad?

—Cierto y dígame usted, su padre ¿guardaba cariño a nuestra tierra almeriense?

—A Alhama, mucho; pero en Almería fueron ingratos con él.

—Eso es fruto de la tierra.

—Una vez le ofrecieron la diputación por Almería, y él contestó: "No quiero ese acta, porque no

me siento con suficiente capacidad de odio para hacer pagar a mis paisanos sus ingratitudes."

—¿Cómo tenía costumbre de trabajar?

—Era desordenado y poco activo. Le gustaba más la meditación que la acción. Escribía por la mañana, de pie y paseando, mientras pensaba, por la habitación. Tomaba más apuntes que otra cosa, y preparaba sus discursos en forma esquemática.

—¿Y en la familia, cómo era?

El rostro franco e inteligente de Salmerón se oscurece y dice:

—Así como para mi padre pensador y filósofo y político no tengo más que alabanzas, para el jefe de familia no puedo tener más que censuras.

—¿Cómo es eso?

—Jamás se ocupó de sus hijos; casado a los veinte años, con familia numerosa no se ocupaba para nada de ella, de su porvenir ni de su educación.

—¿Cómo lo recuerda usted?

—Con su mirada profunda, escrutadora, de una gran limpidez y serenidad. Labra decía que sus ojos "buscaban el cielo". Aquellos ojos fulguraban cuando lanzaba sus apóstrofes en el Congreso. Yo le recuerdo mucho regañando severo, con aquella superioridad que dificultaba las expansiones de ternura y le hacía absorbente.

Guarda un momento silencio y luego añade:

--Realmente tenía razón de regañarme. Yo era

algo turbulento. Al volver de la emigración me había hecho amigo de la juventud de mi tiempo, que se reunía en el Germinal: Dicenta, Maeztu, Palomero, y pasábamos noches de jarana, de modo que una por poco me matan y me llevaron a la delegación. Mi padre me dijo: "Cuando vayas a beber más de lo que debes, acuérdate de mí y tira la copa." Desde entonces mi vida cambió.

No dice más; pero yo, que sé la vida pura, austera, de este hombre trabajador, inteligente y virtuoso, admiro su ternura filial. El continúa:

—Por lo demás, mi padre era tolerante. Me hice abogado, aunque no le gustaba, y no se metía en mis ideas jamás. Era un hombre verdaderamente superior. "Demófilo" decía que era "una estatua viva que andaba por el mundo".

—¿Y de qué murió?

—La bronquitis. Padecía de ella, y en una de las temporadas que iba a Pau a tomar aguas se le agudizó, degeneró en pulmonía... y murió en su adorada Francia... Yo estaba a su lado y le dije al oído, con toda mi amargura: "¡Santo!" Era un santo laico.

ANGEL GANIVET

Entristece considerar a Angel Ganivet como un hombre de antaño, cuando podía ser un hombre de la actualidad, como esa hermana suya, doña Josefa, que es veintitrés meses mayor que él y que se conserva fresca, joven, llena de vida y de energía.

Doña Josefa me recibe en un medio propicio para hablar del hombre excepcional: en su suntuoso Salón de Arte Granadino, entre el fausto de las cosas antiguas, de los magníficos muebles tallados, los tapices moros de las Alpujarras y las cerámicas mozárabes de reflejos metálicos.

La simpática señora está entre sus hijos, cuatro, que parecen de la misma edad; la rodean, y desde las primeras palabras se encuentra un rasgo, que podríamos llamar étnico, de la personalidad de Ganivet: la fuerza de la raza. Está implantada en nuestra tierra por un solo individuo: un general francés que vino a España cuando la guerra de la

Independencia y se quedó prisionero en los ojos de una granadina, con la que se casó, estableciéndose en Granada.

—Este general—me dice doña Josefa—tuvo un hijo, Juan, que fué mi bisabuelo. Se casó con una rica molinera, y desde entonces toda la familia se ocupaba en el negocio de fabricar harina. Hijo de éste fué Francisco Ganivet Gutiérrez, mi abuelo. Francisco Ganivet Morcillo fué mi padre.

—¿Fueron ustedes muchos hermanos?

—Seis. Uno de ellos murió de dieciséis años, cuando ya se revelaba como un gran pintor.

—¿De dónde parte la vocación de su hermano Angel a las letras?

—Fué desde niño un ser excepcional, extraordinario. Tenía diez años cuando mi madre quedó viuda, y con gran energía se puso al frente de los negocios para trabajar y educar a sus hijos. Mi hermano iba a la escuela; pero a los pocos meses vino el maestro a decirnos que "el niño no tenía nada que aprender de lo que él podía enseñar", y entonces mi madre se decidió a darle carrera.

—¿Cómo lo recuerda usted en su infancia?

—El pobre no tuvo niñez ni casi juventud. A poco de morir nuestro padre, estando jugando con una caballería él y un primo nuestro, al subirse en los capachos se ladearon éstos, y aunque él cayó encima se rompió una pierna, completamente

astillada, de tal modo, que tenía una cajita llena de huesos suyos.

—¿Se quedó cojo?

—No se quedó cojo por su fuerza de voluntad.

—¿Cómo?

—Figúrese usted que estuvo un año en cama. Mi madre que lo adoraba, no se separaba de su lado. Lo levantaba en brazos, lo mudaba de ropa, lo lavaba como a un niño. Cuando estuvo mejor le dijo que le iba a hacer unas muletas, y Angel se puso furioso. "No, madre; yo no soy cojo." Como era imposible que pudiese andar, vino el carpintero a ver si conseguía convencerlo; pero él seguía resistiéndose. "No quiero muletas, yo me enseñaré a andar." Y, en efecto, empezó a andar a rastras, como los niños pequeños. De vez en cuando quería ponerse de pie, agarrado a las mesas y las sillas; pero no se podía sostener, se caía y volvía a andar a gatas. Como usted comprenderá, se rompía toda la ropa y tuvieron que hacerle unas almohadillas cosidas por detrás y en las rodillas para que se arrastrase, hasta que al fin consiguió andar y no ser cojo. El decía: "Casi todas las cosas de la vida se consiguen con la voluntad."

—¿Y era igual en todas sus cosas?

—Sí, muy perseverante, muy tenaz, muy metódico. Recuerdo que entonces había unas cajas de cerillas con cartas de baraja. Tengo una de estas barajas coleccionadas por él. Le faltaba un siete

y no puede usted imaginar lo que hizo hasta poder lograrlo. Además, era excepcional en todas sus cosas. Un día de procesión de la Virgen de las Angustias estaba él parado viendo entrar la imagen en el templo, y un chiquillo le dió un tirón y se llevó el sombrero. Cuando llegó a casa sin el sombrero nuevo, mi madre le preguntó, y él dijo muy tranquilo que se lo habían quitado. "¿Por qué no llamaste a un guardia?"—dijo mi madre. "Sin duda le hacía a él más falta que a mí"—respondió.

Teníamos un primo que poseía un magnífico caballo, y como a Angel le gustaba verlo, pensó que lo envidiaría; un día le dijo: "¿Te gustaría tener un caballo como el mío?" Y mi hermano contestó: "Yo no quiero ser criado de un caballo, como tú lo eres del tuyo para limpiarlo y cuidarlo. Si tengo caballo alguna vez será cuando tenga quien me lo cuide."

—¿Era amigo de novias?

—Le chocaban pocas mujeres. Quería una mujer que fuese muy ilustrada y muy femenina, hermosa y sin vanidad. Hecha de encargo.

—¿Y su carácter?

—Algo reconcentrado, pero muy infantil; se distraía con todo como un chico, sin malicia ni maldad, hasta el punto que no faltaba quien le motejara de tonto.

—¿Era amable?

—Cariñoso, sincero, pero sin besuqueo. Su gran amor era nuestra madre, que tanto le mimaba. Después de romperse la pierna estuvo muy enfermo, y la madre decía: "Este hijo mío ha nacido para algo muy grande, según el trabajo que me cuesta criarlo." Tanto gastó en él que solía llamarlo "mi niño de oro".

—Sin duda la madre ejerció en él su influencia.

—Es posible. Mire usted todo ese estante de libros es de mi madre; no le gustaba más que esa clase de libros, que le leía a mi hermano.

Miro y veo libros clásicos y de estudio. "Europa pintoresca", "La leyenda de los siglos", "Obras de Figaro". Si tuviese tiempo buscaría el génesis del espíritu de Ganivet en estos libros y en esta raza prolifera suya. Pero doña Josefa sigue hablándome.

—Mi hermano hizo todas las carreras con matriculas de honor, tanto el bachillerato como la abogacía y la licenciatura de filosofía y letras. Cuando vino a Madrid a doctorarse, hizo oposiciones a plazas de bibliotecario, sin decir nada en casa, y sacó el número 1. Desempeñó ese cargo en la Biblioteca Agrícola del Ministerio de Fomento.

—¿Cómo fué cónsul siendo esa carrera tan contraria a su carácter?

—En efecto. Su vocación era enseñar, despertar las almas. En todas partes le llamaban a pesar de su juventud, "padre", o "maestro". En la casa

de huéspedes que estaba cuando se doctoró había estudiantes que se desvelaban estudiando para las oposiciones a cónsules. El riendo, leyó los libros que tenían una semana antes, se presentó y sacó el número uno.

—¿Y dónde fué destinado?

—Como podía elegir vino a Granada para que fuese mi madre la que eligiese y ella prefirió Amberes, que era lo más cerca, pero con mucha pena, porque su ideal era comprar un carmen y vivir juntos. Angel deseaba viajar y por eso quiso ser cónsul. Estaba siempre delicado de salud. Luego lo destinaron a Finlandia, primero, y después a Riga, donde murió. Mi madre tuvo un gran pesar. La última vez que le vió le dijo: "Abrázame, hijo, que no te veré más", y así fué.

Luego doña Josefa me describe el dolor de su hermano al llegar tarde para ver a aquella madre adorada, con la que convivía. Le llevaba libros, leían juntos; él aprendió a tocar el piano del modo maravilloso con que lo aprendía todo, y la madre se encantaba, oyéndolo tocar su pieza favorita, "Ultimo pensamiento", de Weber.

—Esa pena de la madre contribuiría a su desesperación.

—Quizás. El ya vivía con la que consideraba como esposa, y tuvo dos hijos; pero mi madre no se enteró jamás de nada.

—¿Fueron sus amores como los narra en "Pío Cid"?

—Exactamente. Estaba triste y los compañeros de la casa de huéspedes se empeñaron en llevarlo al baile. Mi hermano aborrecía el baile, hasta el punto de que, siendo niño, en una fiesta se alegró y bailó, y al día siguiente recriminaba a nuestra madre. "¿Por qué no me pegó usted para que no bailara y me evitó hacer el ridículo y el tonto?" Pues, como iba diciendo, mi hermano fué al baile de máscaras, y estaba aburrido en un sillón cuando fué una máscara a hablarle; él la rechazó; ella hubo de insistir; le interesó la voz, quiso verle el rostro... Ya sabe usted, sobre poco más o menos sucedió lo que narra en "Pío Cid". La llevó a su casa, se instaló en ella, la tomó por esposa y fué el protector de toda la familia.

—¿La llevaba siempre con él?

—Sí: pero a veces pasaba temporadas en Barcelona. Ella era muy resuelta; había viajado sola de soltera varias veces a Cuba a ver a su abuela, era lista e iba y venía con su madre. El no quiso casarse, porque decía que "no necesitaba compromisos para cumplir con sus obligaciones". Era gran humorista, de buena conversación, y solía decir: "Algunas viudas no se casan por no perder la viudedad; pero yo no me caso por no dejar una carga al Estado." Cuando le decían que debía hacerlo por su hijo, respondía: "Yo dejaré escritas bastantes "burradas" para que mi hijo viva de su publicación."

—¿No vive más que ese hijo?

—No. A la niña la dieron a criar a un ama en un pueblecito cercano a París. Les avisaron que estaba mala y cuando acudieron ya la habían enterrado. Mi hermano empezó a dudar de la muerte de su hija, a pensar en un asesinato, y la hizo desenterrar y practicar la autopsia. Tal impresión le causó la carne de la muertecita, que desde entonces se hizo vegetariano. Cuando vino a casa mi madre le tenía jamones de Trévez, y él dijo: "Ya no comeré carne jamás." Llegaba siempre sin un céntimo y decía: "Es que se lo doy a los pobres." Cuando murió mi madre nos fuimos a Finlandia mi hermana y yo, con él y con la que miraba como esposa. Mi hermano era tan modesto que por no decir en las fronteras que era el cónsul de España no evitaba las molestias de los registros de equipajes. Allí nadie lo conocía, no se trataba con los otros cónsules. Llegaron a decir que era un ignorante, y un día vino el cónsul alemán para ver cómo era y se quedó encantado de él. Pero a él le daba lo mismo una opinión que otra. Nunca se hizo uniforme "por no llevar librea".

—¿Era pesimista?

—Era irónico, jocosos, no le importaba nada. Decía: "En el mundo todo es igual. Cuando hace frío se abriga uno, y cuando hace calor se queda en mangas de camisa". Cuando lo trasladaron a Riga no quiso que le acompañáramos, porque él

quería venir a España, al ministerio, y nos vinimos nosotras y su mujer. Aquel clima le hacía daño a la cabeza. Nos escribió a poco de llegar que le dolían la cabeza y las muelas, que ansiaba venir... Fué su última carta. No supimos más de él hasta que llegó el telegrama de su muerte.

—¿Hay detalles de ésta?

—Pocos y oscuros. Unos dicen que tenía parálisis progresiva, pero él no tenía manía de grandezas. No había hombre más modesto.

—¿Y manía de persecuciones?

—Eso sí. Era, además, muy patriota y se ha dicho que se suicidó por la vergüenza que le causó la deshonrosa paz, que aquel mismo día se firmó en España. Precisamente se suicidó el mismo día en que llegaban, para reunirse con él, su esposa y su hijo; no esperó a verlos... Es todo eso extraño, hasta la forma del suicidio, arrojándose al río Owina, desde uno de los vaporcitos que lo cruzan.

—¡Y no lo pudieron salvar!

—Sí, pero se escapó de las manos de los que lo intentaban y se arrojó otra vez.

—Puede considerarse un doble suicidio en un mismo día, esa muestra de su terrible fuerza de voluntad.

—En efecto, y yo pienso en que no se suicidó en un acceso de locura, sino de lucidez—dice doña Josefa—. Se sintió enfermo y no era hombre que se resignase.

Luego la conversación versa sobre lo que estos días hablan los periódicos de una tumba, donde no se sabe a ciencia cierta si están los huesos de Ganivet. Tenemos la visión de ese sepulturero que se dispone a pinchar a través de la caja, como esos consumidores que atraviesan los fardos para ver si hallan resistencia.

Experimento un raro malestar y pienso que de Ganivet nos ha quedado algo que vale más que los tristes huesos perdidos en Riga. Su espíritu sano y patriota, que hay que resucitar, y su carne en el hijo de su amor, honrado, leal y trabajador, como él, que tiene posición modestísima, y al que se debe proteger para honrar la memoria de su padre.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

El nombre de Fernández y González, el Dumas español, representa toda una época de nuestra historia, en la decadencia de las buenas letras. Ninguna figura más representativa de aquel tiempo, que estando tan cercano, se encuentra tan lejos de nuestro espíritu. Aunque no hubiese sido más que por mantener la afición a la lectura por interesar con las creaciones de su desbordada fantasía, espontánea y genial, Fernández y González merece una consideración y un recuerdo, en vez de un desdeñoso olvido.

No ha quedado ningún descendiente suyo. No tuvo hijos y no se le conocieron parientes. Ningún hombre aparece más solo y desligado de recuerdos familiares y más alejado de leyendas de amor.

Sevillano, salido de su tierra para cumplir su servicio militar, en el que llegó a sargento, nada se sabe del móvil que lo guió a escribir, ni qué azar lo arrojó al camino del arte. El no lo contó jamás.

CARMEN DE BURGOS

Yo, deseosa de averiguarlo acudo a su amigo íntimo, el simpático sainetero don Tomás Luceño que de su larga vida guarda en su privilegiada inteligencia uno de esos maravillosos archivos, en los que encanta revolver e investigar.

—Yo tampoco sé nada de sus comienzos—me dice don Tomás—cuando me acomodo para tomar estas notas en su misma mesa, en un gabinetito, que conserva el sabor de las clásicas casas españolas y en cuyas paredes hay retratos de artistas, intérpretes de sus obras y amigos de su juventud, cuyos nombres nos atraen.

—¿Cómo lo conoció usted?

—Debió ser hacia el 67. Yo entonces empezaba mi carrera de taquígrafo, y buscaba todas las ocasiones de practicar. Lo mismo me metía en una iglesia para copiar un sermón que en una de aquellas reuniones de anarquistas, donde se vociferaba contra todo a puerta cerrada. Por entonces conocí a Nombela y me ofrecí para tomar taquígraficamente las cosas que él me dictara. Me iba a casa de Nombela todas las tardes y éste estaba loco de alegría porque en dos horas me dictaba lo que hubiera tardado cuatro días en escribir. El era amigo de Fernández y González, que cuando lo supo sintió deseo de tener un taquígrafo y le pidió a Nombela que me enviase a su casa.

—Y, por lo visto fueron ustedes grandes amigos.

—Sí. Tuve la suerte de agradarle desde el pri-

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

mer momento. "Dígale a Nombelilla que me es usted simpático y que me quedo con usted"—me dijo. —Luego añadió: "¿Cómo se llama usted?", Luceño —le respondí. —"No me voy a acordar bien —dijo—¿quiere usted que le llame "Lucano"?" Cuando le dije que no tenía inconveniente, puesto que había muerto Nerón, me preguntó: "¿Es usted andaluz?" No, señor. "Pues lo siento..." Otra vez será—añadí—. El se echó a reír y me invitó a entrar en funciones.

—¿Qué escribía entonces?

—Cuatro novelas nada menos.

—¿Es verdad que dictaba a varios escribientes a un tiempo?

—No, eso es una de tantas leyendas. Dictaba varias obras, pero una después de otra, y ya es bastante. A lo mejor me decía: "Lea usted lo último que hay escrito, Lucano. Vamos a seguir "Los Hijos perdidos" que son los que más interesan ahora".

Yo leía el último párrafo y solía decirle:

—"Esto es de Diego Corrientes, don Manuel."

—"No importa, escriba", y aquella maquinaria portentosa dictaba dos o tres horas seguidas, correctamente, cambiando de obra de un modo maravilloso.

—¿Y no se equivocaba?

—A veces se olvidaba de los personajes. tal número de gente bullía en su cerebro; por ejemplo,

un día me dictaba: "Doña Andrea, prototipo de buen juicio."

—"Pero don Manuel—le atajaba yo—doña Andrea ha perdido el juicio después de aquel altercado con la amante de su marido."

—"Zi"—respondía con su ceceo andaluz, porque fué siempre un andaluz muy cerrado. "Pues lo siento, porque me hace falta, para los consejos que tiene que dar. Vamos a curarla." Y le hacía recobrar el juicio.

—¿A qué hora escribía?

—De día, por la mañana y por la tarde, que era cuando iban los escribientes. Uno de ellos fué Blasco Ibáñez, que indudablemente aprendió de él el arte de novelar. El no escribía nada, dictaba siempre; el pobre estaba casi ciego.

—Y tal vez—aventuro—no sabía escribir correctamente.

—El lo sabía todo—me dice Luceño con convicción—. Era un ignorante, no había estudiado nada, no tenía conocimientos de nada, pero lo sabía todo por una intuición maravillosa. Escribía de Historia de España sin conocerla, admirablemente. Un día me dijo:

—"¿Lucano, conoces la plaza de Valladolid?"

—"No, señor."

—"Es una contrariedad, porque hoy tengo que describirla y no sé cómo es. No he estado en Valladolid. Veremos si "sale", y dictó tal descripción

de la plaza de Valladolid, que nadie puede creer que sea intuitiva.

—Es verdaderamente extraordinario.

—Pues no es el único caso que he conocido. Algo de eso le pasaba a López de Ayala. Cuando tuvo que contestar a una interpelación de Manterola en el Congreso, me pidió la víspera, a las doce de la noche un librejo de Derecho Canónico que los estudiantes llamábamos "Remedia Vagos"; era una especie de catecismo, en preguntas y respuestas. El no sabía una palabra y sólo con aquello salió airoso de la interpelación. Lo que sucedía con Fernández y González era que impresionaba.

—¿Cómo?

—Tenía una cosa rara en el gesto, en la mirada. Una vez le presenté un amigo mío, taquígrafo, para que compartiera la tarea conmigo; pero mi amigo, después de traducir lo que le dictó en la primera sesión, fué a verme a mi casa y me dijo: "Toma, yo no vuelvo más, me da miedo de ese hombre." Y no consintió en volver. Yo recuerdo que la primera impresión que me causó, fué algo semejante. Algunos días, cuando dictaba, causaba miedo verlo, parecía que aquellas cosas las había vivido. Una noche estando traduciendo una escena de un robo en un cementerio, sentí tal pavor que me acosté y no quise seguir.

—¿Escribía mucho?

—Enormemente. Imprimía por toneladas. En-

tonces se pagaba por entregas. Un día le llevé lo que me había dictado, todo seguido y se incomodó. "Debía usted poner a cada cosa punto y aparte, para llenar papel"—me dijo. —Pues entonces, don Manuel, aquí donde dice "Jesús mil veces" puedo poner mil líneas. En seguida se echó a reír.

—¿Tenía buen carácter?

—Muy noble, muy generoso, muy campechano. Algo desordenado.

—¿Es verdad que estaba siempre borracho?

—¡Falso!—exclama Luceño con energía—. No lo ví jamás borracho, ni siquiera alegre. Se emborrachaba de genio, de imaginación; pero no bebía.

Confieso que miro a Luceño con desconfianza. ¡Debe ser tan bueno!

Se ve un alma sana bajo el rostro fresco, en el que las blancas patillas son como postizas; que pienso si querrá no manchar con tan feo vicio la memoria del maestro. El sigue hablando.

—Le gustaba comer bien; a veces iba a los bodegones a tomar caracoles; era muy demócrata, campechano, no tenía nada suyo; un poco descuidado y bohemio; pero generoso y caballero como pocos.

—¿No lo conoció usted familia?

—No. Estaba casado y vivía con su mujer en un hotelito del barrio de Argüelles; pero ni yo ni nadie vimos jamás a su mujer.

—¿Vestía bien?

—Se cuidaba poco. Iba bien, a la moda del tiempo, con chaquet y hongo; pero no daba importancia a la ropa. Un día me lo encontré por la mañana vestido de frac y corbata blanca, porque se había acostado vestido, al volver de Palacio.

—¿De Palacio?

—Sí. Doña Isabel II lo quería mucho, le gustaba hablar con él y casi todas las noches iba a hacerle la tertulia a Palacio. Yo lo encontraba por la mañana tendido en un catre, que había detrás de una celosía colocada entre él y la mesa, tenía puesto un gorro de malla. Así me dictaba. Luego, por la tarde, íbamos en su berlina de paseo. Pasábamos por casa del editor, para entregar el trabajo del día, que cobraba según iba entregando y los días que había que pagar la casa trabajábamos doble. Le daban dieciséis duros por entrega; a mí me daba dos y lo demás se lo gastaba alegremente con sus amigos.

—¿Trasnochaba?

—Solía ir al café Inglés, después de comer; allí tomábamos café y enviaba otro al cochero, el cual le daba la mitad a la yegua, "Pastora". El animal estaba ya tan acostumbrado que si tardaba empezaba a relinchar y don Manuel decía: "Pastora" da palmadas para que vaya el mozo". Otras noches iba a un café cantante, que había en la plaza del Progreso, y allí se gastaba todo.

—¿Tenía muchos amigos?

CARMEN DE BURGOS

—Muchos. Y eso que era un poquillo mordaz en la conversación y un poco vanidosillo. Contaba que cuando estuvo en París vió en una calle a un hombre, al que se acercó y le dijo: "Tú eres Alejandro Dumas", y el otro se paró, lo miró y le respondió, abrazándolo: "Y tú eres Fernández y González." Una vez hablaba mal de Castelar, al que miraba con cierta emulación de su éxito y un amigo le dijo: "Pues Castelar asegura que es usted el primero de los novelistas." "Sí, como talento tiene"—dijo él. De Pérez Escrich, era muy amigo.

—¿Escribía sólo novelas?

—Hizo un drama, con éxito regular. Versos que no estaban mal. Pero su fuerte era la novela, la fantasía, la fecundidad, para lo cual le ayudaban las costumbres del tiempo. Figúrese usted que un día el editor le dijo que era preciso terminar en una sola entrega una novela que ya llevaba ochenta y empezaba a cansar al público. Don Manuel se marchó muy preocupado.

—"¿Cómo mato yo a esa gente?—decía—. ¿De una epidemia?"

Y yo le respondía riendo:

—"No, que les va usted a hacer sufrir mucho."

Al día siguiente, al entrar, me dijo:

—"¿No hueles a muerto? ¡Pues ya los he matado a todos!"

Empezó a dictar: Los metió en un barco, les hizo naufragar y no quedó ninguno.

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

No puedo por menos de reír asombrada de esta sencilla técnica y pregunto:

—¿Tenía mucho público?

—Una locura. Lo leía toda España. Había domingos que los criados y los horteras no salían de las casas por quedarse leyendo las entregas, a ver lo que le pasaba a tal o cual personaje.

—¿Hizo dinero?

—No. Ganó mucho, pero lo gastó todo. Ya le he dicho a usted que era algo desequilibrado. Se abstraía con frecuencia, no daba valor al dinero, y no tenía nada suyo. A mí solía pagarme con regularidad, llegó a deberme hasta veinte mil reales. Pero me lo pagó todo.

—¿Murió pobre?

—Pobrísimo. Recuerdo que una tarde, en sus buenos tiempos, me dijo: "¡Quién sabe si algún día este cochecito que tanto quiero se verá de punto!"

Pasado tiempo tomé una tarde una berlina en la calle de Alcalá para ir a los toros. Me pareció conocer el interior. Me fijé y ví las iniciales M. F. G. ¡qué tristeza! Ya no tenía novelas que escribir, nublada por la vejez y los achaques su poderosa inteligencia.

Hay una emoción verdadera y dolorosa en la voz de Luceño, con el recuerdo de este genio infortunado, al que tanto quiso, y me creo en el deber de cambiar la conversación, hasta desva-

CARMEN DE BURGOS .

necer la impresión penosa, llevando como un agradable sedante en el ánimo con la conversación de este hombre, tan inteligente, tan noble, de un espíritu sano y juvenil siempre, que tan vivamente ha evocado la figura pintoresca del popular novelista.

JUAN VALERA

Uno de los hombres ilustres en quien primero pensé, al hacer esta sección, fué en el insigne autor de "Pepita Jiménez"; pero la dificultad de ver a sus hijos, casi siempre ausentes de Madrid, me impedían poderle rendir este justo homenaje.

Por fortuna, mi querida amiga, la ilustre escritora Salomé Núñez de Topete, que es íntima amiga de la familia de Valera, y hasta creo que algo pariente, tuvo la amabilidad de encargarse de buscar los recuerdos íntimos de don Juan Valera y un buen día recibí una carta suya, fechada en San Sebastián, en la que me anunciaba su regreso, y me decía:

"Todo llega, hasta lo que se desea; ayer, al fin, tuve el gusto de ver a Carmen Valera y experimenté el placer de satisfacer los deseos de usted puesto que no olvidé su encargo y me autorizó para que le refiriese lo que yo sé, que es lo mismo que ella

CARMEN DE BURGOS

recuerda, acerca de lo que pudiéramos llamar anécdotas referentes a su padre."

Sentada frente a mi ilustre compañera, en su elegante salita, envuelta en esa atmósfera de distinción y simpatía que envuelve a la insigne redactora de "El Liberal", empezamos nuestra conversación.

—Yo he querido y admirado siempre mucho a don Juan Valera—dice Salomé, con ese noble arranque resuelto y sincero que hay siempre en su conversación—; era el hombre más cortés y más bueno que se puede usted imaginar.

—¿Y sabe usted algo de sus comienzos?

—Empezó como poeta, y ya en sus primeras composiciones revelaba su admirable talento, porque sus versos eran modelo de perfección, cincelados—me dice.

—Tal vez por eso mismo—respondo—no llegaron a hacerse populares y don Juan abandonó este género por la crítica.

—Es que en la crítica era un maestro. Aparte todo lo que ha hecho digno de elogio, bastará recordar que fué el primero que descubrió la originalidad y el mérito excepcional de Rubén Darío, cuando tanto se le discutía y tan pocos eran capaces de comprenderlo.

—En efecto, su gran talento escéptico supo comprender al innovador de la poesía castellana que había en el gran Rubén, al que los inmoviliza-

dos en una rancia estética no podían apreciar; es esto lo más difícil de vencer que encuentran todos los iniciadores en una nueva forma y unas nuevas ideas estéticas. Desdichadamente la crítica de Valera tal vez adolece de "demasiado diplomática".

—No, no—responde Salomé con viveza—; esa cortesía, esa dulzura que usted halla en sus críticas, y a lo que usted se refiere, sin duda, eran propias de su carácter; era un hombre muy bien educado y trataba de crítica sin ofender.

—¿Y de su vida política?

—Sé poco. Únicamente que fué de los miembros de la Comisión que ofrecieron la corona de España a Don Amadeo de Saboya.

Después, desengañado a causa de todo lo que sucedió, se retiró de la política, y todo el tiempo que su cargo le dejaba libre, lo pasaba encerrado en su biblioteca.

—Representó a España, según creo, en WASHINGTON, Viena, Portugal y Bruselas.

—Sí, y en todas partes dejó amigos entusiastas, conquistados por su carácter afable y su extraordinario talento.

—¿Tiene usted noticias de su vida de novelista? El aseguró que llegó a novelista por accidente—digo.

—Eso fué una socarronería suya. Supo escribir las novelas meditadas, sabiendo lo que hacía, y ya ve usted qué nacional qué española es su obra.

—En efecto, "Pepita Jiménez", es una hija espiritual del misticismo de Fray Luis de León y de Santa Teresa de Jesús, sentido por un místico de los tiempos modernos: Místicos sin fe.

—Hay una nota en toda su obra de buen gusto y de moralidad.

—Tanto—afirmo yo—que cuando traduje "Dafnis y Cloe", comparé la obra de Longo con la traducción de don Juan Valera y me encontré que había cambiado todo el sentido del original, pues los amores llenos de aberración los varió para dignificarlos y legitimarlos, al mismo tiempo que empleaba palabras cuyas acepciones no conoció la Grecia de la decadencia, llevado de su amor a lo bello.

—El escribió en todos los géneros con fortuna: "El Doctor Fausto", sutil y lleno de discreteos, y "El Comendador Mendoza", trágico. Pero la obra maestra es "Pepita Jiménez".

—¿Cómo escribía?

—Meditando y pensándolo mucho. En sus últimos años se quedó ciego y tenía que dictar.

—Esto debía ser mayor martirio para él, que no gustaba de períodos sonoros, sino de esa labor de equilibrio y de buen gusto que requiere tiempo y silencio.

—Pues dictándolos hizo "Genio y figura", "De varios colores" y "Morsamor".

—Y de su vida íntima, ¿qué recuerda usted?

—Ya se lo he dicho, vivía bien, le gustaba mucho la sociedad, era un hombre galante, buen conversador, muy distinguido y muy elegante. En familia guardaba la misma cortesía y miramientos. El suyo era un hogar feliz, entre una esposa modelo y unos hijos que lo adoraban.

—¿Y esas anécdotas que usted me decía en su carta que había recordado con su hija?

—Se refieren sólo a lo muy distraído que era: Figúrese que una vez fué a visitar a Ramón Rodríguez Correa—otro literato ilustre, como usted sabe—y distraído, en amena conversación, se puso una sortija que aquél, para lavarse las manos, había dejado en el lavabo. Salía Valera con la sortija puesta, sin darse cuenta de ello, y en tanto Correa, que tenía en mucha estima la joya, estaba loco buscándola y la dió por perdida. Por la noche, volvieron a encontrarse ambos amigos en el tranvía de las dos, del barrio de Salamanca, y Correa le refirió a Valera lo disgustado que estaba por la pérdida del anillo. Don Juan cayó entonces en la cuenta de que una joya que había dejado en su casa era la de su amigo.

Río la aventura y Salomé me dice:

—Esa distracción no tiene importancia comparada con esta otra: Un día llevó sus hijos a una pastelería; los chicos no acababan de elegir y comer golosinas, y entre tanto, don Juan se marchó. En la Puerta del Sol, se acordó de que había sa-

lido de casa con sus niños, pero no se acordaba de dónde los había dejado. El pobre pasó un mal rato terrible, pensando que se habían extraviado. Por fortuna las criaturitas habían sabido dar la dirección de su casa, y en ella las encontró al llegar, lleno de aflicción.

—¡Sí que esa distracción es mayúscula!

—Pues a la tercera va la vencida. De recién casado fué con su mujer a un baile (yo creía que casa de la Condesa de Montijo, pero dice su hija que fué casa de la Duquesa de Fernán-Núñez. Ella debe saberlo mejor). Estaba muy cansado y se retiró temprano y *solo* a su casa. Cuando llegó la hora del desfile la señora de Valera, continuaba esperando en vano a su marido. Una familia amiga la llevó a su casa, donde encontró dormido al esposo, que, al retirarse del baile creyó que continuaba siendo soltero. ¡Se había olvidado de su matrimonio!

—¡Verdaderamente es el colmo de la falta de memoria!

—Pues aquí tiene usted todo lo que yo puedo decirle de don Juan Valera.

¿Para qué más? Con su viveza de imaginación, Salomé Núñez de Topete ha sabido trazar con sencillas palabras, la figura de don Juan Valera, con una gran sobriedad de líneas. Se le ve como se le había adivinado al través de sus obras: sereno, ecuánime, ponderado; con un equili-

brio y un buen gusto perfectos en su vida y en su arte.

Se ve al gran señor de vida elegante, que procura tener siempre en torno suyo la misma distinción en sus relaciones sociales o en la soledad de su biblioteca.

El hombre culto, de gran fantasía que encauzó y reprimió su vida toda para mantenerla siempre dentro de los límites de la más perfecta corrección.

Hasta esas mismas anécdotas de su falta de memoria que nos hacen recordar a quel personaje imaginario de Julio Verne, nos dan la idea de cómo el romántico autor de "Pepita Jiménez" se abstraía en sus ensueños hasta perder la noción de lo real que tan hermosamente daba después de encerrarse dentro de sí, contemplando sus paisajes de alma, aquellos bellos jardines floridos, en los que anciano y ciego se refugió después para escribir "De varios colores" en una perpetua lucidez y una inacabable juventud.

RAMON CABRERA

Pocos hombres han sido tan importantes en España y han tenido en la suerte de la nación una influencia tan extraordinaria como el general carlista don Ramón Cabrera, al que la historia y la leyenda exaltaron igualmente para hacer de él una de las figuras más notables de su tiempo.

Su hijo, que ostenta los títulos de marqués del Ter y conde de Morella, ganados por el caudillo en las dos memorables batallas, se presta amablemente a darme todos los datos que posee de su ilustre padre. Por un gracioso contraste, que demuestra la evolución de las ideas, sobre la misma mesa que yo tomo estas notas, escribe su esposa, adalid de la campaña sufragista, que se propone realizar este invierno la "Cruzada de Mujeres Españolas", que presido.

—Alrededor de mi padre se han hecho muchas novelas difíciles de deshacer —me dice el marqués—.

En realidad fué un hombre al que las circunstancias, más fuertes que su voluntad, marcaron su camino.

—¿Conoce usted algo de sus primeros años?

—Mi padre, nació en Tortosa; era hijo de un capitán de la Marina mercante y de su esposa, doña María Griñó Diñé. Durante sus primeros años no hay nada que anuncie su carácter extraordinario. Era bueno, dulce, cariñoso, modesto y se hacía notar por la gran adoración que profesaba a su madre, de la que no se separaba jamás.

—¿Es cierto que estudió para cura?

—Sí, pero el obispo de la diócesis, don Víctor Sáez, se negó a ordenarlo, porque le parecía que sus instintos no estaban muy de acuerdo con la disciplina eclesiástica.

—¿Y cómo se decidió por la causa carlista?

—Los móviles que arrastran a los hombres suelen ser muy complejos—me responde—. Hubo caudillos que, como Zumalacárreguí, fueron a las filas del carlismo por vengarse del desaire de un ministro que no accedió a sus pretensiones; los había que iban movidos por sus ideales, otros por ambición. Mi padre fué arrastrado por sus amigos al principio, de un modo casi inconsciente. La primera vez que se batió, llevaba sólo un bastón en la mano.

—Pues bien; pronto fué un genio de la guerra, quizás el primer genio de Europa, puesto que todo

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

en él fué intuitivo. Toda la historia del carlismo está llena de las hazañas de Cabrera. Verdaderamente, aunque sea triste que fuesen en una guerra civil, hay que reconocer su valor.

—Se ha manchado su fama con la calumnia—me asegura el marqués—. El famoso novelista Pérez Galdós ha narrado grotescamente su campaña del Maestrazgo y le ha hecho aparecer, como le llamaban sus enemigos, al caudillo de Morella, "el tigre del Maestrazgo".

—Desdichadamente—digo, obligada por la sinceridad—no es sólo la novela, sino también la historia la que habla de la crueldad de Cabrera.

—¿Y quién ha escrito la historia?—dice el marqués exaltándose—. Los enemigos suyos. Ya sabe usted aquel verso de "La vida es sueño":

«los que vencen son leales,
los vencidos son traidores».

—Piense usted—añade—que el general Nogueiras fusiló a mi abuela en Tortosa, sólo por el crimen de ser madre del caudillo carlista. Crea usted que muchas personas se han explicado que después de eso el general Cabrera hubiese fusilado a la mitad de la Humanidad.

Guardo silencio recordando esa terrible historia en la que resalta sobre todo el dolor inmenso y la locura del hijo que al saber la noticia, en el baile

CARMEN DE BURGOS

donde se hallaba, ordena fusilamientos en masa, sin respetar ni a su propia novia.

El marqués del Ter, parece leer mi pensamiento, porque dice:

—Y, sin embargo, ese cuento de Burjasot, al que se añade para hacerlo más terrible, que mi padre bebió sangre de los fusilados, es todo mentira, una pura invención sin fundamento alguno, diseminada para desacreditar su nombre y su fama. Yo no podría creer esto de mi padre al que he visto siempre tan dulce y tan bueno.

Admiro este piadoso sentimiento de ternura filial y la modestia del hijo que no quiere decir nada de la época heroica de su padre. Pasa ligeramente sobre las extraordinarias condiciones de aquel genio militar inventivo, que improvisó hospitales, almacenes de víveres, talleres y, a pesar de la escasez de material, fábricas y fundiciones de artillería.

Recuerda ligeramente cómo gracias a él fué victoriosa la expedición del general carlista don Miguel Gómez, que con ocho batallones, escasa caballería y cuatro cañones, atravesó Galicia, Asturias y las llanuras de Castilla, volviendo a Aragón; recorriendo doscientas leguas en sólo cuarenta y cinco días.

El hijo está cierto de que sólo el prestigio de su padre mantenía el carlismo, que sólo por su influjo proclamaron en Estella a Don Carlos. Era

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

Cabrera el que arrastraba el entusiasmo de las masas y de las tropas con su valor temerario.

—Espartero y sus generales—dice—a pesar de todos los recursos que tenían a su disposición, carecían del gran genio militar de mi padre. Pero añade: Espartero era un caballero perfecto. Hubo un coronel carlista que le pidió una entrevista para venderle la cabeza de Cabrera, muerto o vivo, y Espartero exclamó: "Jamás consentiría yo tal deshonor", y eso que mi padre los puso en más de un apuro. Ya conocerá usted el episodio de cómo llegó a Vallecas, y si le hacen caso, Don Carlos entra en Madrid.

—Lo conozco y sé que a pesar de todo hubiese entrado en la villa y corte, sin la defensa de otro caballeroso caudillo del bando isabelino: Fernández de Córdoba.

El marqués me habla de la retirada de su padre de España, de su prisión en el castillo de Ham, en la misma estancia de donde se había escapado Napoleón III.

Yo tengo prisa de que me hable de las intimidaciones, del hombre.

—Mi padre no hablaba jamás del pasado delante de nosotros—dice.

—¿Dónde se casó?

—En Inglaterra. Tenía ya relaciones con mi madre, Miss Marianno Richards, desde hacía mucho tiempo, pero relaciones de amistad.

Mi madre era una inglesa romántica, enamorada de la leyenda de Cabreia, y como era una de las primeras fortunas de Inglaterra, le enviaba dinero para sus empresas.

Cuando se conocieron se amaron, y no tardaron en casarse, llevando ella en dote una inmensa fortuna, y él su gloria de caudillo y sus treinta heridas.

Fueron testigos de la boda el infante Don Juan de Borbón y su esposa doña Beatriz de Austria.

—¿Fueron felices?

—Yo creo que no. Vivían en la magnífica posesión que he heredado de mi madre, cerca de Windson; una posesión regia, con un gran parque, donde los visitaban a veces los reyes de Inglaterra, porque mi madre era de la mejor nobleza del país de Gales; pero mi padre se aburría allí.

—¿Por qué no se iba a otro lugar?

—Mi madre lo tenía esclavizado, era una calvinista rígida, severa, dominante. En casa no había más voluntad que la suya.

—Había domado al "Tigre"—digo riendo—. Lo convirtió en gato.

—Por completo.

—¿Y no volvieron a solicitarlo para continuar la campaña carlista?

—Sí, pero él no quiso, con descontento de mi madre que lo que amaba en él era "el caudillo". Pero mi padre no quería el clericalismo.

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

—Habría cambiado al casarse con una calvinista.

—No, es que muerto D. Carlos no tenía la misma fe ni amistad con su hijo. Estaba desengañado, quizás arrepentido de su labor. Decía que era español antes que carlista y solía repetir: "Daría gustoso por la paz todo lo que he ganado con la guerra."

—Me han contado que era tan patriota que un día le tiró un plato a la cabeza a un lord inglés que se atrevió a hablar mal de España en un banquete.

—Es posible; él quería la felicidad de la patria. En ocasiones fueron personajes a proponerle tomar parte en movimientos revolucionarios y se negó a ello, y no quiso recibir a Sagasta y a Prim, cuando fueron a verlo.

El hijo de Don Carlos, despechado de que no quisiera volver a batirse por él, en un paseo que daba, tratando de convencerle, por un bosque, en Bélgica, se volvió a uno de sus secuaces y le dijo:

—"Lo mejor sería suprimirlo." Mi padre tenía la certeza de que lo querían matar.

—¿Visitó el general Cabrera a Isabel II?

—Sí, ya destronada. Mi padre tenía muchos amigos en París, donde iba con frecuencia antes de su matrimonio, porque era muy amigo del Emperador y la Emperatriz, que lo querían casar con una princesa de Ligne, belga.

CARMEN DE BURGOS

Lo comprometieron a visitar a la ex reina. Mi padre iba lleno de turbación, pero Doña Isabel salió a recibirle a la escalera de su hotel, diciéndole:

—Bien venido, Cabrera; me alegro mucho de verte y conocerte, hijo mío; a ti también te han engañado, como me engañaron a mí.

—Fué una gran medida política el hacer amigo a Cabrera de la dinastía de Don Alfonso.

—El lo reconoció porque así se lo ordenaba su conciencia. Fueron a verlo el duque de Santoña y don Rafael Merry del Val, que le hicieron grandes promesas.

—¿Y las han cumplido?

El marqués vacila, y dice:

—No se debe fiar de los hombres ni de los Príncipes, pero mi padre no hacía nada por interés sino porque estaba seguro de que así ponía fin a la guerra y traía la paz a España.

Me enseñaron un curioso documento, que no se ha publicado jamás: la carta que Cabrera escribió a Cánovas del Castillo, reconociendo a Don Alfonso XII, como rey legítimo de España y de la que se extractó la otra carta, algo variada, aunque en esencia la misma, poco más o menos, que apareció en la "Gaceta" y que fué, realmente, la muerte del carlismo, porque Cabrera tenía más adeptos que Don Carlos y todos reconocieron con él la monarquía constitucional y al hijo de Doña Isabel II.

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

Carta de Cabrera a Cánovas del Castillo.

Sobreponiéndose en mi ánimo a toda consideración, por respetable que sea, el interés de mi Patria, que, sin la paz y concordia entre todos los buenos españoles, no puede reponerse de las inmensas desgracias que las revoluciones le han producido, aumentadas por la desastrosa guerra civil que con diverso carácter y objeto, desgarró hoy sus entrañas en la Península y en la isla de Cuba; y respetando al mismo tiempo, debidamente el voto general del pueblo y del ejército, que han restablecido la institución gloriosa de la Monarquía, y elevado al trono de España, sin sangre ni lucha, al augusto príncipe Don Alfonso XII, después de ofrecer éste en su manifiesto de 1.º de Diciembre último, ser un Rey católico, como lo fueron sus ilustres antepasados, creo de mi deber prestar a Su Majestad el desinteresado y leal, cuanto respetuoso, homenaje de mi reconocimiento y sincera adhesión.

Obro así libremente y por inspiración propia; porque así me lo pide mi conciencia, como buen español, como consecuente monárquico, y como fiel hijo de la Iglesia, que ha reconocido y bendecido al joven Rey de España, por el órgano augusto del Pontífice Pío IX.

Al hacer esta manifestación espontánea, conservo inalterables, respecto del sistema de go-

CARMEN DE BURGOS

bierno, que considero más útil y conveniente a mi país, los principios políticos y religiosos, que he sostenido y profesado siempre, y a cuyo triunfo aspiro, franca y lealmente, por vías pacíficas y legales, en el reinado del nuevo Monarca Don Alfonso XII, porque, creo, de buena fe, respetando contrarios pareceres, que al amparo de aquellos principios salvadores, que son los de Dios, Patria y Rey, bien entendidos y aplicados, volverá la nación española a ser grande, poderosa, respetada y feliz, como en otros siglos de glorioso recuerdo, en que fué señora del mundo.

Sírvase V. E. dar cuenta a S. M. el Rey de esta espontánea y leal manifestación, asegurándole, además, mi profundo respeto.

Dios guarde a V. E. muchos años.

París, 11 de marzo de 1875.

Excmo. Señor:

RAMON CABRERA

Excelentísimo Señor Don Antonio Cánovas del Castillo, presidente del Consejo de Ministros de Su Majestad el Rey de España Don Alfonso XII.

"Gaceta de Madrid". Sábado, 22 de mayo de 1875

*Carta dirigida a S. M. el Rey Don Alfonso XII
por don Ramón Cabrera.*

Señor: En la bandera con que los españoles engrandecieron los reinados de los antecesores de

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

V. M. hay tres principios santos: "Dios, Patria y Rey". Yo los he profesado siempre, y los profesaré mientras viva. Por salvarlos y contribuir a su triunfo, por devolver a España la paz que sus desdichas reclaman con urgencia, acudo gustoso a depositar en manos de V. M. el homenaje de mi respeto y el testimonio de mi adhesión y lealtad.

Reconozco a V. M. como Rey de España, "como mi Rey y Soberano", y al realizar este acto, que me aconseja mi conciencia y mi patriotismo, hago sinceros votos porque el cielo conceda a V. M. la gloria de restaurar la grandeza, el carácter y las virtudes, que siempre fueron el distintivo del pueblo español y la gloria de sus monarcas.

Dios guarde muchísimos años la preciosa vida de Vuestra Majestad.

París, 11 de marzo de 1875.—Señor: A. L. R.
P. de V. M., *Ramón Cabrera*.

—Por esta actitud leal de mi padre que no veía ya en Montemolín las cualidades necesarias para salvar a España llamaron traidor a un hombre que había expuesto su vida mil veces, en una campaña de diez años y llevaba en el cuerpo treinta heridas.

—Tengo entendido que Don Anfonso XII estimó mucho su conducta.

—Fué muy bueno para nosotros. El fué padrino de mi hijo Ramón, que hoy es oficial y se encuentra en Tánger, y que es también un ardiente pa-

triotas. S. M. escribió a mi padre una carta, que permanece inédita, y desconocida, y le devolvió los títulos y honores, que le había arrebatado Don Carlos.

Carta de S. M. el Rey Don Alfonso XII.

"La Monarquía constitucional que Yo represento encierra en sí los tres principios históricos que usted me recuerda: Dios, Patria y Rey; y considero muy valioso el concurso de usted que con tanta sinceridad y constancia los profesa, para el pronto y definitivo establecimiento en España, de un régimen que hoy es el de mayor número de las naciones cultas. Durante el tiempo transcurrido desde que escribió usted su carta hasta que vino a mis manos, el Príncipe Extranjero que ensangrienta y devasta ahora el pueblo español, le ha despojado a usted de los títulos, empleos y condecoraciones que estaba usando tanto ha y con plena aquiescencia de todo el mundo, así de sus antiguos amigos como de los que un día fueron sus leales y valientes adversarios, y tanto entre sus compatriotas como entre los extranjeros. Inútil venganza es esa, porque nadie borra con la pluma lo que llega a grabar en sus eternas tablas la historia; pero el agravio tócame a mí repararlo.

De acuerdo con mis ministros responsables he

determinado, por tanto, que de mí reciba usted hoy lo que otros le han quitado.

Nunca ha desenvainado usted contra mí su espada; y estoy seguro de que si necesitase de ella algún día, no sería la última que a mi llamamiento acudiera.

Sea usted, pues, muy bienvenido al lado de mi Trono; que al fin él ha de cobijar de igual suerte a todos los buenos y leales españoles.—*Alfonso a don Ramón Cabrera.*”

—Es un acto que acredita al monarca de hábil político.

—No creo que fué eso sólo. Romero Robledo me dijo que entre los documentos de Cánovas, que guardaba todos sus papeles, hasta telegramas y tarjetas de visita, estaba la concesión de la Grandeza de España a mi padre. He querido averiguarlo, pero los herederos de Cánovas me dicen que se ha perdido el clasificador 128, en donde estaba cuanto se relaciona con Cabrera, y sus cartas y todo ha desaparecido.

—¿Tuvo otros hijos, además de usted?

—Dos varones, Augusto y Leopoldo, que ya han muerto, y dos hijas, la actual duquesa de Sandolfi y otra soltera.

—¿Ninguno fué guerrero?

—Uno de mis hermanos fué militar, yo seguí la carrera diplomática y he prestado servicios en el ministerio de Estado.

CARMEN DE BURGOS

—¿Quién murió antes, el general Cabrera o su esposa?

—Mi padre estaba muy quebrantado de disgustos, padecía de los riñones y le sentaba mal el clima de Inglaterra; se aburría en aquella suntuosa posesión de Wentworth Virginia Water Surrey, donde habitó treinta años por exigencias de su mujer. No se entendían bien. Ella, como he dicho, era calvinista; él, católico, ha dejado una hermosa iglesia católica que construyó él en Windson y unas escuelas cuyo patronato conservó. Mi madre ha muerto hace poco, de noventa y cinco años.

—¿Qué vida hacía Cabrera en Inglaterra?

—Empleaba todo su tiempo en montar a caballo y cazar, excepto el último año, que estuvo muy enfermo. No le gustaba la sociedad, aunque siempre tenía invitados para sus partidos de caza.

—¿Y sus gustos?

—Era sencillo, sobrio, no bebía nada y le gustaba ir vestido con trajes usados, hasta viejos. Desconocía de tal modo el valor del dinero, que un día en Londres, al ir a pagar un refresco, le preguntó a uno de sus hijos, que lo acompañaba: "¿Tienes dinero?", y como le contestase que no, añadió con asombro: "¿Pues no te dí veinte chelines el año pasado?"

—¿Cómo ha quedado más grabado en el recuerdo de usted?

—Como un hombre muy bueno, muy sencillo,

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

muy cariñoso. Todo lo contrario del tipo que generalmente se pinta.

Guarda un momento de silencio, y añade:

—¡Pobre padre! ¡Allá reposa, en Inglaterra, en el parque de nuestra posesión; él que amaba tanto a España, y no ha vuelto a ella, ni aun después de muerto!

En el silencio que sigue a estas palabras, hay como la evocación de una de esas viejas láminas grabadas en acero, que entretenían nuestra convalecencia en la niñez: Una revuelta confusión de gentes que luchan con sables en alto y boinas de medio lado. Se escucha como el galopar de los corceles de esos caudillos; de esa época fanática y heroica, desdichada y grande, que se aleja cada vez más de nosotros y de nuestro espíritu, dejándonos ciertas soledades, de lo que representaba de vida, pasión, independencia, preferible a la resignación con la esclavitud.

JOAQUIN GAZTAMBIDE

Es preciso subir a un cuarto piso, con honores de boardilla, en la plaza de Alonso Martínez, número 7, para encontrar a la hija del ilustre maestro, la simpática ancianita, de más de setenta años, con ese tipo de las mujeres bien educadas, distinguidas, conversadoras, que parecen guardar cuidadosamente en su pobreza, como la única alhaja que no han querido empeñar, su aire de gran señora.

Parece estar viviendo una página de novela de Pérez Escrich entre esa familia numerosa, la abuela, la hija y las nietas, en la salita aseada, con lujo de limpieza. La madre, débil y enferma, con dolencia de mujer que ha repartido su fuerza vital entre muchos hijos, las nietas jóvenes, bellas, virtuosas, que trabajan cosiendo para las tiendas, haciendo muñecas de trapo, confeccionando vestidos... para conjurar el hambre, que aparece en los rostros pálidos y demacrados de las madres y en

el fondo melancólico de la alegría juvenil de las hijas.

Tiene la palabra la hija de Gaztambide.

—Temo no poderle repetir a usted más que lo que ya conocen de mi padre—me dice—; ya sabe usted, sin duda, que nació en Tudela.

—Sí, y he oído diferentes versiones acerca de la condición de sus padres.

—Eran posaderos, y ambos murieron siendo mi padre casi un niño.

—¿Se educó él en Tudela?

—Pasó en ella sus primeros años. Luego fué a Pamplona, con su tío Vicente, que era maestro de capilla, y allí empezó a mostrar su afición a la música, comenzando por tocar en la orquesta los "hierrecillos" y luego el contrabajo. Tenía además una voz deliciosa y cantaba en el coro.

—¿Cómo vino a Madrid?

—Verá usted. Su tío le envió un día a la tienda a comprar aceite. Mi padre era orgulloso, y el verse tratado como un sirviente lo indignó tanto, que en vez de desempeñar el encargo, se fué a casa del párroco y le pidió doce duros de parte de su tío. Se los dieron sin desconfianza, y con ellos huyó a Zaragoza, donde dió su primer concierto de contrabajo, con tanto éxito, que sacó, no sólo para devolver los doce duros, que se apresuró a enviar a su tío, sino para venir a Madrid.

—¿Y sus primeros tiempos aquí?

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

—Los de todo muchacho con talento y sin dinero. La bohemia y la lucha. Se colocó en la orquesta de un teatro, de contrabajo, y un día, a causa de la indisposición del director de orquesta, se reveló como director.

—¿Cuál fué su primer obra?

—"La Mensajera", de Olona. Tuvo gran éxito y mereció que la reina Doña Isabel II quisiera conocerlo. Dió una serenata en Palacio, y S. M. le regaló una batuta de oro, por cierto que le sirvió para pagar a la patrona, a la que debía una gran cantidad, porque estas buenas patronas de Madrid antiguo solían ser la Providencia de los chicos pobres, teniéndolos, sin cobrarlos, años enteros.

—Pero los malos días acabaron para él desde su primera obra.

—Sí, señora. Desde entonces su vida fué una carrera triunfal. Rodeado de artistas, de amigos, mimado por la Reina y por la Emperatriz Eugenia, a la que iba a ver a Biarritz. Tenía las cruces de Carlos III y de Isabel la Católica.

Su mesa tenía fama en Madrid, porque el comer bien era su gran afición. Traía los vinos directamente de Francia, y el pescado se encargaba para él en la pescadería de Martínez. Si la mesa no estaba bien servida, tiraba del mantel y derribaba toda la cristalería y la vajilla. Un día, en casa Lhardy, se hizo servir 33 panecillos antes de hallar uno que le gustase. Era en eso caprichoso. No

le gustaba servirse de una sola vajilla; tenían que ser diferentes un plato de otro; y en la comida tenían que servirle cuatro platos por la mañana y cuatro por la noche, que no se parecieran en nada. Mi madre andaba atareada pidiéndole recetas a Lhardy, porque otro de los caprichos era que todo lo había de guisar ella, sin que él se diese cuenta de que guisaba. Así es que tenía que ir a la cocina vestida como para ir al Real.

—¿Y qué otras aficiones tenía?

—Ninguna. Darse buena vida. Si una camisa no le gustaba la rompía en vez de ponérsela. Fumaba y bebía de lo mejor. No vaya a usted a creer por estos arrebatos que era de mal carácter. Era muy afable y muy bueno; adoraba a mi madre. Un día la duquesa de Medinaceli lo invitó a un baile y no envió invitación a mi madre. Mi padre se ofendió tanto que la devolvió diciendo: "Siento no poder asistir porque mi esposa está enferma y no me puede acompañar."

—¿Cómo acostumbraba a trabajar?

—De noche mientras todos dormían. Esto molestaba a los vecinos que se solían quejar.

—¿Qué obras suyas prefería?

—"Los Madgiáres", que le dió cinco millones. Esta la escribió después de estar en París y ver "La Estrella del Norte", de Meyerbeer, y hubo quien dijo que era un plagio; pero, cuando se puso aquí "La Estrella del Norte" se vió que no se

parecen en nada. También le gustaba mucho "La Vieja", que fué anatematizada por el padre Claret desde el púlpito, diciendo: "Parece mentira que haya madres que lleven a sus hijos a oír cantar:

«¡Ay, mamá, qué noche aquella
en que el pérfido decía...!»

Y lo gracioso es que lo cantó él en el púlpito y sabía la música.

—Hay que conocer el mal para combatirlo—le dije riendo.

—Otra de sus obras favoritas—continúa la simpática anciana—era la romanza de tenor de "Un Pleito", que cantaba mucho Gayarre. Le gustaban también mucho "El Juramento", "La Conquista de Madrid" y "Las Hijas de Eva".

—¿Y de su viaje a América, qué me cuenta usted?

—Esa fué nuestra desgracia. Mi padre ganaba mucho dinero. Compró el teatro de la Zarzuela y arrendó los Campos Elíseos. Era joven, buen mozo, guapo, con dinero, y a pesar de su cariño a mi madre, tenía devaneos: "Son ellas que me buscan", decía. Se fué a Cuba con su compañía, al teatro Tacón, llevando a su amiga Elisa Zamacois, que ganaba diez y siete onzas de diez y siete duros diarias.

Lo peor fué que la noche que debutaron con "Catilina" estalló la revolución y los insurrectos

entraron en el teatro gritando: "¡Viva Cuba libre!", y todo se perdió. Mi marido lo acompañaba en esa excursión.

—¿Estaba usted ya casada?

—Me casé de diez y ocho años. Mi padre no quería; echó una noche de nuestro palco a mi marido, pero luego fué su mejor amigo. Es que mi padre no quería que me casara porque yo era la hija única, aunque tenía dos hijos, que ya han muerto. Me leía y me consultaba sus obras, y lo mismo hacían Ventura de la Vega y otros amigos.

—¿Y qué hizo su padre en Cuba?

—Fué un viaje desdichado. En el mismo vapor había ido Cúchares, al que le dió el vómito en la Plaza de toros, al matar el primero, y se murió. Mi padre dió un beneficio para repatriar a toda la cuadrilla.

El se fué a Méjico, pero se detuvo en Veracruz, donde cayó enfermo, y vino gravísimo, hinchado, con un horrible tumor en el vientre.

—¿Murió de eso?

—Sí, a los quince días de llegar. En Cádiz quiso operarlo el gran Sánchez Toca, pero el fondista pidió seis mil duros por dejarlo operar en su casa, ante el temor de una defunción que alejase a los huéspedes.

Entonces lo trajeron a Madrid, en una cama colgada del vagón del tren. En todo el camino salían a las estaciones las autoridades y quí tuvo

un gran recibimiento; el pobre murió a los pocos días; tenía sólo cuarenta y cuatro años.

Guarda un momento de silencio, afectada, y continúa.

—Fué una manifestación de duelo: murió el día de San José y se suspendieron todos los teatros, menos el Circo, donde estrenó Barbieri, su enemigo irreconciliable, que hizo alarde de no sentir su muerte.

—¡Rivalidad profesional!

—No. Chapí fué de los que más lo sintieron. Era don Ruperto muy noble y generoso y se interesó mucho por nosotras, en la triste situación en que quedamos.

—¿Y la fortuna de su padre?

—Se perdió todo. ¡La ignorancia que las mujeres tenemos de los negocios! Con motivo del incendio del teatro de la Opera de París, se dispuso aquí que se instalara la luz eléctrica en los teatros. Tuvimos que enviar por dinamos a Norteamérica; no llegaron a tiempo, la compañía pidió indemnizaciones, tuvimos que hipotecar... me ví envuelta en doce pleitos... y se vendió en subasta. No me quedó nada.

—¿Y las obras?

—Fingí, para pleitear por pobre una escritura de venta a Fiscowich y...

—Basta. No diga usted más. Ese es el pozo donde vienen a parar todas las fortunas de las des-

endientes de todos los grandes hombres que entrevisto.

—Lo que más me duele —dice— es la ingratitud, más que la pérdida de la fortuna. ¿Querrá usted creer que al reedificar la Zarzuela y poner los nombres de los músicos célebres se ha suprimido el de mi padre?

—Será olvido.

—No. Hemos llamado la atención y han contestado "que era de otra generación".

La pobre anciana me habla de su pobreza tan noblemente soportada, sin que casi nadie le tienda la mano.

Dos veces ha votado el Congreso una pensión de dos mil pesetas, que no se le han llegado a dar. Ella soporta noblemente los días de hambre y de miseria. ¡Ni siquiera tiene colchón dónde dormir!

Pero su espíritu señorial no se fija en eso. Lamenta que su padre no tenga una lápida en la calle donde murió, y que se le olvide. El ministerio de Instrucción pública compró los papeles del maestro en seis mil pesetas, para la Biblioteca. Entre esos papeles hay alguna música inédita, un himno a Méjico y otros importantes (1).

—¿Cómo recuerda usted más a su padre?—le pregunto.

(1) Los restos de Gaztambide, que ya estaba declarado gloria nacional, han sido trasladados a su tierra natal. Su hígado se conserva en el Museo Velasco.

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

—Como lo vi llegar de Cuba a Cádiz, con todo el vientre hinchado.

Siento remordimientos de esta entrevista que ha removido tantos dolores. La anciana y su hija, lloran; las nietas se miran afligidas y apenadas. De esa visión de gloria y grandeza del ilustre músico, que ha iluminado por un momento la pobre estancia, no queda más que una pavesa de miseria y de lágrimas.

FRANCISCO PÍ Y MARGALL

Pensaba siempre con cierto miedo en el momento de esta entrevista. Es tan grande, tan respetable, la figura de Pí y Margall, que el respeto es como un freno a la pluma para atreverse a hablar de él, con esa especie de familiaridad que la biografía supone. Era como si viese sentado frente a mí al grande y venerado maestro, en la persona de su hijo don Joaquín, último hijo varón que resta vivo, carne, sangre y palpitante recuerdo del padre, que dejó en él un germen de su espíritu recto, bondadoso y culto. Con su barba blanca, su mirada serena y profunda, sus facciones acentuadas y su enérgica nariz aguileña, diría que Pí y Margall venía, evocado por mi veneración, a esta gran mesa mía en trípode para hacer oír de nuevo sus doctrinas, vivas, modernísimas, no superadas por estadistas y pensadores del extranjero, a los que citamos como autoridades.

—Sin duda, usted no quiere saber nada de la

vida pública de mi padre, que es bien conocida—me dice, afable, don Joaquín—; busca usted la intimidad, y por fortuna ésta corre parejas con todas las manifestaciones de su alto espíritu. Nada hay en él que sea preciso ocultar.

—Sí, su vida pública, su obra admirable es bien conocida. Dígame usted detalles familiares, desde su infancia. Sabemos que Pí y Margall nació en Barcelona, de familia modesta, y deseo seguir su intimidad a partir de los primeros años.

—En efecto, mis abuelos tenían una tienda de objetos de construcción. Movidos por las disposiciones del niño lo llevaron a estudiar a los Escolapios, y allí se despertaron sus aficiones literarias; hacía versos y componía comedias en latín, antes de escribir en castellano.

—Quizás esto explica el dominio de la forma que aparece en sus escritos; esa claridad, esa rotundidad, justa, sobria y elegante de su decir.

—Su pensamiento se presentaba así, naturalmente; manaba como agua clara de un alma recta y transparente. En los primeros años se dedicó a la enseñanza, como medio de vida, y a la literatura. El continuó, a petición de los editores, la obra de Pí y Margall "Recuerdos y Bellezas de España", que son una serie de estudios arquitectónicos, y para realizarlos viajó con un fotógrafo por toda la península. Después vino a Madrid al frente de una casa de comisión y giro, aunque no eran esas sus

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

aficiones. La oficina central, establecida en Barcelona, quebró, y pidieron a mi padre ocho mil reales, que creían tener en esta sucursal; pero él había recaudado 64.000, y los entregó íntegros, aunque sólo le quedaban veinte reales en el bolsillo y perdía su colocación. Este rasgo de desinterés y de probidad de carácter, se repite en toda su vida. Fué siempre austero. Diputado, no usó jamás papel timbrado del Congreso, ni utilizó el franqueo, ni admitió rebaja de trenes, ni ningún privilegio o excepción, jamás.

—¿Ganó mucho como abogado?

—Muy poco, porque sólo defendía las causas justas. Un informe de él tenía de antemano la garantía de que había de tener razón. Sus honorarios eran muy módicos siempre; disuadía a los clientes de que pleiteasen. Era abogado del marqués de Santa Marta, que le daba seis mil reales al año. Por cierto, que el día que salió de ministro de la Gobernación le habían pagado el semestre y se dejó los tres mil reales olvidados en el cajón de su mesa.

—Será quizás el único caso.

—Pero tuvo que enviar por ellos, porque le hacían falta para sostener la casa. De fondos secretos dejó en Gobernación—según recibo que tengo de Maisonave—ciento veinte mil reales.

—¡Y este hombre tenía enemigos!

—Ya sabe usted que poco después lo quisieron

matar. Un cura que vino a casa entró en el despacho, porque mi padre recibía a todo el mundo sin etiqueta, y le disparó un tiro: mi padre se puso de pie, y el asesino disparó otro; mi padre salió del despacho y cerró la puerta, pero el otro lo siguió y se encontraron en el pasillo, donde forcejearon, disparó el cura otro tiro, que tampoco hizo blanco, y al oír que acudía la gente, echó a correr para tirarse por el balcón; pero al ver lo imposible del intento, se suicidó. Esta escena hizo gran impresión en mi padre, que era todo bondad y dulzura.

—Le han hecho la leyenda de ser un hombre frío, incommovible.

—Nada más lejos que eso. Era retraído en las relaciones sociales, no era amigo de sus enemigos en ideales. Se limitaba a saludar en el Congreso, por ejemplo: "Adiós, señor Cánovas"; pero era afable en su tratō íntimo. Hablaba de todo con sencillez; no era un santón; se reía con sus amigos, especialmente los íntimos, Palma, Latorre y Estévanez; pero no tuteaba nunca a nadie, ni a los niños, ni a los criados; tenía un gran respeto para todos.

—Yo creo que la nota más saliente en Pí y Margall es la selección, la distinción, la nobleza y aristocracia de espíritu.

—Así era. Limpio de cuerpo y de espíritu. Era muy pulcro para vestir, siempre de levita y som-

brero de copa, todo negro; jamás le ví nada de color. La ropa interior era limpia y fina; sus pañuelos, sus corbatas. Cuidaba mucho de su aseo personal, su barba, su cabello. Aunque estuviésemos en familia, jamás iba a la mesa sin vestirse. Con decirle a usted que hubo un incendio en la casa, que todos los vecinos salieron a la calle en ropas menores y que él se vistió de levita y se aseó antes de salir, está dicho todo. El día que yo le ví descuidado, con una chaquetilla, poco antes de su muerte, fué cuando me di cuenta de que se moría; no estaba ya su espíritu avizor; porque fué siempre un espíritu elegante, en todo como en el hablar, que no le oímos ni una palabra fea.

—¿Le gustaba alguna diversión?

—No. Su vida era sedentaria. Se levantaba temprano a trabajar, leía, escribía, iba al Congreso o a sus visitas. La única diversión era reunir a la familia y los amigos íntimos y leer obras literarias, comer en intimidad, jugar algún rato a la lotería y oír música. Decía que no la entendía, pero que le gustaba toda. Su gran diversión era ir al Real, una vez a la semana, con el marqués de Santa Marta.

—¿Era amigo de la buena mesa?

—No, muy sobrio. Siendo ministro de la Gobernación, tuvo que quedarse un día a almorzar en el Ministerio y envió al café de Oriente por un filete y un café, que pagó de su bolsillo, y esto se criticó

como un rasgo de tacañería; pero él era naturalmente sobrio, sin vicios: ni siquiera fumaba, aunque siempre tenía tabaco para dar a sus amigos.

—¿Estuvo desterrado?

—Emigrado. Era valiente, pero reflexivo; evitaba las ocasiones, y en vista del giro que tomaran las cosas, después de dejar la presidencia de la República, emigró a París; allí vivió traduciendo y ejerciendo la abogacía. Como estaba excomulgado, escribía sin firma en los periódicos de aquí. Le gustaba tanto París, que volvió a la fuerza.

—Naturalmente que había de gustarle más aquel ambiente libre.

—Y eso que tal vez no piensa usted en lo que era España cuando mi padre nació. Entonces era delito pensar: la Prensa no existía, no se gozaba libertad ninguna. Contaban él y Benot la impresión que les causó, siendo niños, oír cuchichear en voz baja la noticia del fusilamiento de Torrijos en Málaga.

—Tiene usted razón. Sin fe superior y amor a la humanidad, no se era revolucionario entonces. Pi y Margall, maestro de tres generaciones, no trabajó nunca por su medro personal, sino para conquistar la libertad que hoy gozamos nosotros.

—Se ha dicho que no fué hombre de Gobierno, pero veía lo que iba a suceder como nadie. Adivinaba. El pudo ser dictador federal, y no quiso serlo. De gobernar él no hubiéramos perdido aún

Cuba y Filipinas. Desde su juventud vió y profetizó el incremento de las ideas socialistas, y hacia ellas hizo que dirigiese su mirada el partido federal. El programa de reformas socialistas adoptado por la minoría republicana de las Cortes Constituyentes de 1869 y 70 fué escrito de su puño y letra antes de ir a las cajas, con aquella letra suya, casi ininteligible.

—¿No varió nunca de credo?

—No. En religión fué panteísta; en filosofía, positivista; en economía, armonizador. Siempre ecuánime. Severo consigo y tolerante con los otros. No regañaba por nada, y obraba más que hablaba. Jamás tuvo vanidad; se negó a que lo presentasen académico.

—¿Tenía mucha familia?

—Se casó joven. Mi madre era vascongada. Tuviron una hija, que vive, y cuatro hijos, de los que le sobrevivieron dos: mi hermano Francisco, ya muerto, y yo. Los otros dos varones murieron niños y hemos encontrado unas páginas de mi padre, pueriles si se quiere, pero llenas de ternura por sus hijos. Un corazón que se desborda de amor y de dolor. Asegura que después de treinta años no pudo cerrar una noche los ojos sin consagrar un recuerdo a los dos niños. "Murieron para mí todos los amores—dice—. Todos menos los de los hijos y los padres." Además, yo lo he visto llorar leyendo una novela que describe las torturas de

un sentenciado a muerte. Todas las noches nos besaba antes de acostarse. Era bueno para todos. No creía que nadie era malo. Era eminentemente pacifista.

—Tal vez lo de frío lo hayan dicho en el sentido de falta de entusiasmo.

—¿Y quién que conozca su obra puede decir eso? Empezó escribiendo en periódicos como "El Mundo Ilustrado", de literatura, y, después, como crítico teatral en "El Correo" y "La Discusión", de la que fué director luego. Escribió libros de arte y de estudio, como la "Historia de la Pintura" y "Los Estudios de la Edad Media", "Las Luchas de nuestros días" y las "Cartas íntimas". Su correspondencia de novio con mi madre es admirable. Quería educarla, unirla a su pensamiento, buscar su espíritu. Toda su labor es de entusiasmo, en todos los órdenes.

—¿Y la política?

—A eso iba. Escribía mi padre en "El Correo", que era de Patricio de la Escosura, a la sazón ministro, el cual quería hacer reformas favorables al militarismo. Había hecho Escosura gobernador a Ferrer del Río, y los compañeros de redacción le dieron una cena. Al final, el obsequiado rogó que escribiesen por él sus compañeros el artículo de fondo para el día siguiente; pero cual más cual menos, todos se habían excedido un poco; el único ecuánime era mi padre, que escribió lo que sentía

contra el militarismo, y resultó un artículo tan duro que los partidarios del régimen militar se alarmaron y produjeron una crisis de la que fué víctima el mismo Escosura, al que le atribuyeron el trabajo. "El Correo" dejó de publicarse al día siguiente.

—¡Buen principio!

Además, ya sabe usted la resonancia de sus obras. "La Reacción y la Revolución" y de "Las Nacionalidades", que fué recogida por la policía. Tuvo que sufrir mucho con las divisiones del partido; pero decía: "Transigiré con todos los republicanos; pero nunca dejaré de ser federal, aunque me quede solo." Así vivió y así murió: trabajando y fiel a su obra.

—¿De qué murió?

—Era diabético, y le dió una bronquitis explicando una conferencia en el centro republicano. Tenía setenta y siete años.

—¿No dejó fortuna?

—Dinero, ninguno. Tenía, cuando murió, seis mil reales, que le dieron por unos trabajos, y decía muy contento: "Ya tenemos para terminar el año." Pero nos ha dejado una fortuna inmensa: su nombre y su memoria.

Está tan conmovido, que es preciso guardar unos momentos de silencio. Luego dice:

—Querían que uniéramos el apellido para perpetuar el nombre de Pí Margall; pero no hemos

querido. Parecía una profanación. Después de él no debe llevar ese nombre nadie.

—¿Y cómo lo recuerda usted más?

—Yo lo recuerdo en todos los momentos—me dice con emoción don Joaquín—. Con su tez limpia, rosa, sin arrugas, su barba blanca desde joven, su mirar dulce, y su faz apacible. No era risueño como está en el retrato de Madrazo, ni serio, como aparece en otros. No tenía su rostro la arruga de la sonrisa, ni la arruga del entrecejo. En esa fotografía en que está sereno y afable está mejor, y, mirándola, mirándola, lo veo sonreír.

Está próximo a llorar, y me comunica su emoción...

—No le extrañe a usted.—añade—. Yo he estado toda la vida a su lado... he sido su escribiente... su administrador... su colaborador en ese "Nuevo Régimen", que continuó publicando solo, como culto a su memoria, porque él lo amaba... Yo era su discípulo... lo veneraba... Es mi culto más ferviente...

Después de estas palabras no me atrevo a prolongar la entrevista.

¡Dichosos los hombres que, como Pí y Margall, dejan una obra viva y fecunda, este respeto y veneración que sentimos todos por su nombre y este gran amor, gloria suprema que así arraiga en el corazón de los hijos durante toda su existencia!

JOSE MARIA DE PEREDA

Es don Vicente de Pereda, el hijo y digno heredero del talento del ilustre autor, quien me recibe amablemente y se presta a la entrevista que solicito.

—Desde luego—le digo—que no le voy a preguntar casi nada de la obra de Pereda. Esta, admirada por todos y consagrada por los críticos más eminentes, es bien conocida de los que hemos aprendido castellano en las páginas de "Sotileza", "Peñas arriba", "La puchera", "El sabor de la tierra" y tantas otras obras definitivas, llenas de savia, de lozanía y de sanidades.

—Yo no sé—me responde—si al acceder a lo que usted me pide, contrarío la voluntad de mi padre, que fué siempre enemigo de que se hablase de él. Era poco propicio a la exhibición, aunque no tenía carácter huraño y adusto, sino por el contrario, afectuoso y comunicativo; pero sin prodigarse.

—Precisamente —digo—, uno de los mayores encantos de Pereda está en esa ecuanimidad y rectitud de su carácter, que se revela en toda su obra; su tipo clásico, cervantino, está de acuerdo con su prosa serena y castiza. Es el verdadero hidalgo español.

—Es que mi padre descendía de antiguas familias solariegas, tanto por mi abuelo como por mi abuela. Yo creo que ésta, doña Bárbara Sánchez de Porrúa, fué la que ejerció más influencia en el espíritu de su hijo. Casada a los trece años, mi abuela tuvo veintidós hijos, de los cuales el último fué mi padre. Era mi abuela mujer de gran talento y virtud, muy aficionada a la lectura y al estudio de los clásicos y de los místicos. Sus autores favoritos eran Santa Teresa y el P. Rivadeneira. Las cartas que de ella quedan son modelos de bien decir. En la casa se respiraba el clasicismo y el ambiente puro, austero y religioso. Hermano de mi abuelo era el P. Porrúa, misionero. En los antepasados no faltó algún inquisidor. Una hermana de mi padre fué religiosa. Mis abuelos iban todos los años al convento de Las Caldas en un carro de bueyes, porque no había carretera, y no podía llegarse de otro modo al enriscado sitio del convento. Se alojaban en la hospedería contigua al santuario y pasaban unos días dedicados a ejercicios espirituales. Para conocer el temple de alma de esta señora, basta el dato de que no se le pudie-

ron hacer exequias a su muerte, porque ya ella había celebrado en vida sus funerales, a imitación de Carlos V. Se había ido sola al convento de Las Caldas, y había tenido valor de celebrar sus funerales.

—Verdaderamente, es rasgo de entereza.

—Ella le dió a mi padre el gusto por el clasicismo.

—¿Se reveló prematuramente?

—No. Mi padre vivió en Polanco, donde había nacido en 6 de febrero de 1833; y en Requejada hasta los once o doce años, que se trasladó a Santander para ingresar en el Instituto Cántabro. Estos primeros años de su niñez fueron felices. En las aldeas de la Montaña se vivía a la antigua española, con modestia y tranquilidad. Mis abuelos habían tenido quebrantos de fortuna, y mi tío don Juan Agapito, el mayor de los veintidós hijos, fué a América, donde hizo fortuna. El levantó de nuevo su casa, y fué un segundo padre para el mío, al que llevaba treinta y cinco años. Fué él quien movió a sus padres a trasladarse a Santander para educar a sus hermanos.

—¿Se distinguió en los primeros estudios Pereda?

—No; no dió muestras de gran ingenio ni de vivo amor a las letras. Ya habrá usted leído las congojas que le hizo pasar su maestro de latín, aquel feroz don Bernabé, al que él ha retratado

tan bien. A pesar de eso fué muy dichoso en Santander de aquel tiempo, donde los grandullones de dieciséis y dieciocho años, "con bozo en la cara", jugaban todavía al bote en la plaza Vieja.

—¿Y luego?

—La familia quiso que fuese artillero, y cuando tenía diecinueve años vino a Madrid—por cierto que en el camino volcó la diligencia, y por poco se mata—; pero Dios no le llamaba por el camino de las matemáticas. Pasó dos años en Madrid leyendo novelas. Iba todas las noches al café para ver a Eguílaz y otros autores de renombre; acudía al teatro Real y a los demás teatros, y hasta se divertía bastante en los bailes de Capellanes. Pero se cansó de todo aquello y se volvió a Santander, resuelto a no seguir carrera alguna, y a vivir en la Montaña.

—¿Cuándo empezó a escribir?

—Después de volver de Andalucía, donde estuvo para curarse de un principio de neurastenia ocasionada por tristeza y desgracias de familia. A su regreso se reunían varios jóvenes de talento, recién salidos de la Universidad, en la "Guantería de Alonso", a la que llamaban el "Ateneo Chico", y fundaron "La Abeja", donde Pereda hizo su primer artículo, "Ya escampa", firmándolo ruborosamente con una P. Siguió firmando así y "Paredes", y hasta poco antes de salir su primer libro no se resolvió a dar su nombre, que

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

apareció por primera vez en "Los Zánganos de la Prensa".

—¿Cuál fué el primer libro?

—"Las escenas montaÑesas", que pasaron casi inadvertidas, y hasta criticadas con el singular prólogo de Trueba, que fustigaba el libro en vez de alabarlo.

—Sí, ya sé lo combatido que fué. Conozco toda su labor. Su empeño periodístico con "El Tío Cayetano", sus ensayos de teatro, y luego sus hermosas novelas, y el triunfo completo, reconocido por Menéndez Pelayo, «Clarín», Galdós y todas las gentes de buena voluntad.

—Lo peor en esos casos son los ataques arbitrarios, de mala ley, los que no ven la obra, sino que de un modo sectario encasillan al autor y lo pintan distinto de lo que es, y hasta tuercen la intención de la obra.

—Eso es de todos los partidos y de todos los tiempos.

—Mi padre era religioso, de convicciones arraigadas: fué diputado carlista, amigo de Necedal, pero no fué un hombre gazmoño, ni intransigente, ni beato, en el sentido antipático de la palabra. Era abierto para todas las ideas, tolerante con todos los defectos de los otros, aunque severo consigo mismo.

Fué amigo de Galdós, el cual venía a nuestra casa, donde se obsequiaba a los amigos y es-

tando mi hermana soltera, se celebraron hasta bailes.

—¿Tenía mucha familia?

—Se casó de treinta y seis años con mi madre. Doña Diodora de la Revilla, de la que con ruda sinceridad debo decir que fué mujer hermosa en toda la extensión de la palabra. Tuvieron ocho hijos, de los cuales vivimos actualmente mi hermana María, mis hermanos José y Salvador y yo. Otros tres murieron pequeños, y el mayor se suicidó a los veintitrés años, en un ataque de enajenación mental, lo que fué el gran dolor de mis padres.

—Lo comprendo.

—Mi padre era muy familiar, muy cariñoso, muy amigo de sus hijos. De una extensa y sólida cultura, que le han querido a veces negar; poseía el latín como el español y conocía toda la literatura clásica y la literatura moderna, pero no cambiaba de opinión ni de manera jamás. El fué el primero en conocer y apreciar a Maeterlinck. Nunca fué intransigente. No le gustaba mezclarse en la vida de la multitud, pero no la condenaba. Leía todo y no se influenciaba por nada. Se apartó de la política, asqueado, fué siempre carlista, pero respetuoso para los Reyes, lo mismo Doña Isabel II que sus descendientes. Viajó por toda España y el Extranjero, siendo en todas partes agasajadísimo; pero no quiso vivir más que en la montaña o

en Santander, donde tenía sus casas, su despacho lleno de confort y la intimidad de los suyos en el ambiente familiar. Fué académico, recibió la gran cruz de Alfonso XII y nada lo deslumbró. Lo que sí quiero dejar sentado es que es mentira que odiaba a Madrid; al contrario, le tenía gran cariño y le gustaba muchísimo. Era extremadamente afable, con una afabilidad sin melosidades.

Tengo entendido que era gran conversador.

—Mucho; tenía una conversación amena, agudísima, y le gustaba servirse de ciertas frases gráficas que ahorraban rodeos y explicaciones. Poseía un gran poder descriptivo.

—¿Era aficionado a alguna diversión?

—Sus dos grandes aficiones eran el teatro y las tertulias de amigos. En cambio, odiaba el baile. Sus achaques le privaron del teatro, pero las tertulias las conservó hasta su muerte. Dos horas antes de morir recibía a sus amigos, que se reunían en su casa, y como uno le dijo que no hablase porque se agitaba mucho, le dijo: "Deje usted que me agite, no me quiten ese consuelo." Tenía en el fondo un alma de niño; se divertía con las funciones de circo, los "títeres", como él decía, y los chistes de los payasos. Pero ante todo, lo que más le gustaba era leer y... estar cómodo. Era aficionado a las casas cómodas y caras y a todo género de confort.

CARMEN DE BURGOS

En la casa, en la mesa, en la cama, no le parecía nada bastante cómodo. Le gustaba la tranquilidad, sus amigos, sus paseos. La vida íntima y sencilla... A veces decía que iba a fundar una secta de perezosos, para estar sentados y no hacer nada, que se llamaría de los "quiescentes".

—¿Y para vestir?

—Vestía bien; pero huía por igual de los atrevimientos de la moda y de lo anticuado. Le preocupaba la ropa y acababa siempre por vestir de obscuro y sin exageración en la hechura. La americana le gustaba; pero era presumido, se hacía cinco o seis ternos cada estación, y los desechaba en cuanto empezaban a perder la frescura y el apresto. Llevaba siempre sombrero hongo, flexible, de alas anchas, que abarquillaba y se ponía un poco de lado.

—¿Y la comida?

—Le gustaba comer muy bien y abundante. Una vez, siendo niño, le tenían a dieta por unas fiebres que no remitían. El tenía tanta hambre, que continuamente pedía de comer. Una pariente, apiadada, le llevó un pollo asado, y él se lo comió entero. Desde aquel momento empezó a mejorar y sanó. No tomaba café ni te, no porque no le gustaran, sino porque tenía unos nervios terriblemente excitables. Apenas probaba el vino aguada; pero era un gran fumador; enfermo y todo había que darle un cigarrillo.

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

—Dice usted que era nervioso, y no lo parece en su obra.

—Pues tenía una sensibilidad hasta dolorosa, eléctrica, exagerada. Un temperamento nervioso de lo más vivo. Sin embargo, era un ejemplo de voluntad y dominio sobre sí mismo; nada de desorden ni de irregularidad. Hacía todos los días las mismas cosas. Madrugaba, y en tomando chocolate se ponía a leer o a escribir cartas, hasta el mediodía, en que invariablemente daba su paseo a la Alameda, acompañado de algunos de sus íntimos amigos. A la vuelta se sentaba en la "Guantería de Alfonso", hasta la hora de la comida. Pasaba en siesta sobre un diván de su despacho; después trabajaba. Si era invierno, no salía por la tarde y esperaba impaciente la hora de la tertulia. Si era buen tiempo, la tertulia se trasladaba al café Suizo. Ultimamente entraron en esa tertulia todos los jóvenes de valer, de los que fué maestro. A las nueve y media cenaba, y antes de las once ya estaba en la cama.

—¿Cómo escribía?

—En lo tocante a lo caligráfico escribió siempre con mucha tinta, grandes rasgos y muy apri-sa. Usaba cuartillas apaisadas, de muy buen hilo, rayadas de azul, que encargaba expresamente; y una pluma de oro y brillantes al cabo de un mango pesado. Para escribir era muy nervioso y vehemente.

—¿Cuál era su modo de producir?

—Por lo general, sin plan determinado. "Nubes de estío" la escribió a trozos, sin orden ninguno. En "La Puchera", desde el primer capítulo saltó al final.

—¿A qué horas trabajaba?

—A cualquiera y por largo tiempo. Por lo general, de seis y media a ocho de la mañana, al levantarse y decía que cuando más inspirado estaba era después del chocolate, de cinco y media a siete de la tarde; pero todo el día era hábil, porque puesto a la tarea lo que deseaba era acabar y verse libre de la fiebre de producir. Nunca, poseedor de sus fantasías, sino poseído de ellas, tenía que trabajar y trabajaba "de un tirón" y como maquinalmente, impulsado por una inspiración superior. Excepto las "Nubes" y "Peñas Arriba", paradas por desgracia de familia, en dos o tres meses hacía las setecientas cuartillas, sobre poco más o menos, de una obra. No tomaba nunca apuntes para nada.

—Los tipos y los paisajes, ¿eran siempre reales?

—En parte. El se complacía en trastocar y revolver la naturaleza. De una parte tomaba un valle; de otra, un río; de otra, un monte; transplanta un pueblo, lo bautiza todo con nombres nuevos; en una palabra, se fabrica un país a su gusto, pero tomando los elementos de la misma realidad. La

ciudad que describe es siempre Santander y sus contornos. Pero no copia los cuadros, los recompone.

—¿Y los tipos?

—Lo mismo. Y, sin embargo, eran tan humanos que parecían retratos. Hay un viejo pescador que sostiene que Sotileza era sobrina suya.

—Tengo entendido que cuidaba mucho las ediciones, y que no comía, ni dormía, ni paraba, ínterin sus obras no se editaban esmeradamente, y hablaba de ellas, bien o mal, el último gaceti-llero.

—Sí, le preocupaba eso más que escribirlas, y colmado ya de laureles, siempre procedió como un "novato". Tenía más orgullo de la limpieza y elegancia de la impresión que de su labor.

—¿Corregía mucho las pruebas?

—Poco. Apenas algún cambio de palabra o de un hipérbaton. Eso dice la fluidez y frescura con que escribía.

—¿Qué obra suya le gustaba más?

—Decía que el "Sabor" era la "menos mala".

—¿De qué murió?

—La vida sedentaria de los escritores. Padecía del estómago, hasta el punto de que cuando escribió "Al primer vuelo", tenía que dejar la pluma para tenderse en la "chaise-longue" próxima a la mesa. Disgustos y desengaños de amigos y la muerte de personas queridas le produjeron desequi-

CARMEN DE BURGOS

librios nerviosos. Sobre todo la impresión de la muerte de su hijo. En abril de 1904 fué a Jerez, con objeto de apadrinar a su primer nieto, y tuvo que detenerse en Madrid por un ataque de reuma. El mismo día que llegó a Jerez, le dió la apoplejía, que le paralizó el lado izquierdo. Desde entonces vivió sufriendo, asistido por mi santa madre, que lo rodeó de cuidados y ternura.

En 1 de marzo de 1906 murió en Polanco, casi repentinamente, de una angina de pecho. Todo fué hijo de la arterioesclerosis. El decía que su pulso parecía el "bandazo de un cable".

—¿Cómo lo recuerda usted más?

—En todos los instantes, pero con más frecuencia, paseando por la huerta, con su figura melancólica, su hermoso rostro acentuado y castizo, de color moreno avellanado, expresivo y bondadoso, con bigote y perilla.

La evocación es tan exacta, que parece ver vivo ante nosotros la noble figura de hidalgo español, tan parecido al retrato de Lope de Vega que hay en la Academia, con el mismo gesto enérgico, señorial y honrado y la misma sombra de melancolía "que la vida proyecta sobre los hombres verdaderamente superiores", tal vez porque ellos son los que ven más claramente la pequeñez de las cosas y la inutilidad del esfuerzo.

RICARDO PALMA

Menudita, delicada, espiritual, Angélica Palma, me habla con entusiasmo y vivacidad de la figura de su padre, satisfecha de ver mi admiración hacia el ilustre escritor peruano, que nos ha dado a los europeos todo el sabor de sus tradiciones y toda la poesía de su patria, en hermosas páginas.

Ella, escritora de talento, no ha venido para darse a conocer en sus escritos, sino para editar, llena de piedad filial, los libros de su padre. Parece que acaricia aún al querido ancianito, cuando pule y arregla las ediciones.

—¿Qué quiere usted que le cuente de la vida de mi padre?—dice—. Ya sabe usted que en la época de su juventud, todos los intelectuales de su generación sufrían la influencia de la fiebre romántica. El la ha contado en las amenas páginas de "La Bohemia de mi Tiempo", en las que después de ocuparse de los autores predilectos de sus compañeros, agrega: "En cuanto a mí hablar-

me del "Macías" de Larra, o de las "Capilladas" de Fray Gerundio, era darme por la yema del gusto." Fruto del influjo del romanticismo fueron sus versos juveniles y algunas obras teatrales, muy aplaudidas entonces, pero de las que abominó pronto, destruyendo cuantos ejemplares halló a mano, y tratándolas despiadadamente en el libro a que antes he hecho mención.

—¿Cuándo fijó su verdadera vocación?

—Muy pronto, a los veintiún años, huyendo de un eminente peligro matrimonial, abandonó los claustros universitarios, y entró a prestar servicios de contador en los buques de nuestra escuadra. Sus horas de reposo las dedicó entonces a la lectura de los clásicos españoles, lo cual le ayudó a descubrir la verdadera vocación y determinó en él un culto por el idioma.

—Que es uno de sus encantos mayores—interrompo—. Yo creo que no existen fronteras donde el idioma es el mismo, por lejanos que sean los países. Ricardo Palma, como Rubén Darío, como todos los grandes artistas de habla castellana, no son para nuestro corazón de españoles unos extraños. Son tan nuestros como si en territorio de España hubiesen nacido.

Angélica, sonríe de mis entusiasmos por las bellezas de nuestro idioma y continúa contándome la noble vida de su padre.

—Vuelto, al cabo de unos años a la vida de la

ciudad—me dice—fué, como buen peruano, conspirador y revolucionario y sufrió persecuciones y destierros, sin descuidar, en medio de tantas agitaciones su afición predilecta. Registrando archivos y descifrando rancios cronicones surgió en él su espíritu *tradicionalista*, que, con maravilloso poder evocador, castizo lenguaje y peculiar humorismo, revivió el alma del pasado nacional y creó en las letras americanas un género en el que ha tenido muchos imitadores y ningún competidor. "Las tradiciones Peruanas" forman seis tomos y en los últimos volúmenes de la nueva edición que se está publicando se insertarán "Los Anales de la Inquisición de Lima" y la "Refutación" a un compendio de "Historia del Perú, escrita por un jesuita", y numerosos juicios críticos.

—Es una obra que conozco y sigo con interés—le digo—. Ningún país que se preste más a las leyendas que ese viejo imperio del Sol, más interesante que todos los países del Asia, tan lleno de leyendas y tradiciones maravillosas, que adquieren nuevo encanto narradas por ese Homero peruano, que fué Ricardo Palma.

—Se han perdido algunas cosas—me dice con pena Angélica—. Mi padre viajó bastante e hizo intensa vida política hasta que se casó, a una edad ya bastante madura; pues decía que antes de correr mundo no hubiera podido hacer feliz a una mujer ni formar un hogar. A poco de casados mis

padres e instalados en Miraflores, pintoresco balneario a diez minutos de Lima, estalló la aciaga guerra con Chile, en la que él se batió como soldado. Se incendió su hogar y pereció pasto de las llamas el manuscrito de una novela histórica y otros varios trabajos inéditos.

—Me asusta—digo—la tragedia de esas obras que se pierden o que destruyen, más que la muerte de todo un ejército. El hombre, de todos modos tiene una existencia muy limitada y muy individual, por decirlo así. Son más importantes los frutos de su pensamiento, influyendo sobre generaciones enteras a través de los siglos, que su propia vida.

—También quedó destruída a causa de la guerra—continúa Angélica—la Biblioteca Nacional de Lima, una de las mejores de Sudamérica. Al firmarse la paz el gobierno le propuso a mi padre que dirigiera la Biblioteca y aunque él estaba próximo a marcharse a Buenos Aires, donde se le ofrecía una posición ventajosísima, deshizo el contrato periodístico y aceptó el puesto, modestamente retribuído. En la antes rica Biblioteca no quedaban más que unos dos mil volúmenes y el estado peruano, empobrecido por la guerra, tenía mucho que gastar antes de poder adquirir libros; pero mi padre era entusiasta y perseverante y, merced a su carácter expansivo y afable tenía muchos amigos. A todos acudió, en el país y fue-

ra de él, en demanda de libros y tanto en España como en América se respondió generosamente a su petición. Llamáronle entonces sus émulos "Bibliotecario-Mendigo", pero a los ocho meses de encargado de la dirección se inauguró oficialmente la Biblioteca de Lima con 35.000 volúmenes. Tenía tal cariño a su obra que permaneció desempeñando el cargo de bibliotecario hasta 1912.

—Se han educado ustedes entre papeles—le digo.

—Sí, y así no es extraño que todas sus hijas (somos seis, tres de cada sexo), tengamos aficiones literarias; aunque sólo hemos llegado a *lo grave* mi hermano Clemente y yo.

—Conozco a su hermano de usted por el bello libro "Cuentos Malévolos" que le prologó otro peruano de gran talento, Ventura García Calderón.

—Es el único libro que ha publicado, aunque tiene material para hacer otros. Clemente posee grandes condiciones de literato: fantasía, originalidad, extensa cultura y gusto artístico, pero la labor periodística le acapara todo su tiempo. Dirige el diario ilustrado "La Crónica" y el semanario "Variedades". Como no está afiliado a ningún partido, ni a ninguna escuela, es bastante ecuaníme y sus críticas literarias, así como sus crónicas políticas, influyen en la opinión.

—Precisamente en "Variedades"—le digo—he visto los escritos de usted.

Los dos hermanitos de Angélica, que han per-

manecido silenciosos hasta este momento, intervienen llenos de cariño por su hermana y la simpática Augusta me cuenta los éxitos alcanzados ya por la joven escritora, que se olvida de sí misma para hablarme de su padre y de su hermano.

Angélica, con el pseudónimo de "Marianela" (pseudónimo de un singular encanto para las mujeres, pues conozco varias que lo han usado) publicó un tomo con dos novelas, "Vencida" y "Morbous Eureus", al que dedicó Marquina un precioso artículo, y con su nombre "Por Senda Propia" y "Coloniaje Romántico". Además colabora en varios periódicos y ha dado aplaudidas conferencias en el Ateneo de Madrid.

Pero Angélica desvía pronto de ella la conversación.

—Yo tenía mucha gana de venir a España—me dice—porque mi padre la amaba mucho. El vino en 1892, como representante del Perú, en el cuarto centenario del descubrimiento de América. Aquí fué muy afectuosamente tratado y batalló mucho en la Academia de la Lengua para la admisión de americanismos, resultando de esta campaña generosa sus libros "Neologismos y Americanismos" y "Papeletas Lepergráficas". Casi todas las voces rechazadas entonces han sido admitidas después.

—No me extraña. Para un verdadero literato que entre en nuestra Academia, el noventa y cinco por ciento son pseudo escritores, políticos que se

servieron de la fuerza del periódico, no de su propio valor, para encumbrarse en la política, o políticos influyentes, que allá en sus mocedades escribieron un librito y dieron empleos a los que les llamaban escritores. Ellos no comprenden que es mejor admitir los vocablos nuevos que crea un idioma, a dejarlo desnaturalizarse y perderse, en una jerga arbitraria, que estropea sus bellezas, como sucede en algunos países.

—Mi padre era un enamorado del idioma—me afirma.

—Y tenemos que confesar—añado—que uno de los más grandes maestros de nuestra lengua, tan interesante como Benot y muy superior a la mayoría de los académicos, es un americano, el venezolano Andrés Bello.

Una de las hermanas de Angélica se levanta y me muestra una revista recién llegada de su país, en la que se ven las fotografías de un baile de trajes, organizado por el inteligente representante de la República Argentina en el Perú, don Roberto Lavalliere, un diplomático artista, que ha hecho revivir en su fiesta todas las figuras de las tradiciones de Ricardo Palma.

—No hace mucho que murió su padre de ustedes—digo—y sin embargo nos parece muy lejano, quizás porque lo creemos ver vivir en esas lejanas épocas que él evoca.

—Murió—me dice Angélica—el 6 de octubre

CARMEN DE BURGOS

de 1919, a los 86 años de edad. El se había retirado ya, anciano y achacoso, al pintoresco pueblecito de Miraflores, donde acudían a verlo todos los extranjeros de alguna significación que pasaban por Lima.

—¿Y cómo lo recuerda usted más?

—Lo recuerdo más en los paseos que daba últimamente por la Alameda, en un sillón de ruedas. Lo rodeaban todos los niños, lo saludaban todos los transeuntes y para todos tenía una palabra afectuosa o una broma intencionada. Lo querían y lo respetaban todos los vecinos de ese poético pueblecito, que le han levantado un sencillo monumento en el paseo de su predilección.

La evocación de la figura del noble anciano pone lágrimas en los ojos de las hijas, que me hacen sentir su emoción.

Al verme tomar unos apuntes, Angélica me pregunta:

—¿Qué va usted a hacer?

—Incluir esta entrevista entre las que llevo publicadas de españoles ilustres.

—Pero mi padre no era español.

Y yo, que no puedo, como he dicho antes, hacer distinción de fronteras cuando el espíritu es afín, y el idioma idéntico, me encojo de hombros murmurando:

—¡Qué más da!

RAFAEL DEL RIEGO

La figura de Riego es una de las que más han exaltado la fantasía juvenil de los que hemos tenido la suerte de vivir en un hogar de gentes honradas y amantes de la libertad.

El centenario de Riego, frustrado por una incomprendible reacción, dió lugar a que su descendiente, el abogado que lleva el ilustre nombre del caudillo, saliera gallardamente a su defensa.

Viendo a don Rafael, pálido, nervioso, obsesionado por la atroz injusticia que con su antepasado se cometiera, nos damos cuenta del milagro de amor que mantiene vivas las grandes y nobles figuras de la historia. Una vez más en el curso de mis entrevistas con los descendientes de los hombres ilustres revuelven mis manos esos fuertes papeles amarillentos, de tinta desteñida y borrosa, que guardan los recuerdos de vidas y de fechas lejanas, y que encierran, a veces, inapreciables revelaciones.

Don Rafael me muestra las reliquias que guarda con una piedad y una veneración dignas del noble caudillo.

Paso de prisa la vista por documentos, proclamas y datos que darán algún día gran claridad a ese período histórico y busco la figura de ese hombre tan noble que hace que hasta los pacifistas podamos admirar a un militar. Mil veces, en muchas ocasiones, he sentido angustiarse mi corazón y llenarse de lágrimas mis ojos al pensar en Riego. Jamás he podido recordar sin indignación, aquel populacho que lo insultaba, aquella vieja, deshonra de todo el sexo, que llegó a pincharle con un alfiler; aquellas gentes que dejaron consumarse la afrenta que constituye para todos los españoles honrados la muerte y el suplicio de Riego: arrastrado en un serón por las calles de la ciudad que poco antes lo aclamaba con entusiasmo.

Están a mi vista su faja de general, la espada que le regalaron las Cortes, su retrato y el de su esposa, el manifiesto de Cabezas de San Juan, una copia de las frases auténticas que pronunció para impedir que los hijos de España embarcaran y fuesen a una derrota segura, no sirviendo a la patria sino a las ambiciones personales.

Don Rafael me hace notar que recientemente han querido comprarle aquellas reliquias, de las que no quiere desprenderse, para el Museo de Artillería.

Yo le ruego que me hable de la vida íntima del héroe mártir.

—El padre de Riego, don Eugenio—me dice—, nació en Santa Cruz de Tenerife, de una antigua familia muy piadosa. Una de sus hermanas fué monja y su hermano canónigo. Después de su matrimonio fué cuando don Eugenio vino a la Península y fijó su residencia en Asturias. Rafael nació en Tuña (Tineo).

—¿Qué noticias tiene usted de su infancia y de su adolescencia?

—Se educó entre una familia patriarcal, muy feliz, muy unida. Su padre era muy piadoso y muy devoto de San Joaquín y de San José, y más aficionado a los santos antiguos que a los modernos; y así es que bautizó a casi todos sus hijos llamándoles Josefa, Joaquín, José, Miguel, Rafael, Gabriela, Francisco de Sales, este último por complacer a su hermana la monja a quien quería mucho. Don Eugenio era poeta, aficionado a la vida del hogar y al reposo y los goces de la familia. En algunos de sus versos nos da la visión de la placidez que lo rodeaba.

Se interrumpe para mostrarme el libro de poesías del padre de Riego.

Siento cierta vergüenza de ignorar la existencia de un poeta que debiera ser más conocido, pues las páginas de su obra tienen poesías clásicas, correctas e inspiradas.

—No logró que se publicasen en vida—me dice—; pero como la persecución contra Riego no perdonó a nadie, cuando confiscaron los bienes de la familia y tuvieron que huir todos al extranjero, el hermano de Riego, don Miguel, el canónigo, puso una imprenta en Londres. El fué el sostén de la familia, que le llamaba *el tío librero*, e imprimió las poesías de su padre.

—¿Pero había muerto ya el padre de Riego?

—Afortunadamente, porque si no hubiera enloquecido de desesperación al ver la suerte de su hijo, al que menciona tanto en sus versos llamándole *Rafael amigo*.

Don Rafael está nervioso, emocionado; me cuenta que el otro hermano de Riego se volvió loco a causa de su desventura. La muerte de Riego fué la desgracia, la ruina y la desesperación de toda la familia.

—Riego, en sus primeros años—me dice don Rafael—quería ser sacerdote, pero se enamoró de una prima suya, doña Teresa del Riego y Riego y entonces prefirió la carrera de las armas. Su hermano, el *Tío librero*, fué canónigo de la Catedral de Oviedo.

Después de un momento de silencio, añade:

—Vea usted esta carta que narra por qué fué arrestado la primera vez don Rafael del Riego, y vea como quizás se arrepentía ya de su profesión.

Tomo con respeto aquel papel escrito por la pluma noble y viril que tantos manifiestos llenos de firmeza y valentía lanzó al Rey y a la Nación y leo la encantadora carta que revela todo un carácter, en medio de su sencillez. Está dirigida a su tío el canónigo, y dice así:

”Mi querido tío y señor: Los hombres que como yo no hemos nacido para carceleros, es muy difícil que desempeñemos sus funciones; ¡pero de repente se halla un joven militar ejerciendo un tan vil y bajo empleo! como nos sucede a los oficiales que tenemos bajo nuestra inmediata custodia a los presos de San Juan de Dios.

Mi falta, delito o crimen, es el siguiente:

A las tres de la tarde del día que entré de guardia en dicho convento, se me presentó una señora, con su basquiña negra y velo del mismo color, diciéndose mujer de uno de los presos que estaban sin comunicación, el cual había sido trasladado de San Martín aquella misma mañana, cuando ella no estaba en casa. Me suplicó que le permitiese verlo solamente un momento, y habiéndole observado que me era imposible concederle lo que me pedía, por la responsabilidad a que estaba sujeto, por mi carácter de Comandante de aquel puesto y otras varias reflexiones, se despidió la dichosa Señora, llorando y lamentándose de su triste suerte.

Al cerrar la noche me avisó el cabo de guardia

que había un hombre y dos mujeres que traían la cama, cena y otras cosas para el Capitán de Inválidos; a cuyo aviso fui inmediatamente a abrir la puerta del cuarto. (¡Empleo digno de un Caballero Capitán!) y a la entrada estaban el asistente, una criada, supongo, y la dichosa *Velada*.

No pude menos de decirle que aunque había tratado de sorprenderme no por eso vería a su marido; pero habiendo empezado a llorar, y viéndola con la barriga a la boca, en cuyo estado se halla la loca de la tal mujer; le permití estar como un minuto con su marido, en presencia mía y de los criados, que no hicieron más que poner el colchón sobre el tablado y la cena sobre un cajón, y en seguida los hice salir. Al día siguiente por la mañana ya sabía el Capitán general que había habido comunicación, aunque estoy persuadido de que ignora las circunstancias. Y yo, por un hombre que no conozco y una mujer a quien jamás había visto, me encuentro en el cuartel arrestado. ¡La primera vez de mi vida!

Soy siempre de V. su más amante sobrino.

Rafael."

El señor del Riego me sigue contando la vida íntima de Riego. Prisionero, como se sabe, de los franceses en la batalla de Espinosa de los Montes, por no abandonar a su jefe, el general Acevedo, al verlo herido y solo, admiró a los enemigos

con su rasgo de nobleza y valor, y lo trataron con grandes consideraciones. Durante el tiempo de su cautiverio, aprendió idiomas, pensando que no podría volver a la carrera militar. Durante todo el tiempo de su destierro Riego guardó a su prima una fidelidad digna de los Caballeros de la Tabla Redonda y por ella se escapó de Francia, vino a España, se casó y tuvo que reingresar en el puesto que en el ejército le correspondía.

Me fijo en el retrato de la amada de Riego. Es una mujer agradable, con magníficos ojos melancólicos, y un aspecto muy dulce.

Ella fué la alegría de su hogar. En los últimos años de la vida de su suegro, que no podía dejar el lecho, ella le llevaba a la cama los cuezos y las macetas de flores que estaban en las ventanas de su cuarto, para que él las cuidara, o le servía de amanuense para que compusiera algunos apolo-guillos y epigramas. Su suegro la adoraba y le consagró estos versos en los que, según la moda de la época, sustituye su nombre por otro y la llama *Raquel*:

La Jardinera graciosa,
no es Flora, que es mi Raquel;
siendo su boca un clavel,
cada mexilla una rosa.

En su frente la azucena
luce con mucho primor,
y de la menuda flor
del jazmín su pecho llena;
y el cinámomo en su cuello,
como de marfil labrado,

CARMEN DE BURGOS

parece que fué copiado
de un busto de mármol bello.
Así es mi Raquel bonita,
que a todo el mundo enamora;
y en vano querrian que Flora
con sus bellezas compita.

Riego pudo ser feliz pero tenía un corazón generoso y exaltado. Había pasado en Francia aquellos años gloriosos para la historia, y su alma venía llena de amor a la verdadera libertad. El contraste de la Francia de Napoleón y la España de Fernando VII no podía menos de apenarlo.

Riego procedió en toda su actuación política como un verdadero poeta; fué un apóstol de la libertad, un redentor de los pueblos oprimidos. No hubo en él ambición de ningún género porque Riego no fué un mero oficial, ni un general sin gloria; Riego ocupó los altos puestos de Capitán general de Aragón, y de Presidente de las Cortes. El valor y la nobleza inspiraron todos sus actos. Fué la última figura de la epopeya castellana la del general Riego, montado en su caballo blanco, y seguido de su leal perro de aguas, blanco también. El mayor enemigo de Riego fué el indigno Fernando VII que supo disimular su odio, ante el caudillo triunfante, y hasta llegó a ofrecerle un cigarrillo, con fingida amistad; pero que cuando pudo vengarse con el apoyo extranjero, haciendo traición a España y a la Constitución que *había jurado*, no perdió la ocasión.

Después de esta evocación de vida y de gloria del ilustre caudillo español nos quedamos largo rato en silencio. No queremos hablar de su tragedia.

—La esposa de Riego—me dice don Rafael—murió inconsolable en el destierro. Su cadáver fué depositado el 26 de junio de 1824 en la bóveda de la capilla de Moorfields, en Londres, habiendo dispuesto por su testamento que sea transportado y unido a los huesos de su marido, el general Riego, si se encuentran. Sin duda ignoraba que el cuerpo del noble caudillo fué despedazado y enterrado (si llegó a serlo) en cinco partes distintas. Un ilustre magistrado asegura que la prueba más elocuente de que a Riego se le condenó por haber proclamado la Libertad y la Constitución, y no por haber votado, en uso de su derecho, como diputado, el traslado de la familia real de Sevilla a Cádiz, es que su cabeza está enterrada en Cabezas de San Juan, y era costumbre del tiempo enterrar la cabeza en el lugar donde se había cometido el delito.

Yo guardo silencio. Encuentro algo agradable el que no guarde una sola tumba el cuerpo del caudillo. Me parece como si así se multiplicaran en tierra española esquejes de un árbol, que ha de retoñar dando frutos de libertad.

Don Rafael me muestra el testamento de la esposa de Riego. Está impregnado de dolor, de una

resignación forzada. Deja a su cuñado el canónigo, una sortija que Riego había recibido de una admiradora desconocida, cuando poco antes de su suplicio entró triunfante en Madrid; y un pañuelo de seda negro, que él le envió desde la prisión, el día de su muerte.

A raíz de la muerte de Riego, por una burla de la suerte, hubo una reacción favorable a la causa por la cual había dado su vida. La Reina Doña María Cristina de Borbón, flor extraña al lado de Fernando VII, dió un decreto, refrendado por Mendizábal, para rehabilitar su memoria.

Dice así:

"Real Decreto reponiendo en su buen nombre al General Don Rafael del Riego, y concediendo a su familia la pensión correspondiente.

"Si en todas ocasiones es grato a mi corazón enjugar las lágrimas de los súbditos de mi amada hija, mucho más lo es, cuando a este deber de humanidad se junta la sagrada obligación de reparar pasados errores. El General Don Rafael del Riego, condenado a muerte ignominiosa en virtud de un Decreto posterior al acto de que se le acusó, y por haber emitido su voto como Diputado de la Nación, en cuya calidad era inviolable según las leyes entonces vigentes y el derecho público de todos los gobiernos representativos, fué una de las nobles víctimas que en los momentos de crisis hiere el fanatismo en la segur de la justicia.—

Cuando los demás que con su voto aprobaron la misma proposición que el General Riego, gozan en el día puestos distinguidos, ya en los Cuerpos parlamentarios, ya en los Consejos de mi excelsa hija, no debe permitirse que la memoria de aquel General quede mancillada con la nota del crimen, ni su familia sumergida en la orfandad y la desventura. En estos días de paz y reconciliación para los defensores del Trono legítimo y de la libertad, deben borrarse en cuanto sea posible, todas las memorias amargas. Quiero que esta voluntad mía, sea para mi amada hija y para sus sucesores en el Trono, el sello que asegure en los anales futuros de la Historia española, la debida inviolabilidad, por los discursos, proposiciones y votos que se emitan en las Cortes Generales del Reino.

Por tanto en nombre de mi Augusta hija Doña Isabel II decreto lo siguiente:

Artículo 1.º El difunto General Don Rafael del Riego es repuesto en su buen nombre, fama y memoria.

Artículo 2.º La familia gozará de la pensión que le corresponde según las leyes.

Artículo 3.º La familia queda bajo su protección y durante la menor edad de ésta, bajo la mía.

Dado en el Pardo a 31 octubre 1835.

CRISTINA."

(Está rubricado de su misma mano. Presidente interino, *Mendizábal*.)

—En cuanto a la retractación de Riego—me dice don Rafael, volviendo a exaltarse—es la última infamia de los anticonstitucionales. No habla de ella más que Lafuente, sin prueba ninguna. No creo, no puedo creer, en la retractación de Riego, que por otra parte no tendría tampoco ningún valor. ¿Qué se puede pedir a un hombre que conducido en una carreta, sujeto con grillos y cadenas, enfermo, golpeado, herido, desde Andújar a Madrid, atormentado en su prisión, oye la sentencia de su muerte, que ha de ser arrastrado en un serón, ahorcado en infamante patíbulo e inhumanamente descuartizado?

Don Rafael se va exaltando a medida que habla.

—Es una canallada—continúa—, una cobardía, insultar la memoria de un hombre que supo librar a su patria de tan ignominiosa y odiosa tiranía y que murió sacrificado en un bárbaro suplicio. Un pariente nuestro, magistrado, quería llevar a los tribunales ese asunto y probar la falsedad de la retractación de Riego, admitida por historiadores serviles. La figura moral de Riego y su gran alteza de miras fueron reconocidas por todos. Vea usted las palabras de José Rabadán a propósito de esto.

Toma uno de los papeles que hay sobre la mesa y lee estas palabras que tienen el enorme valor de estar escritas por un testigo presencial de los hechos:

"Testigo de sus virtudes, no puedo recordar su nombre sin entristecerme. Su memoria bajará conmigo a la tumba. Sí, ¡virtuoso varón!, tu muerte y el deseo de vengarla estará impreso en mi alma mientras tenga vida.

Te he visto bien de cerca; te conocí y admiré; he sido testigo de tus rígidas costumbres, de tu valor, de tu ingenio, de tu arrojo en las empresas difíciles, y de todas las virtudes que te elevaron y distinguieron del común de los hombres, con el renombre de héroe. Sí, yo lloro tu pérdida, y la llorarán todos los hijos de la pobre España; mas tus heroicos esfuerzos te inmortalizaron..."

—Habla usted con una convencida—le digo—. Jamás he dudado de la gran virtud de Riego, y desde luego está descontado que tenían que calumniarlo sus enemigos. La muerte no era bastante para matarlo. El seguía viviendo después de muerto; era preciso atacar su nombre, su memoria, desvirtuar su obra, único medio de justificarse del crimen que cometieron.

Don Rafael calla, tiene lágrimas en los ojos. No es un descendiente alejado ya de Riego, es como un hijo que lo hubiera conocido, y que estuviera dispuesto a luchar cuerpo a cuerpo, para confesar su amor y su respeto al héroe y deshacer las calumnias.

El milagro de la presencia de Riego, vivo aún, con su influencia espiritual, está bien visible.

JOSE VELARDE

Don Alfonso Velarde, el hijo del gran poeta, siente por la memoria de su padre un culto conmovedor.

Al amor filial, a la admiración al talento, que su padre merece, se une un melancólico y triste sentimiento de piedad hacia el hombre noble y bueno, que luchó en vida con tantas asperezas y cayó en un injusto olvido, después de su muerte, en plena juventud, cuando comenzaban a sonreírle la gloria y la fortuna.

—Velarde era andaluz—le digo—. Tal vez se pueda buscar en esto la causa del inexplicable olvido. Los andaluces tenemos el pecado de no saber honrar y recordar nuestras glorias, como lo hacen las otras regiones de España. Quizás por lo mucho que en nuestra región abundan. ¿En qué pueblo de la provincia de Cádiz nació su padre?

—En Conil, un lugar que él adoró siempre; se le

representaba en su imaginación con los colores más bellos y siempre influyó en su poesía. Mil veces describía su iglesia, el campo santo unido a ella, en el que deseaba reposar, y la placidez de su ambiente: Recuerdo que hablando de la campana que interrumpía su sueño de niño, dijo:

«Ni en San Pedro de Roma,
hay campana que suene como aquélla.»

—¿Sabe usted en qué año nació?

—En 1849. Yo era aún muy niño cuando murió, pero mi madre, que lo adoraba, nos hablaba frecuentemente de él a mis hermanos y a mí. Sé que en su juventud estudió Medicina, en Cádiz. El decía que toda su vocación de poeta la debía al maestro de su pueblo que le enseñó Gramática. Sé que en Sevilla fundó un periódico republicano, cuyo nombre no recuerdo, y publicó su primer libro de versos, "Voces del alma".

—¿Cuándo vino a Madrid?

—En 1877, ya casado con mi madre, doña Lucía de Castro, y ya nacida la mayor de mis hermanas. Mi padre la adoraba y a ella dedicó sus versos:

«Prefiero a todo triunfo, a toda palma,
a ver mi nombre en pórfido o granito
que la hija de mi alma
lea sin rubor lo que su padre ha escrito.»

Era tan amante de la familia que en una de las

veladas en que aplaudían sus versos en el teatro y lo llamaban a escena, salió al público, y llevó consigo a mi madre para ofrecerle la ovación.

—¿Y de qué vivía?

—Modestamente. De un destinillo en Gobernación, en una oficina cuyo jefe era Campoamor, y donde había empleados tantos poetas que le llamaban *el Parnasillo*.

—Tengo entendido—le digo—que su situación en la sociedad era excelente. Le bastó su primera lectura en el Ateneo para tener la consagración.

—Sí, su fama y su gloria eran superiores a sus medios de fortuna—me dice don Alfonso con el noble orgullo de quien prefiere su linaje a los tesoros—. Mi padre era noble, honrado y caballeroso, ajeno a toda intriga y todos lo estimaban. Tenía grandes amigos entre la aristocracia empezando por el Rey Don Alfonso XII, al que lo presentó Moreno Nieto. Por cierto que fué un día al salir de la oficina, en traje de trabajo, cuando lo cogió y lo llevó a Palacio. Don Alfonso era muy sencillo e inteligente, amaba la poesía y aprendió de memoria los versos de mi padre, que le dedicó su "Fray Juan" cuya lectura, hecha por Calvo en el Ateneo, fué un triunfo. El rey se complacía en recitar sus versos delante de él y le preguntaba: "¿Lo hago bien, Velarde?" Asistía mucho a las tertulias del duque de Almodóvar y de la duquesa de Medinaceli, la Duquesa Angela, tan amante de

los artistas que se complacía en entrar cada noche en su palco del Teatro Real del brazo de un escritor o un poeta célebre. Por cierto que una noche en su salón hizo falta un cuarto para la partida de juego y la duquesa llamó a mi padre. Este acababa de cobrar un trabajo y llevaba el dinero en el bolsillo, destinado a esterar nuestra casa. No pudo evadir el compromiso y se sentó a jugar diciendo a la duquesa: "Me estoy jugando las esteras de mi casa." Pero la duquesa Angela lo tomaba a broma y decía riendo a los otros jugadores: "¡Qué cosas tiene Velardito!" Por fortuna no lo abandonó la suerte y ganó siete mil reales.

—¿Y entre los escritores?

—La mayoría lo querían y lo consideraban mucho. Iba con frecuencia a las reuniones que daba don Pedro Antonio de Alarcón en su quinta cercana a Madrid, donde se leían versos. Era muy amigo de Grilo y de Navarrete, aunque contendían en "El Imparcial", mi padre defendiendo las corridas de toros y Navarrete atacándolas.

—La defensa de las corridas de toros me es simpática desde que las ataca Noel—interrumpo. Velarde ríe y dice:

—Tamayo lo propuso para la Academia, pero la influencia de Cánovas hizo triunfar a un político. El no fué nunca político ni intrigante.

Hay un momento de silencio en el cual pienso qué suerte es renunciar a triunfos y vanidades

para dejar en el alma de los descendientes este respeto y este cariño, a una conciencia pura y limpia.

—Era también muy amigo—continúa Velarde—de Montoto, de Méndez Bejarano, de Rodríguez Marín y de Sánchez Moguel. De todos.

—Pero no le faltarían enemigos.

—Naturalmente. Núñez de Arce no lo quería.

—Como que era un mal rival; Velarde tiene la misma sonoridad y pureza en el verso y más sencilla facilidad en las descripciones.

—Pero él no lo imitaba. El Padre Blanco hace notar eso mismo que usted dice y afirma que mi padre le ganaba en inspiración y era mucho más popular, tanto en España como en América. A pesar de que Núñez de Arce no lo quería, se trataban. Todos los años se reunían en un famoso banquete que daba un carnicero de Chamberí a los poetas que admiraba. Excuso decirle a usted que no faltaban platos y platos de succulenta carne y abundancia de vino; pero lo más gracioso era que el carnicero hacía que su mujer les sirviera la mesa, porque decía que no era digna de sentarse con ellos. Cuando mi padre se murió le preguntaron a Sánchez Moguel si Núñez de Arce había ido al entierro, y respondió: "Sí; ha ido para ver si era verdad que lo enterraban."

—Tengo entendido que "Clarín" tampoco era amigo suyo.

—No. Se lo presentó un día a mi padre en la Librería de Fernando Fe, Núñez de Arce, y mi padre, que no gustaba de sus matonismos críticos, dijo: "No lo conozco." Le tomó tal odio que se ensañaba con él criticándole todo. Dió la casualidad que el mismo día en que murió mi padre "Clarín" acababa un artículo en "Madrid Cómico", diciendo: "Basta ya, que la pluma me pide carne de Velarde."

Lamento en silencio esas pequeñeces de envidias y mal gusto en que suelen incurrir los más llamados a dar ejemplo de justicia y mesura, y don Alfonso continúa:

—Zorrilla era el más gran amigo de mi padre. Este, cuando vino Zorrilla arruinado de Méjico, escribió en favor suyo. Zorrilla le dedicó sus "Recuerdos del Tiempo Viejo, diciendo: "Al más joven y más grande de los poetas contemporáneos." Yo lo recuerdo cuando venía a casa, ya anciano, con su cabeza llena de lobanillos y el cabello largo. "Cuando seáis grandes—nos decía—quizás veáis en alguna plaza de Madrid una estatua y digáis: *este era aquel viejecito que nos quería tanto.*" y desgraciadamente no la hemos visto aún. Por cierto que le teníamos miedo porque nos decía que él se iba pero que se destornillaba la cabeza y la dejaba con nosotros y de noche no nos atrevíamos a estar a oscuras por temor a la cabeza de Zorrilla. Pero veo que me separo del asunto: quería contarle que Zorrilla, indignado de la per-

secución de "Clarín", una noche que había mucha gente en el Ateneo recitó versos de la leyenda de mi padre "El último beso". "Clarín" pensó que eran suyos y se entusiasmó prodigando grandes alabanzas: "Eso es escribir—decía—y no como Velarde." "Pues son suyos y se los oirá usted pronto"—contestó Zorrilla.

—Pero—continúa Velarde—, mi padre murió joven, a los cuarenta y dos años, de insuficiencia mitral. Había luchado para sacar delante a mi madre y sus siete hijos, sin pedir nada al Rey ni a nadie. Rodríguez Marín dice aludiendo a esto en un soneto que le dedicó, que tenía

«Muchos me comes y ningún mecenaz.»

Comenzaba a recoger el fruto, con artículos, corresponsalías y un destino de cinco mil pesetas en la Compañía Transatlántica. Don Adelardo de Carlos le pagaba quinientas pesetas por cada poemita y un día le preguntó Manuel del Palacio por qué le pagaba más que a ellos, y le respondió: "Porque él vive sólo de su pluma y porque cuando se anuncia algo suyo se agota la "Ilustración Española y Americana". El pobre, enfermo, no pudo trabajar todo lo que quería. Lo vieron todos los médicos eminentes de la época, pero él, como médico también, sabía su gravedad. El mismo día que murió dijeron Mariani y Simarro que

no tenía nada. Al mismo tiempo que él, murió la más pequeña de mis hermanas. Fueron los dos en el mismo entierro.

Me estremezco pensando en la pobre madre dolorosa. Velarde me cuenta cómo los Reyes y la Infanta Isabel le ayudaran en su desgracia y en la educación de sus hijos y el heroísmo de la santa mujer para atender a todo; su alma está llena de gratitud a sus protectores.

—¿Cómo lo recuerda usted más?—le pregunto.

—En su lecho de muerte, en un momento en que mi hermana le tenía asida la mano. También lo recuerdo cuando entraba de la calle y todos corríamos a colgarnos de él. Era pequeño, delgado, con bigotito.

Calla lleno de emoción y yo pienso en ese fenómeno de olvido de Velarde que apuntaba don Juan Valera en su estudio comparativo de José Velarde y Gustavo A. Bécquer. Este no fué conocido, casi, en vida, mientras que el primero tuvo la gloria y la popularidad; pero después de muertos sucede lo contrario. La posteridad tiene que hacer un día justicia a José Velarde y ya comienza por el extranjero y América la estimación al poeta y las nuevas ediciones de sus libros.

—¿Dónde está enterrado?—pregunto para terminar.

—En Madrid—me responde—. En un sencillo

HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES

nicho del cementerio del Este, en cuya lápida se lee:

JOSE VELARDE
POETA

Y termina con estos versos de su poema al cementerio de su pueblo, donde deseaba ser enterrado:

«Y no hay más obelisco funerario
que un ciprés que se eleva con anhelo
por encima del mismo campanario
para indicar la senda que va al cielo.»

—¿Y cómo deseando él ser enterrado en ese pueblo en que nació y al que profesaba tanto cariño no han cumplido su deseo el Ayuntamiento de Conil y la Diputación Provincial de Cádiz?

Y como don Alfonso caíla, yo añado:

—Indudablemente, Conil pagará la deuda que tiene con el más ilustre de sus hijos que ha envuelto en su propia gloria la del lugar en que nació.

Y siento un deseo de ver satisfecha la última voluntad del dulce poeta con ese imperio, ese mandato, con que quedan flotando a nuestro alrededor los anhelos de los que desaparecen, y que da la impresión de un raro fenómeno de supervivencia de la voluntad.

FIN

INDICE

| | Págs. |
|-----------------------------------|-------|
| PROLOGAL | 5 |
| Luis Eguilaz | 7 |
| Rafael Calvo | 15 |
| Manuel Fernández Caballero | 23 |
| Miguel Ramos Carrión | 31 |
| Pedro Antonio de Alarcón | 39 |
| "Frascuelo" | 45 |
| Manuel del Palacio | 57 |
| Enrique Pérez Escrich | 65 |
| Ruperto Chapí | 73 |
| Vital Aza | 81 |
| Antonio Vico | 89 |
| Eduardo Rosales | 97 |
| Don José Zorrilla | 105 |
| Ramón de Mesonero Romanos | 121 |
| Joaquín Costa | 131 |
| Gustavo y Valeriano Bécquer | 141 |
| Nicolás Salmerón | 151 |
| Angel Ganivet | 163 |
| Manuel Fernández y González | 173 |
| Juan Valera | 183 |
| Ramón Cabrera | 191 |
| Joaquín Gaztambide | 207 |
| Francisco Pí y Margall | 217 |
| José María de Pereda | 227 |
| Ricardo Palma | 239 |
| Rafael del Riego | 247 |
| José Velarde | 261 |

C.^{IA} IBERO - AMERICANA DE PUBLICACIONES, S. A.

LIBRERIA FERNANDO FE

Delegaciones en todos los países Ibero-Americanos
Anuarios - Guías - Prensa - Librería - Ediciones



CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

PRESIDENTE:

Excmo. Sr. D. Ignacio Bauer y Landauer, Presidente del Colegio de Doctores de Madrid y Banquero.

VICEPRESIDENTES:

Excmo. Sr. D. José Francos Rodríguez, de la R. A. Española y Ex ministro.

Excmo. Sr. D. Antonio Goicoechea, de la R. A. de Ciencias Morales y Políticas y Ex ministro.

Excmo. Sr. D. Alberto Bandelac de Pariente, C. de la R. A. de Medicina.

CONSEJERO DELEGADO Y DIRECTOR GERENTE:

Sr. D. Manuel L. Ortega, Académico C. de la Real de la Historia.

CONSEJEROS:

Excmo. Sr. D. Rafael Altamira, Catedrático de la Universidad de Madrid y Juez del Tribunal Permanente de Justicia Internacional de La Haya.

Ilmo. Sr. D. Francisco Carrillo Guerrero, Inspector Jefe de Primera Enseñanza de Madrid.

Sr. D. Isaac Toledano, Banquero.

Sr. D. Angel Arpón de Mendivil, Ingeniero.

Sr. D. José Arango, Ingeniero.

Sr. D. M. J. Coriat, Propietario.

Sr. D. Pedro Sáinz Rodríguez, Catedrático de la Universidad de Madrid.

ALGUNAS EDICIONES DE LA

C. I. A. P.

Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Hispano-América.

DIRECCION: EXCMO. SR. D. RAFAEL ALTAMIRA
Catedrático de la Universidad de Madrid.

Se publican seis tomos, anualmente, de más de cuatrocientas páginas. Es la obra más importante que se ha hecho sobre la América española.

Suscripción anual..... 120 pesetas
Por tomos..... 25 pesetas

Fuentes narrativas Hispano-Americanas.

DIRECCION: D. PEDRO SAINZ RODRIGUEZ
Catedrático de la Universidad Central.

Publicamos en esta colección los libros que su título indica, muchos de ellos rarísimos.

Monografías Hispano-Americanas.

DIRECCION: EXCMO. SR. D. RAFAEL ALTAMIRA
Catedrático de la Universidad Central.

Los más insignes pensadores hispano-americanos se ocupan en estas monografías de los problemas del mundo de habla española.

Los Clásicos Olvidados.

(Nueva Biblioteca de Autores Españoles)

DIRECCION: D. PEDRO SAINZ RODRIGUEZ
Catedrático de la Universidad de Madrid.

Da a conocer esta colección, importantísima para la literatura española, una serie de obras clásicas ignoradas.

Precio del tomo..... 7 pesetas
Por suscripción..... 6 pesetas

Historia de América y de la civilización española

DIRECTORES: D. ANTONIO BALLESTEROS BERETTA
y D. PEDRO SAINZ RODRIGUEZ
Catedráticos de la Universidad de Madrid.

Bibliotecas Populares Cervantes.

DIRECTOR: ILMO. SR. DR. FRANCISCO CARRILLO GUERRERO
Inspector Jefe de Primera Enseñanza de Madrid.

Las cien mejores obras de la Literatura Española. Las cien mejores obras de la Literatura Universal. Las cien obras editoriales.

Tomos de más de doscientas páginas, elegantemente presentados, con ilustraciones.

Por suscripción: 1,25 ptas. tomo. Se publican cuatro tomos mensualmente.

Antología de Poetas Hispano-Americanos.

DIRECTOR: D. EDUARDO DE ORY

Dedicamos un tomo de más de trescientas páginas a los mejores poetas de cada país americano.

Precio..... 5 pesetas

Antología de prosistas Hispano-Americanos.

DIRECTOR: D. JOSE MARIA CHACON
Diplomático.

Por esta colección desfilan los más ilustres escritores hispanoamericanos.

Precio..... 5 pesetas

Biblioteca Hispano-Marroquí.

DIRECTOR: D. MANUEL L. ORTEGA

Constituye esta biblioteca una colección de obras dedicadas a dar a conocer Marruecos en todos sus aspectos. Pidan catálogo.

SECCION DE TURISMO

Anuario Guía Oficial de Marruecos y del África Española.

DIRECCIÓN: D. MANUEL L. ORTEGA

DIRECCIÓN DE LA SECCIÓN COLONIAL: D. JUAN BRAVO CARBONELL

Precio del ejemplar 12 pesetas

El viaje a España. Por Federico García Sanchiz.

Ediciones varias.

DIRECCIÓN: D. RODOLFO GIL

Abarca esta sección desde la COLECCION DE ARTE, hasta los libros más populares de utilidad práctica. Pidan catálogos.

Exclusivas de las obras de D. Ramón del Valle Inclán, Don Eduardo Gómez de Baquero, Don Wenceslao Fernández Flores y otros ilustres escritores.

PRENSA

Heraldo de Marruecos. Tánger.

Revista de la Raza. Madrid.

Bibliografía Médico-Chirúrgica. Madrid.

La Novela de Hoy. Madrid.

Escríbanos hoy, pidiendo lo que le interese, a la

COMPANIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES, S. A.

LIBRERIA FERNANDO FE

EDITORIAL ATLANTIDA

Puerta del Sol, 15 - Madrid